

Miguel Orduña Carson
Federico José Saracho López
Alejandro de la Torre Hernández
Coordinadores

ECOS Y DESTELLOS DE LA COMUNA DE PARÍS



HEÚRESIS



**ECOS Y DESTELLOS DE
LA COMUNA DE PARÍS**

HEÚRESIS

**Miguel Orduña Carson
Federico José Saracho López
Alejandro de la Torre Hernández
Coordinadores**

**ECOS Y DESTELLOS DE
LA COMUNA DE PARÍS**

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Ecos y destellos de la Comuna de Paris.

Miguel Orduña Carson; Alejandro de la Torre Hernández; Federico José Saracho López;
Armando Bartra; Adriana Franco Silva; Eulalia Ribera Carbó; Jacinto Barrera Bassols

Colaboración. Miguel Orduña Carson (coordinador); Alejandro de la Torre Hernández (coordinador); Federico José Saracho López; (coordinador).

Serie. Heúresis

Edición. 1ª. 2025.

D.R. © 2025 Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, México.

ISBN 978-607-587-427-2

Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Circuito Interior. Ciudad Universitaria, s/n. C.P. 04510.

Coyoacán Ciudad de México, México.

coord.publicaciones@filos.unam.mx

Forma sugerida de citar.

Orduña, M., Saracho, F. & De la Torre, A. (2025). *Ecos y destellos de la Comuna de Paris*.

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras.

<https://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/>

Excepto donde se indique lo contrario, este contenido digital está bajo una licencia

Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual (cc by-nc) 4.0 Internacional,

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/legalcode.es>.

Para un uso diferente escribir a: ru.atheneadigital@filos.unam.mx

Con la licencia  usted es libre de:

Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

En los casos que sea usado el presente contenido digital, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

A Jacinto Barrera Bassols

Ecós y destellos

MIGUEL ORDUÑA CARSON

ALEJANDRO DE LA TORRE HERNÁNDEZ

La Comuna de París cumplió recientemente un siglo y medio. La experiencia autonómica y libertaria de una comunidad urbana en rebeldía se mantiene resonando en la historia hasta llegar a nosotros, y pareciera que sus ecos nos llegan con renovados bríos.

La Comuna de 1871 no se limita a un tiempo y a un espacio es una experiencia que a lo largo de todos los años transcurridos, ha ido adquiriendo múltiples rostros y aún más variados usos: se ha querido hallar en aquel acontecimiento un modelo, un paradigma, un mito revolucionario en cuyo espejo se han buscado otras luchas revolucionarias; hay sin duda en su trasfondo una forma de aprendizaje, pues sugiere respuestas a variadas preguntas, esboza posibilidades de acción, alimenta deseos y provee el material para construir la filigrana revolucionaria. Los destellos de aquella experiencia iluminan a partir de entonces luchas sociales que, en diversas geografías y con variados calendarios, pugnan por un mundo distinto, justo y libre.

Por eso, no sorprenden sus referencias en una infinidad de libros de interpretación social y de proyección política. Michael Hardt y Antonio Negri, por ejemplo, describen la insurrección parisina como un referente simbólico activo y lugar de importantes experiencias organizativas de gran calado para los movimientos sociales contemporáneos.¹ En ese mismo sentido, apunta la aproximación teórico-filosófica que en *Experiencias desnudas. El lugar del acontecimiento en la historia* hace Armando Bartra, quien ahora se suma en este libro al homenaje y reinterpretación de la Comuna.²

¹ Michael Hardt y Antonio Negri, *Asamblea*, Madrid, Akal, 2019

² Armando Bartra, *Experiencias desnudas. El lugar del acontecimiento en la historia*, México, UAM/Mc Ediciones, 2018.

Entre las más sugerentes revisiones sobre ese breve y significativo acontecimiento, debemos mencionar los textos de Kristin Ross, *Lujo comunal* y *El surgimiento del espacio social*, que nos muestra que esa experiencia compartida es un referente fundamental del imaginario social y cultural de Occidente.³ Si la Comuna fue acallada a sangre y fuego por las fuerzas del orden; si su proyecto quedó sepultado bajo el pavimento de un París asépticamente reconstruido, su experiencia se mantiene pulsante y sus voces persisten resonando en el mundo entero.

El sesquicentenario de la Comuna de París, que da origen a este libro, ha generado la aparición de diversos textos que abordan el impacto y el legado cultural de la Comuna. Su diálogo con experiencias comunitarias contemporáneas puede leerse en el libro de Bruno Bosteels, *La Comuna mexicana*.⁴ En esta misma oleada de textos, es necesario incluir el libro editado y compilado por Mario Rivera Guzmán, *Contribución al estudio de la crítica de las armas o cómo volver a empezar*, así como la reedición del clásico *Historia de la Comuna de París de 1871*, de Prosper-Olivier Lissagaray, testigo, participante y primer historiador de la experiencia comunera.⁵ Para seguir con el listado de algunos de los textos que actualizan y resitúan históricamente la presencia la Comuna, hay que destacar la reconstrucción histórica que hace John Merriman, *Masacre. Vida y muerte de la Comuna de París de 1871*, quizá uno de los trabajos más acuciosos sobre el tema.⁶ La Comuna es un acontecimiento histó-

³ Kristin Ross, *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, traducción de Juanmari Madariaga, Madrid, Akal, 2016; y *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*, prefacio de Terry Eagleton, traducción de Cristina Piña Aldao, Madrid, Akal, 2018.

⁴ Bruno Bosteels, *La Comuna mexicana*, traducción de Simone Pinet, Madrid, Akal, 2021.

⁵ Mario Rivera Guzmán, *Contribución al estudio de la crítica de las armas o cómo volver a empezar. A 150 años de la Comuna de París*, México, Editorial Comuna, 2021; y Prosper-Olivier Lissagaray, *Historia de la Comuna de París de 1871*, prólogo de Eric Hazan, traducción Blanco Gago Domínguez, Capitán Swing, 2021. Vale destacar que la obra de Lisagaray fue recientemente reeditada (2024) por el Fondo de Cultura Económica, con la traducción del francés de Wenceslao Roces. Asimismo, no puede pasarse por alto la reciente aparición en lengua castellana del libro de Henri Lefebvre (original de 1965), *La proclamación de la Comuna*, traducción Laura Carasusán Senosiáin, Pamplona, Katakarak, 2021.

⁶ John Merriman, *Masacre. Vida y muerte de la Comuna de París de 1871*, traducción de Juanmari Madariaga, Madrid, Siglo XXI España, 2017.

rico, pero también un permanente y colectivo ejercicio de memorias que trascienden el registro histórico. En este plano se ubica el libro de Éric Fournier, *La Commune n'est pas morte. Les usages politiques du passé de 1871 à nos jours*.⁷ La memoria se refuerza en los usos del espacio, en los recorridos del París sangrante, en los trazos de una ciudad reconstruida sobre los cuerpos de una experiencia libertaria. El libro de Josef Ulla, *Paris 1871. L'histoire en marche. 21 circuits pédestres sur les traces de la Commune*, nos recuerda que la memoria, como vivencia del espacio, revitaliza la lucha y la resignifica.⁸ Finalmente, en esta apretada lista de referencias comuneras, incluimos el conciso y riguroso compendio histórico de Roberto Ceamanos, *La Comuna de París, 1871*.⁹

Resplandece su luz intermitente; cada tanto reaparecen sus fantasmas y se agitan. A pesar del tiempo transcurrido (o quizás gracias a él), la Comuna sigue siendo un referente inevitable que dialoga con los movimientos sociales contemporáneos: tal ha sido la huella de aquella experiencia que imaginó (e intentó poner en práctica), durante poco más de dos meses, un mundo nuevo, fundado en valores distintos a la lógica aún imperante de la competencia, la acumulación, el consumo y la muerte. La Comuna y sus destellos se nos aparecen como un principio, como un ejemplo y como una ruta para instaurar la justicia del pueblo.

El camino que trazó esta breve experiencia autogestiva del pueblo parisino ha dejado estelas que parecen invisibles, pero que logran advertirse al calor del combate, marcas que vuelven a recorrerse con la esperanza despierta de encontrar la ruta de la liberación definitiva.

Este libro en homenaje a la Comuna de París de 1871 está dividido en tres partes. La primera, “Interpretaciones” es el apartado donde Armando Bartra apunta una propositiva aproximación inicial de ese acontecimiento, entre la filosofía y la imaginación política.¹⁰ En “Experiencias de la Comuna”, la segun-

⁷ Éric Fournier, *La Commune n'est pas morte. Les usages politiques du passé de 1871 à nos jours*, Paris, Libetralia, 2013.

⁸ Josef Ulla, *Paris 1871. L'histoire en marche. 21 circuits pédestres sur les traces de la Commune*, Paris, Les Éditions Libertaires, 2020.

⁹ Roberto Ceamanos, *La Comuna de París, 1871*, Madrid, Catarata, 2014.

¹⁰ Queremos agradecer la cuidadosa lectura de Montserrat Sánchez Romero, quien ajustó las citas del trabajo de Bartra.

da parte, Federico José Saracho López aporta una visión de la urbe parisina durante los años del Segundo Imperio; Adriana Franco Silva hace un recorrido que tiene a las mujeres como sujeto fundamental en la lucha revolucionaria de la Comuna y en el imaginario que se desprendió de ella, y Eulalia Ribera Carbó nos presenta al geógrafo anarquista Eliseo Reclus en su participación en la Comuna, y en las consecuencias que este acontecimiento desencadenó en su trayectoria vital. Finalmente, en el apartado “Recepción”, Miguel Orduña Carson nos presenta la resonancia noticiosa que los acontecimientos de París tuvieron en las redes informativas de la época, de las que México formaba parte; Alejandro de la Torre Hernández expone las maneras en que la Comuna fue recordada por las comunidades de lectores anarquistas en la geografía iberoamericana, y Jacinto Barrera Bassols presenta las aproximaciones ácratas del acontecimiento, leídas en la clave rebelde aportada por la Revolución mexicana. Vale destacar que este texto fue el último que Jacinto Barrera entregó antes de fallecer en julio de 2021. A él, recordando su labor incasable de recopilación y difusión materializada en el Archivo Ricardo Flores Magón (archivomagon.net), dedicamos del este libro.

Interpretaciones

París, 1871.

De comuneras y comuneros

ARMANDO BARTRA*

Suceda lo que suceda y aunque debiéramos ser vencidos y morir mañana, nuestra generación estará satisfecha. Hemos sido recompensados por veinte años de derrotas y angustias.

Jules Vallès, *Le cri du peuple*

Breve en el tiempo, pues dura poco más de dos meses, y acotada en el espacio, dado que ocurre principalmente en París, la rebelión comunera de principios de 1871 conforma una suerte de paquete histórico: un acontecimiento apretado, denso, compacto. No una novela, sino un cuento; no una sinfonía, sino una sonata; no una epopeya, sino una tragedia griega, como de las que le gustaban a Aristóteles: un reto al destino —en este caso el histórico— desplegado con la unidad de tiempo, de espacio y de acción.

Los setenta y dos días de insurgencia popular que conocemos como la Comuna de París fueron una experiencia radical, liminar, ruptórica; una pasión colectiva y multitudinaria de aquellas que, a la postre, cambian la historia. Y la cambian no porque transformen de modo duradero el orden social tangible, sino porque sacuden, desquician y desajustan las conciencias. Pródiga en aprendizajes políticos, la proverbial Comuna puede verse también como un estallido de política pura, un evento en que se dirime mucho más que el destino inmediato del pueblo francés.

En los relatos historiográficos rutinarios, la Comuna es reducida a una sucesión de hechos causalmente encadenados y la presentan como un episo-

* Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

dio más de la sabida historia de Francia o, en otro plano, como un capítulo entre tantos otros de la saga de las revoluciones fracasadas. Pero la Comuna es también, y ante todo, un acontecimiento y una experiencia; un acontecimiento trascendental que alude a la condición humana y una experiencia desnuda que rompe paradigmas. No un eslabón más de la historiografía, sino uno de esos momentos fractales en que la gente hace historia; momentos anómalos, inauditos en que el cálculo político deja lugar a la imaginación y entonces sucede lo imposible. Gracias a que la Comuna está en la cancha de Kairós y no solo en la de Cronos, es que 150 años después sigue estando presente en nuestro imaginario.

Por todas estas razones no entraré hoy en los hechos sucedidos o en la versión historiográfica de la Comuna, sino en los corrimientos, los desplazamientos y los desquiciamientos que estos hechos provocaron y aún provocan. Las repercusiones que podemos observar y ubicar tanto en los conceptos políticos que a raíz de la Comuna se sacudieron y dislocaron, como en las experiencias libertarias de esos días que profundizan y enriquecen la imaginería de la revuelta, son el repertorio vivencial de la revolución.

Abordaré primero la repercusión intelectual, con una revisión de la polémica entre anarquismo y marxismo en torno al Estado, para luego entrar en las experiencias liminales de la Comuna con aproximaciones a Montmartre, las barricadas y los relojes.

PENSAR LA COMUNA: ANARQUISMO Y MARXISMO

En lo tocante a los conceptos trastocados y las lecciones aprendidas, los marxistas y los anarquistas se disputaron y se siguen disputando la Comuna de París. Ya desde entonces, Mijaíl Bakunin y Carlos Marx polemizaron acaloradamente respecto a un asunto crucial, una cuestión conceptual que fue prácticamente decisiva en el siglo XIX, pero que lo siguió siendo durante los siglos XX y XXI: el tipo de Estado que demanda la emancipación de los trabajadores.

Pero en las dos narrativas, la ácrata y la marxista, el referente insoslayable son los hechos; es decir, las decisiones, manifiestos y acciones de los rebeldes durante los meses de la insurrección. Los marxistas y anarquistas doctrina-

rios han buscado abonar sus respectivas teorías, sin embargo, la iniciativa renovadora no es de ellos sino de las y los comuneros de a pie.

Fueron los insurrectos ordinarios, los alzados del común, quienes, liberados por el impulso iconoclasta del alzamiento, dejaron volar la imaginación política y, en vez de tomar e instrumentalizar el aparato de Estado existente, optaron por inventar un Estado radicalmente nuevo; un orden político inédito en que el centralismo vertical, burocrático y autoritario de Versalles dio lugar a la descentralización horizontal, democrática y libre de la Comuna parisina.

Eugène Varlin era un encuadernador y militante de la Internacional, un proudhoniano que, sin embargo, no absolutizaba el apoliticismo en nombre de la autogestión cooperativa, pero sí era enemigo jurado de todos los centralismos burocráticos. Una semana antes del estallido del 18 de marzo, Varlin escribió en *La Marseillaise* un texto que puede leerse como testimonio del estado de ánimo de los activistas parisinos y vislumbra una anticipación de lo que ocurriría días después:

Los estados políticos no han sido más que la continuación del régimen de conquistas que presiden el establecimiento de la autoridad y la servilidad de las masas [...]. En definitiva, la revolución próxima no debe quedarse simplemente en un cambio de etiqueta gubernamental, o en reformas de detalle; deberá emancipar radicalmente a los trabajadores de toda explotación capitalista o política, y establecer la justicia en las relaciones sociales [...]. A no ser que queramos volver a un Estado centralizador y autoritario, el cual nombraría a los directores de fábrica, de manufactura, de los departamentos de distribución [...] y finalizar así en una organización jerárquica, de arriba abajo, en la cual el trabajador no sería más que un engranaje.¹

Escritos como estos y como los del también proudhoniano Pierre Denis en el periódico *Cri du Peuple*, inspiraron el Manifiesto fundacional de la Comuna, un documento visionario cuyo espíritu se sintetiza en tres párrafos.

¹ Eugène Varlin, *Práctica militante y escritos de un obrero comunero*. Madrid, Zero ZYX, 1977, pp. 87-88.

París trabaja y sufre por toda Francia, cuya regeneración intelectual, moral, administrativa y económica prepara con sus combates y sacrificios. La revolución comunal comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo inaugura una nueva era [...].

¿Qué pide París? París pide el reconocimiento y la consolidación de la República. París pide la autonomía absoluta de la Comuna, extendida a todas las localidades de Francia. Esto en la medida en que en las comunas federadas imperen los mismos principios que en la administración central [...].

La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, por la monarquía y también por el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica. Por el contrario, la unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas, todas las iniciativas locales.²

En resumen, no a la centralización despótica impuesta desde arriba, sí a la unidad política libremente concertada desde abajo. Esto pensaban y acordaban los comuneros, pero ¿cuál era la postura de las corrientes políticas organizadas en torno a los acontecimientos de París?

Vayamos unos meses atrás, a fines de 1870 y a la sede en Londres de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). En el Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación de los trabajadores sobre la Guerra Franco-Prusiana del 9 de septiembre, la directiva de esta organización, en la que predominaban las posturas de Carlos Marx, había manifestado su preocupación por las posibles acciones insurreccionales en el contexto de la invasión de Francia por los prusianos. En el manifiesto, vemos que Marx y la AIT habían tratado de evitar, frenar o desalentar el alzamiento parisino: “Cualquier intento de derribar al nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada”, decían.³

Sin embargo, la locura desesperada que trataba de evitar el manifiesto ocurrió y la Internacional respaldó a los comuneros alzados. Y lo hizo, hay que decirlo, con entusiasmo, como se muestra en el *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil*

² Prosper-Olivier Lissagaray, *Historia de la Comuna de 1871*, Madrid, Artich, 1970, pp. 237-238.

³ Karl Marx, “La Guerra Civil en Francia”, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, s/a, pp. 278-279.

en Francia en 1871, emitido en Londres el 30 de mayo de ese año, cuando la Comuna ya había sido derrotada.

En relación con el tema que me ocupa, ahí se lee: “Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”.⁴ La Comuna vino a destruir el poder estatal moderno. A continuación, se describe lo que la Comuna se proponía, así como el impedimento de la edificación de un orden político inédito debido a la derrota llevada a cabo por Thiers:

Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aun quedarían para un Gobierno central no se suprimirían [...], sino que serían desempeñadas por agentes comunales [...].

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria.⁵

Respecto de la federación, había una diferencia importante entre la Comuna y la Internacional. Para los parisinos, la “asociación voluntaria” y libre debía serlo de todas las comunas sin excepción; en cambio, para Marx y la AIT, las que debían articularse eran las comunas grandes y con presencia importante de la clase obrera, pues debido al predominio de los campesinos, las comunas rurales les parecían conservadoras.

Esta postura, que también tenía representantes entre los comuneros, se sustentaba en lo proletario, pero también en el pariscentrismo; es decir, había

⁴ *Ibid*, p. 295.

⁵ *Ibid*, p. 299.

una idea muy fuerte entre los habitantes de la capital de que la gran ciudad había sido y debía seguir siendo el corazón y el cerebro de Francia y, por tanto, debía conducir políticamente al resto de la nación.

Si la postura correcta era la incluyente de la mayoría de los comuneros o la menos incluyente de la Internacional nunca lo sabremos, porque la federación no tuvo tiempo de cuajar. Pero con independencia de las consideraciones tácticas, lo que la democracia radical de la Comuna puso en cuestión fueron, a mi juicio, las inercias urbanocéntricas y obreristas que estaban muy fuertes en una parte del pensamiento de Marx y, sobre todo, en el de sus seguidores.

En cuanto a la dirección de la lucha política del pensamiento revolucionario dominante, la apuesta por el centralismo estatal iba acompañada de una visión también centralista, vertical y vanguardista de la conducción política, planteamiento que años después encontraremos en la visión del Partido Revolucionario, sostenida en Rusia por Vladimir Ilich Lenin y los bolcheviques, pero que en los tiempos de la Comuna se encarnaba en las estrategias que preconizaba el influyente Louis Blanqui.

Y así como en lo tocante al Estado, la experiencia de la Comuna condujo a Marx a la adopción de posturas anticentralistas, lo mismo sucede respecto de la conducción política. Aunque aquí la crítica al blanquismo no la hace Marx, sino Federico Engels años después en la Introducción de 1891 al escrito de Marx, *Guerra civil en Francia*, en la que aplaude el abandono comunero de las propuestas centralistas e ironiza el vanguardismo autoritario de Blanqui con expresiones que debieran inquietar hoy a los leninistas que aún quedan. Escribe Engels:

Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no solo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino [...] de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno a un puñado de caudillos. Lo que llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario. ¿Y qué hizo en cambio la Comuna, compuesta en su mayoría por blanquistas? [Hizo todo lo

contrario.] En todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna les invitaba a crear una Federación libre de todas las Comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la misma nación.⁶

He citado en extenso a Marx y a Engels porque estamos acostumbrados a identificar al marxismo con un estatismo y un autoritarismo gubernamental disfrazados de “dictadura del proletariado” y, en cuanto a la conducción política, con la versión de Lenin que deposita la tarea de dirigir las luchas emancipatorias en un minoritario y disciplinado partido de cuadros que, gracias a su científica visión y fuerte iniciativa, funge como vanguardia revolucionaria; una suerte de blanquismo marxista.

Sin embargo, en sus escritos sobre la Comuna, Marx y Engels se nos muestran como críticos severos del estatismo y del vanguardismo; sin duda, porque así pensaban, pero también porque antiestatistas y antivanguardistas fueron los comuneros parisinos. Y es que la adhesión de Marx a la democracia horizontal como alternativa al centralismo autoritario imperante no siempre fue tan clara como en los escritos citados.

No le falta razón a Bakunin, quien, en *Estatismo y Anarquía*, insiste en que Marx y sus seguidores tenían en realidad una visión estatista del curso libertario. En él, Bakunin afirma: “Dicen que tal dictadura-yugo estatista es un medio transitorio inevitable para poder alcanzar la emancipación integral del pueblo: anarquía o libertad, es el objetivo; Estado o dictadura, es el medio. [E ironiza.] Así, pues, con el fin de emancipar las masas laboriosas es preciso ante todo subyugarlas”.⁷

El escritor anarquista no ignora que, en el manifiesto de marzo de 1871, Marx había criticado el centralismo estatista y aplaudido la horizontalidad comunalista. Pero, según Bakunin, Marx y la Internacional lo hicieron porque, ante la contundencia de los hechos parisinos, no les quedaba otra: no tenían más remedio que quitarse el sombrero. Escribe Bakunin sobre la Comuna:

⁶ Friedrich Engels, “Introducción” en Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Moscú, Progreso, s/a, p. 265.

⁷ Mijaíl Bakunin, *Estatismo y anarquía*, Buenos Aires, Anarres, Utopía Libertaria, s/a, p. 2012.

Su efecto ha sido tan formidable en todas partes que los propios marxistas han sido obligados a quitarse el sombrero ante ella. Han hecho más, en contra de la más simple lógica y de sus auténticos sentimientos, han proclamado que el programa y la finalidad de la Comuna eran los suyos. Ha sido un disfraz realmente cómico pero forzoso. Han tenido que hacerlo para no verse desbordados y abandonados.⁸

Bakunin es, sin embargo, un poco injusto con Marx, pues veinte años antes de la Comuna, en *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*, el autor de *El capital* había escrito que “Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina [la máquina del Estado,] en vez de destruirla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal de vencedor”, algo que, según Marx, la revolución de los proletarios no debe hacer.⁹ Y en el mismo texto se refiere a la necesidad de dismantelar tanto el poder ejecutivo como el poder legislativo. Planteamientos sin duda visionarios que se anticipan por dos décadas a lo que por su cuenta y, claro, sin haber leído ese texto de Marx, hicieron los comuneros en 1871.

Sin embargo, no hay nada en estos casi proféticos escritos de Marx acerca de otro de los aspectos sustantivos, fundamentales y decisivos que habían planteado Vallès y Denise, que se proponían los comuneros y que incluyeron en su manifiesto fundacional: la edificación de un gobierno descentralizado; un gobierno no vertical sino horizontal y basado en la asociación voluntaria de todas las comunas.

Esto no está en Marx. Es más, poco después de los párrafos de *El 18 Brumario* que he citado, Marx sostiene que la destrucción del Estado centralizado burgués es necesaria, sí, pero para construir otro Estado, igualmente centralizado. Y es que —piensa Marx— estados centralizados es lo que se requiere en las sociedades modernas, cualquiera que sea su signo; es lo que demanda el mundo actual, pues, escribe: “La centralización del Estado que la sociedad

⁸ Mijaíl Bakunin, *La libertad*, México, Grijalbo, 1972, p. 73.

⁹ Karl Marx, “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte” en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, s/a, p. 170.

moderna necesita solo puede levantarse sobre las ruinas de la máquina burocrático militar de gobierno forjada por la burguesía en su oposición al feudalismo”.¹⁰ Es decir, es necesario destruir el Estado centralizado burgués para construir el Estado centralizado proletario.

¿Centralizar o descentralizar? Tengo claro que la concentración del poder económico que resulta de la operación capitalista del mercado sólo se puede contrarrestar y quizás erradicar a través, entre otras cosas, de un Estado enérgico y fuerte. De modo que cierta centralidad es indispensable tanto en el curso mismo de la emancipación política, como en la construcción y gestión de una nueva sociedad.

El problema radica en que tal centralización es presentada por algunos como una necesidad histórica evidente e indiscutible, “algo que la sociedad moderna necesita”, como escribió Marx. Mientras que su contraparte, la aún más necesaria descentralización democrática, sin la cual centralización estatal equivale a dictadura burocrática, ha sido y es una asignatura pendiente en las corrientes dominantes del pensamiento de izquierda, y más aún en los socialismos realmente existentes del siglo xx.

Marx anticipó que la revolución no podía limitarse a tomar el gobierno; tenía que dismantelar el Estado anterior y crear otro... otro igualmente centralizado. Y en la *Crítica del Programa de Gotha*, formulada en 1875, cuatro años después de la Comuna de París y cuyo radicalismo democrático había aplaudido, el autor de *El capital* escribe que, en la transición revolucionaria entre capitalismo y comunismo, “[el] Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*”.¹¹

Medio siglo más tarde, la revolución rusa —ciertamente cercada por los imperialismos europeos, acosada por los restauradores y desquiciada por el hambre— tuvo que imponer la “dictadura del proletariado” para vencer a la muy real y peligrosa reacción interna, pero también para derrotar de manera violenta las acciones originadas en el supuesto “atraso campesino” y hacer frente al presuntamente balcanizador autonomismo de las naciones colonizadas. El resultado fue la instauración de un hipercentralizado autoritarismo burocrático.

¹⁰ *Ibid*, p. 176.

¹¹ Karl Marx, “Crítica del Programa de Gotha” en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, s/a, p. 342.

El que la Comuna de París haya confirmado los dichos de Marx acerca de la necesidad de destruir el Estado burgués y sustituirlo por otro proletario; o el que, como destaca Bakunin, la rebelión parisina haya hecho suyas las ideas ácratas al proponer una federación descentralizada de comunas son, en el fondo, asuntos menores. Lo que en verdad importa es que la experiencia de 1871 incorporó —a la siempre controversial sección política del imaginario colectivo— la idea de que un orden comunal de nuevo tipo es una deseable opción frente al hobbesiano Estado liberal.

Lo condenable no es que Marx y los suyos se hayan quitado el sombrero ante el democratismo radical de la Comuna sólo porque no les quedaba más remedio, sino que posteriormente el marxismo haya regresado, en los dichos y los hechos, a un centralismo administrativo extremo disfrazado de dictadura del proletariado.

Y los debates sobre el Estado que estimuló la Comuna de París siguen siendo pertinentes. En el pasado siglo y lo que va de éste, hemos tenido diversas modalidades del Estado: el Estado totalitario del socialismo realmente existente, el Estado totalitario de los fascismos, el Estado de bienestar del capitalismo keynesiano, el Estado croupier de la economía de casino neoliberal. En las periferias, ha habido Estados oligárquicos, Estados desarrollistas más o menos populistas y, en los años recientes, los activos Estados de los llamados “gobiernos progresistas”, incluido el nuestro. Pero también por el lado de la sociedad hemos tenido, como siempre, gremios, corporaciones, partidos, así como movimientos sociales clasistas y no clasistas, comunidades autonómicas, asociaciones civiles, redes sociales. Las tensiones entre el Estado y la sociedad permanecen.

El Estado, “el más frío de los monstruos fríos”, del que hablaba Nietzsche en *Así habló Zaratustra* sigue ahí y no parece que por el momento vaya a jubilarse, pero la organización social en resistencia o la colaboración también está ahí y es cada vez más diversa. El debate no terminó con la polémica entre Marx y Bakunin. La Comuna de París aún tiene mucho que decirnos.

Sostiene el imprescindible antropólogo Clifford Geertz, en el primer capítulo de su obra *El antropólogo como autor*, que la fuerza del texto etnográfico no está en los conceptos profundos ni en los datos precisos, sino en convencernos de que quien escribe estuvo ahí y es capaz de evocar lo que vivió.¹² Y es precisamente su mayor o menor capacidad de evocación lo que distingue los textos que sobre los eventos parisinos de 1871 escribieron sus actores y testigos. Es en estas narraciones densas e incandescentes, y no en las lógicas y frías disquisiciones interpretativas, donde debemos buscar la verdad de los acontecimientos, donde debemos buscar la verdad de la historia.

Durante los meses de la insurrección popular francesa, Marx se encontraba en Londres; Bakunin estuvo un tiempo en Lyon, pero no en París. Así pues, de la Comuna hablan por oídas. En cambio, Hipólito Prospero Oliverio Lissagaray es un protagonista. Luchador contra el bonapartismo y encarcelado repetidamente por su trabajo periodístico, Lissagaray se suma a la Comuna, participa en la defensa de la ciudad ante la ofensiva de los de Versalles y tras la derrota se refugia en Londres, donde escribe una de las mejores crónicas del 1871 francés. Del modo en que se vivía en los primeros días la experiencia iniciada el 18 de marzo, escribe Lissagaray:

Los que desesperaban durante el último mes están ahora radiantes de entusiasmo. La gente se aborda en las calles sin conocerse, hermanada por la misma voluntad, por la misma fe, por el mismo amor. [...]

París respira como si saliese de las tinieblas, como si dejase atrás un gran peligro. [...]

Las calles hierven de vida, el bullicio se impone en todos los cafés.

Terminó la ira. El pueblo ya no está encolerizado, porque el pueblo ya no tiene miedo.

Doscientos mil pechos se funden en un solo grito: “¡Viva la Comuna!”.

¹² Clifford Geertz, “1. Estar allí. La antropología y la escena de la cultura” en *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989, pp. 11-34.

Los quepís danzan en la punta de las bayonetas, las banderas azotan el aire.
En las ventanas, en los balcones, en los tejados millares de manos agitan pa-
ñuelos.

Los corazones saltan, en los ojos brillan lágrimas, la gente llora...¹³

Hasta aquí, las imágenes de la Comuna. Imágenes imperecederas, pues quien la noche del primero de julio de 2018 estuvo ahí y vio llorar a la gente —no en la *Place Vendôme*, sino en las calles y plazas de México— entenderá de lo que habla Lissagaray.

Relatos elocuentes como éste hay muchos, pero algunos restituyen narrativamente momentos decisivos, quiebres inesperados, experiencias desnudas que cambiaron el curso de la Comuna y de la historia.

Para mí, el momento liminar de la Revolución de 1871 es la espontánea convergencia de los parisinos hacia Montmartre, la noche del 17 de marzo en que los soldados del gobierno conservador de Thiers trataban de secuestrar los cañones de los que disponía la comunera Guardia Nacional. La experiencia desnuda multitudinaria que ahí se vive es un punto de ruptura, un quiebre histórico que cada uno de los participantes en los hechos comparte con los demás, a la vez que lo vive de modo intransferible.

Por esos días, la efervescencia política y social aumentaba hora tras hora en París. Las condiciones para la proclama de la Comuna estaban dadas. Pero hacía falta un disparador, un evento decisivo, una experiencia crítica que pusiera definitivamente a los parisinos en la tesitura de constituirse en gobierno del pueblo. Y este acontecimiento trascendental y sin duda trascendente ocurrió la noche del 17 de marzo.

En la colina de Montmartre, la Guardia Nacional de la Comuna parisina tenía 227 cañones, algunos tomados del ejército y otros comprados por suscripción popular; artillería con la que ha decidido hacer frente a los invasores prusianos. La noche del 17 de marzo, el gobierno conservador y entreguista de Thiers que, una vez perdido París se había refugiado en Versalles, intentó apoderarse de esos cañones para después apresar al Comité Central de la

¹³ Prosper-Olivier Lissagaray, *Historia de la Comuna*, op. cit., pp. 170-173.

Comuna y dismantelar la insurrección. Cuando la gente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, se movilizó espontáneamente.

Era de noche, casi de madrugada. Ascendiendo por la Rue Des Rosiers y con gritos de *¡Trahison! ¡Trahison!*, hombres, mujeres y niños se abalanzan sobre los soldados del 88° regimiento de línea que trataban de llevarse la artillería comunera.

Cuando los primeros defensores llegaron a lo alto del montículo, el general Lecomte, que comandaba al regimiento, ordenó hacer fuego. Por un instante interminable, la escena se congela... Entonces un suboficial, el joven teniente Verdaguerre, dio una contraorden, gritando: “¡Culatas al aire!”

Los soldados dudaban, se miraban unos a otros; finalmente, no dispararon. Al contrario, clavaron las bayonetas en el suelo y se abrazaron con los comuneros. El enfurecido general Lecomte fue detenido por la Guardia Nacional.

Como casi todos los momentos cruciales de la historia, la movilización a Montmartre tuvo un destacado protagonismo femenino. Fueron las mujeres de París las primeras en enfrentarse a los soldados, y su coraje fue decisivo en el desenlace del evento. Escribe Vallès en *El insurrecto*:

Mujeres, mujeres, mujeres; mujeres por todos lados. —¡Gran signo este!—
Cuando las mujeres se meten en la lucha, cuando el ama de casa empuja a su marido, cuando arranca el trapo negro con que seca las ollas para enarbolarlo como bandera por las calles; cuando salen las mujeres, el sol sale sobre una ciudad en revolución.¹⁴

Y las parisinas tenían organizaciones como la Unión de Mujeres para la defensa de París, animada por Elizabeth Dmitrieff y Nathalie Le Mel, entre otras. Qué mejor, entonces, que recoger el testimonio de una mujer excepcional: Louise Michel, con oficio de institutriz, vocación de periodista, poeta de inspiración y, sobre todo, militante, combatiente y activista. Encarcelada por participar en una acción para hacerse de armas con que enfrentar a los austriacos, Louise Michel participaría después en el Club de la Justicia de la Paz, de Montmartre. En la noche del 17 de marzo, fue de las primeras en marchar

¹⁴ Citado en Eugene Varlin, *Práctica militante*, op. cit., p. 100.

rumbo a la colina donde estaban los cañones. La aguerrida comunera ascendía con su carabina disimulada bajo el abrigo y gritando como todos: ¡*Trahison!* ¡*Trahison!* Así lo cuenta ella misma:

En cuanto nos enteramos formamos rápidamente una columna. Todo el Comité de Vigilancia de Montmartre estaba ahí. Al alba se oía el toque de arrebato.

Subíamos a paso de carga, sabiendo que en la cima nos esperaba un ejército con las bayonetas caladas y en formación de combate. Sabíamos que íbamos a morir. Pero pensábamos que íbamos a morir por la libertad.

Ascendíamos como separados del suelo, como si flotáramos... Y aunque sabíamos que íbamos a la muerte creíamos que con nosotros muertos todo París se levantaría porque en ciertos momentos pequeñas muchedumbres como la nuestra pueden ser la vanguardia del océano humano.

La colina estaba envuelta en una mágica luz blanca. El alba era esplendida...¹⁵

Aquí, inesperadamente, el relato épico y alucinado de Louise Michel se para en seco y cambia de tono:

De pronto —escribe Louise—, vi a mi madre cerca de mí... A mi madre... Ahí, subiendo la colina... Y sentí una espantosa angustia. Mi madre, había venido, mi madre estaba ahí...

Pero no solo era mi madre. Todas las mujeres de París estaban ahí. Las mujeres de París habían subido al mismo tiempo que nosotros. No sé cómo lo habían hecho, pero todas las mujeres estaban ahí.¹⁶

¡Violencia divina, violencia pura!, hubiera dicho entusiasmado Walter Benjamin. Una muchedumbre dispuesta, más que a matar, a morir por una esperanza. La sorpresiva presencia de la madre de la narradora que rompió por un segundo el nosotros épico, hace personal y angustiosamente el inminente sacrificio. Aunque de inmediato nos diluimos otra vez en lo colectivo, pues la madre de Louise Michel es una más de las mujeres del común que

¹⁵ Louise Michel, *La Comuna. Historia y recuerdos*, México, Siglo XXI, 1975, p. 88.

¹⁶ *Ibidem*.

espontáneamente se han movilizado para interponerse entre los del Comité de Vigilancia y las bayonetas.

Y de la experiencia extrema participan también los soldados de Thiers, que han tomado los cañones y esperan al pueblo con las armas dispuestas. Es ese instante de definición que Michel, su madre, las mujeres, los comuneros del Comité y los soldados comparten con otros dos protagonistas personalizados: el general Lecomte y el teniente Verdaguerre. El desenlace es tan inusitado como alucinante la escena. Escuchemos de nuevo, líneas más adelante, a Louise Michel:

No era la muerte lo que nos esperaba en la colina. No era la muerte sino la sorpresa de una victoria popular.

Cruzándose entre nosotros y el ejército, las mujeres se lanzan sobre las bayonetas, sobre las ametralladoras, sobre los cañones... Los soldados permanecen inmóviles.

Mientras que el general Lecomte manda abrir fuego sobre la muchedumbre, un joven suboficial saliendo de las filas se coloca delante de la compañía y grita más alto que Lecomte: “¡No disparen!”... Los soldados le obedecen.

Era Verdaguerre; el joven teniente Verdaguerre, quien por esta acción sería fusilado en Versalles meses más tarde.

La revolución estaba hecha.¹⁷

“La revolución estaba hecha”, concluye sin aspavientos Louise Michel. Y lo hace, no subrayando un triunfo militar sobre el enemigo, sino algo mucho más importante: una conversión; la conversión de los soldados que en la colina de Montmartre confraternizan con el pueblo.

La revolución estaba hecha, pero semanas después el ejército de Thiers la desharía. Así como hay imágenes del triunfo, las hay de la derrota. Y si política y simbólicamente la revolución venció en Montmartre, la derrota ocurrió en las barricadas.

Aislados de las otras Comunas y asediados por el ejército regular de Thiers al que apoyaban los invasores austriacos, los parisinos no pudieron sostener-

¹⁷ *Ibidem.*

se por mucho tiempo. El ejército imperial venía bombardeando, quemando, ametrallando, matando en caliente a los defensores caídos.

Quizá la Comuna hubiera tenido alguna posibilidad de vencer si los hubiera enfrentado en combate abierto. Pero no lo hizo. Cuando vieron a la muerte acercarse, los comuneros se reunieron tras las barricadas; tras las tiernas barricadas donde hombres y mujeres de los barrios habían combatido al enemigo, pero también comido, bebido, discutido y confraternizado día y noche por más de dos meses.

Barricadas cerrando las calles de una nueva urbanización que estaba deshumanizando París, que estaba arrebatándole a los barrios su histórica identidad. Y para recuperar la esperanza, pero también la ciudad que les iban quitando, los comuneros rebeldes ocuparon las calles, arrancaron los adoquines y con ellos edificaron las barricadas.

Barricadas: desafiantes monumentos a la insurrección, abigarradas murellas que interrumpían los grandes bulevares, alcanzando a veces los tres metros de altura. Montañas de tabiques, vigas y muebles frente a las que los orgullosos constructores gustaban de fotografiarse. Barricadas... Así reconstruye Walter Benjamin, con base en testimonios, el repliegue a las barricadas:

En el final de la Comuna el pueblo fue a refugiarse tras de las barricadas; a tientas, como un animal herido de muerte se refugia en su madriguera. Los trabajadores, formados en las luchas de barricadas, no entendían la importancia militar de dar una batalla abierta para tratar de bloquear a Thiers; esto también contribuyó a su derrota. Como declara uno de ellos [Georges Laronze, autor de *Histoire de la Commune de 1871*], los trabajadores preferían “en lugar del impersonal encuentro en campo abierto, la batalla en el propio *quartier*... Y, así debía ser, la muerte tras los adoquines apilados de una barricada en una calle de París.”¹⁸

El diez de mayo de 1968, los estudiantes de París expulsados de la Sorbona por la policía se pusieron a desprender adoquines con los que hicieron barricadas. *Sous les pavés, la plage!* (“Debajo de los adoquines, la playa”). Debajo

¹⁸ Walter Benjamin, *El París de Baudelaire*, Buenos Aires, Eterna cadencia, 2012, p. 73

de las piedras que los estudiantes utilizaban para construir las barricadas, había arena). “Saca los adoquines, camarada, que debajo está la playa”, decían. La playa, sí, y también los fantasmas de las y los comuneros que cien años antes habían amontonado esos mismos adoquines.

Termino este recuento de experiencias desnudas, momentos trascendentales y epifanías con algo que ocurrió en París en los primeros días de la Revolución Francesa del siglo anterior, pero igual pudo haber ocurrido en los meses de la Comuna.

Conscientes de que con su inaudita rebelión no sólo subvertían el orden injusto, sino que también estaban parando en seco el curso rutinario de los tiempos; sabedores de que sus decisiones imposibles dinamitaban la plácida continuidad de la historia, los rebeldes parisinos quisieron detener el tiempo, interrumpir el flujo inexorable de las horas y los días haciendo del presente insurrecto un eterno, un interminable tiempo de ahora... Y con ese fin por las noches algunos comuneros disparaban sus carabinas contra los relojes de las torres.

Era el triunfo de Kairós sobre Cronos; el triunfo de la interrupción sobre la continuidad. Porque el cometido profundo de las auténticas revoluciones es cambiar la vida y, ante todo, subvertir el modo inerte, cronométrico y calendárico como nos han obligado a vivir el tiempo: tic-tac, tic-tac, tic-tac... Pues no: ¡¡boom!!

Los comuneros disparando contra los relojes... ¿Qué mejor imagen puede haber de la revolución?

San Andrés Totoltepec, Ciudad de México, enero 2021.

Experiencias de la Comuna

La ciudad y la Comuna:

Una visión desde la producción del espacio

FEDERICO JOSÉ SARACHO LÓPEZ*

Existen diversos acercamientos para bordar una historiografía de la Comuna de París. En este trabajo, pretendemos realizar un estudio de este monumental acontecimiento a partir de la ciudad misma, París, y la forma en que la producción de sus espacios hilvanó los procesos históricos que le dieron cauce. Ello significa que, al observar la manera en que la ciudad se va desdoblado transescalarmente, podremos apreciar cómo genera contradicciones y cortocircuitos dentro de sus espacios, que influirán en los hechos, las luces y las tragedias que rodean al movimiento revolucionario. Observar París a través de la historia es leer en el espacio los tiempos de la Comuna.

Entender la conformación de la morfología de la ciudad a través del tiempo nos permite también comprender qué papel ha desempeñado en las insurrecciones, devenidas en la lucha por sus espacios.¹ Es la disputa en las calles la que consolida las Revoluciones de 1830 y de 1848 en la ciudad de París. Además, la subsecuente transformación urbana es un producto emblemático y necesario para la configuración del Segundo Imperio. Según Henri Lefebvre, la Comuna puede ser leída como una reacción a la planificación urbana del París del siglo XIX.² Por ello, apostaremos por guiar la reflexión a partir de estas claves espaciales.

¹ Eric Hazan, *A History of the Barricade*, Londres y Nueva York, Verso, 2015.

² Henri Lefebvre, *Espacio y política*. Barcelona, Península, 1976.

DE MURALLAS Y CALLES. EL EMBELLECIMIENTO ESTRATÉGICO DE PARÍS EN EL S. XIX

Históricamente, París, fruto del río Sena, desarrolló una serie de muros, *enceintes*, que rodeaban a la ciudad, marcando sus límites sociopolíticos. Estas murallas se van construyendo con el paso de los siglos aumentando su diámetro de manera sucesiva (véase figura 1), ya sea por necesidades de securitización, como en el feudalismo, o por múltiples necesidades de control poblacional y crecimiento demográfico, como el caso de la *enceinte* de Thiers. En ocasiones, mucha de la infraestructura de una muralla era recuperada para la construcción de la siguiente.³ Aquellos muros que caían en desuso eran absorbidos por la ciudad, que encontraba su nuevo límite. La primera *enceinte* es la galo-romana, que delimitaba el asentamiento de Lutetia, tras la conquista romana de la región en el 52 d.C. Posteriormente, se construirá la primera muralla medieval. Este muro quizá fue construido como resultado del asedio vikingo en 885 y fue edificado por Odo de Francia Robert I. Después, en 1190 comenzará la edificación de la *enceinte* de Philippe August, debido al crecimiento de la ciudad en la Alta Edad Media. A ésta le seguirá la muralla de Carlos V, construida entre 1356 y 1383, que representó una ampliación del margen derecho de la muralla anterior, que duplica el área total de la ciudad y comprende 439 hectáreas. Ya dentro de la modernidad, se desarrolla la *enceinte* de Luis XIII, erigida entre 1633 y 1636; a ésta, le seguirá la muralla que demuestra el cambio de lógica política provocado por la aparición del Estado administrativo. La *enceinte* de los Fermiers généraux tiene como objetivo, no la protección o el marcaje del contorno de la ciudad, sino la captación de impuestos para sanear las finanzas públicas del reinado de Luis XVI. Esta muralla se presenta no sólo como una técnica para el control de flujos, sino como parte de un dispositivo de administración de población, donde esta última ya es percibida como una tecnología de saber/poder.⁴ Además, representa un crecimiento notable del área de la ciudad, al incluir al entonces

³ Renaud Gagneux y Denis Prouvost, *Sur les traces des enceintes de Paris*, Paris, Parigramme, 2004.

⁴ Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

más prestigiosos en la actualidad, se enmarcan en un área similar a la contenida durante los periodos medievales. Los siguientes *arrondissements* se desenvuelven en espiral, trazando el desarrollo de la ciudad, que se fue extendiendo según sus propias necesidades y posibilidades técnicas. En la geografía política de París, vemos indirectamente los juegos de recuperación, destrucción, pero sobre todo reutilización, de espacialidades previas, cuyas lógicas de ordenamiento dejaron de funcionar estratégicamente, y fueron reintegradas y reestructuradas para nuevos momentos tiempo/espacio.

La *enceinte* de Thiers delimita en gran medida la urbanización que representará al París actual. De forma dialéctica, podemos observar cómo, tanto su diseño perimetral como el espacio que éste delimitaba en su interior, también fue aprovechado estratégicamente por la población para la organización de la resistencia. Se nos presenta un espacio en disputa.

Si bien ha sido romantizada hasta el cansancio, la barricada es parte integral de la imaginación revolucionaria. Consagrada por autores como Víctor Hugo, en el clímax de su obra maestra, *Les Misérables*, como una representación del cambio y la tragedia, la barricada en realidad parte de lo cotidiano, como forma de negación.⁵ Los insurrectos toman los objetos de su día a día, incluso destruyendo pedazos de la propia ciudad, para cerrar las calles y generar una defensa. Evidentemente lo que dicha estrategia necesita para ser viable dentro del escenario urbano es la apropiación de armas de fuego para el combate a distancia. Puede efectuarse apoyándose en el lanzamiento de cualquier objeto, mas su eficacia dependerá de la capacidad técnica del contrincante. Por ello, para París es una estrategia fundada en el principio de la modernidad, quizá en el día de las barricadas de 1522. Sin embargo, es más un producto de 1789, de la toma de Bastilla y la Revolución Francesa, y sobre todo de las revoluciones de 1830, como respuesta a la restauración monárquica, las que las colocan como una estrategia popular de resistencia.⁶

Justamente, la barricada era una estrategia primordial dentro de los primeros cuatro *arrondissements*, porque son los que contaban con calles mucho más estrechas y cerradas, al mantener la traza cercana a las necesidades me-

⁵ Victor Hugo, *Los Misérables*, Madrid, Alianza, 2016.

⁶ Eric Hazan, *A History of the Barricade*, Londres y Nueva York, Verso, 2015.

dievales. Ello complejiza la situación para la élite, pues son los espacios centrales, tanto de la clase burguesa como de la nobleza, donde se desarrollaba la política estatal. En parte por ello, por la incapacidad de controlar la seguridad de la ciudad tras los levantamientos de la Fronda, y en parte por la peste y por las condiciones de miseria del hábitat que acompañaron el crecimiento demográfico de la ciudad durante las últimas décadas del siglo XVII, Luis XIV va a desplazar a todo el Gobierno hasta Versalles. Hay que apuntar que dicha medida generó cierta segregación espacial entre la nobleza y las demás clases.

Utilizar las retículas de la propia ciudad con motivos estratégicos era un arma de doble filo. En cualquier momento, al generarse una insurrección, esta tenía la posibilidad de hacer una defensa efectiva gracias al ordenamiento de las propias calles. Esta condición de vulnerabilidad es una preocupación importante durante la instauración del Segundo Imperio, impuesto por Napoleón III. La ironía no pasa de largo, ya que precisamente el uso de las barricadas, en las Revoluciones de 1848, le permite, en primer lugar, el ascenso al gobierno. Son parte integral del posicionamiento político republicano.⁷ La llegada de Napoleón III es un punto de inflexión muy importante para la ciudad de París, porque ataja directamente la tarea de reorganizar y situar a la clase obrera. Y es que las Revoluciones del 48 son un momento de reconocimiento y conciencia de clase, donde el proletariado se encuentra con posibilidades de organización para la toma de acciones políticas decisivas a través de las calles.⁸ La producción espacial de la ciudad permite hacer una defensa adecuada de los territorios por tomar.

Por ello, una de las prioridades del gobierno imperial será reformular el ordenamiento, la traza y el diseño de París. Se busca transformar radicalmente sus espacios centrales e intervenir con vías de comunicación todo lo contenido en la *enceinte* de Thiers. Para ello, se encomienda la tarea al barón Georges Eugène Haussmann. Su nombre quedó en la historiografía vinculado al urbanismo y al embellecimiento de París, elemento central de la producción urbana que enmarcará a finales de siglo la *Belle Époque*. La ciudad florece con expresiones arquitectónicas hermosas, pero esconde bajo sus luces la expre-

⁷ *Ibidem*.

⁸ Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Madrid, Booket Paidós, 2019.

sión de la increíble violencia que significó la transformación.⁹ Lo que en realidad va a generar el diseño de Haussmann es un aparato de segregación brutal tan efectivo, que mantiene su función hasta nuestros días.¹⁰ Hace de París un monstruo hermoso, una bestia magnífica.

La técnica de Haussmann puede ser bautizada como “embellecimiento estratégico”, nombre que acuñaría Walter Benjamin.¹¹ En ella, instaure largos y amplios bulevares, con entradas accesibles, en los cuales no pueda ser establecido el sistema de barricadas, inmunizando a la ciudad contra cierres perimetrales absolutos. Además, éstos se interconectan, cruzando a través de los barrios, de tal suerte que, si es necesario, el gobierno pueda actuar militarmente en cualquier momento mediante estos ejes transversales, garantizando la efectividad de la represión de cualquier forma de resistencia e instaurando un sistema de securitización efectiva.¹² Esta dimensión, profundamente perversa, queda perdida en la romántica idea de caminar por los engalanados *boulevards*, como Campos Elíseos (véase figura 2).

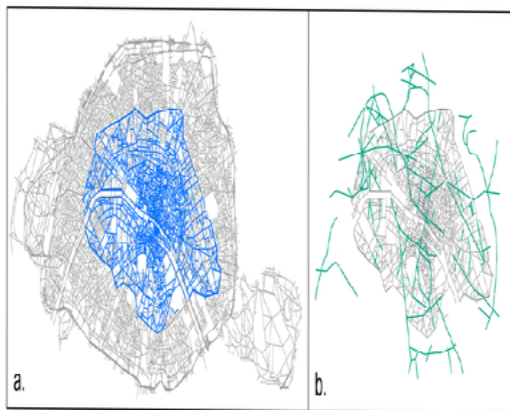


Figura 2. Bulevares de Haussmann sobre la traza previa. Tomado de Barthelemy, Marc, *et al.* “Self-organization versus top-down planning in the evolution of a city”. *Sci Rep* 3, 2153 (2013).

⁹ John Merriman, *Masacre. Vida y Muerte en la Comuna de París de 1871*, Madrid, Siglo XXI, 2017.

¹⁰ Henri Lefebvre, *Espacio y política*, *op. cit.*

¹¹ Walter Benjamin, *El libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2017.

¹² Federico Saracho, “La ciudad y el poder. Hacia una comprensión geopolítica de la ciudad”, en *Academia XXII*, 9 (17), 2018. pp. 19–45.

Por otro lado, la construcción de estas vías fue acompañada por la destrucción de buena parte de los edificios de las zonas centrales para su traza. No es casualidad que se escogiera edificios donde moraba la clase obrera.¹³ Hablamos de la destrucción de alrededor de 100 000 apartamentos. Una cantidad considerable se arrendaba a personas que habían migrado del campo a la ciudad en busca de empleo, a razón de la industrialización francesa (véase figura 3). Otras eran familias de clase trabajadora que vivían en dichos edificios desde algunas generaciones atrás. En estos espacios centrales, se observan las indignantes condiciones de vida que acompañaron a la revolución industrial. Ejemplo de ello es la cuestión de la sanidad endeble de los habitantes a razón del hacinamiento, ya que en esos distritos centrales se calcula una población de alrededor de 15000 personas por km², el triple de lo que actualmente habita el área. Son condiciones específicas y efectivas de lo que Henri Lefebvre llamaría la *miseria del hábitat*, y son parte importante de la conformación de la conciencia de clase.¹⁴ Lejos de ofrecer la mejora de las condiciones de existencia de esas personas, la decisión del Estado es la de reconocerlas como problema y negarlas. Lo que se garantiza con la destrucción de esos apartamentos es la imposibilidad de que se reproduzcan las formas de vida de los trabajadores en el centro.

¹³ Henri Lefebvre, *La proclamación de la Comuna. 26 de marzo de 1871*, Pamplona, Katakarak, 2021.

¹⁴ Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Madrid, Capitán Swing, 2018.



Figura 3. Sombra de edificios y bulevares de Haussman sobre el ordenamiento previo. Tomado de Barthelemy, Marc, *et al.* “Self-organization versus top-down planning in the evolution of a city”. *Sci Rep* 3, 2153 (2013).

La estrategia de Haussman es una transformación de espacios desde el punto de vista de un ordenamiento geopolítico burgués. La demolición de alrededor de 20 mil edificios, para deslocalizar la “amenaza”, acompañada de la construcción de los grandes bulevares como vías de comunicación que alimentarán tanto flujos de movimiento como acción directa del Estado, es una clara expresión de un “fix geopolítico”. Este último se basa en la intervención instrumental del espacio para evitar un conflicto posterior.¹⁵ Además, las vías de comunicación formarán triángulos, que a su vez generaran plazoletas, de tal manera que, si es necesario hacer un rodeo en “u” a un objetivo, exista la posibilidad de hacerlo. El embellecimiento estratégico tiene como resultado la posibilidad de generar mayor control socioespacial.

Como parte integral de la estrategia, aquellos nuevos espacios tendrán una fuerte carga simbólica y estética, al proyectar un discurso imperial napoleónico y moderno. La construcción de esta *ciudad absoluta* tiene como figura

¹⁵ Federico Saracho y Fabián González Luna. “Espacio, Desastre y Renta: La (re) producción de Coapa como destrucción creativa”. *Academia XXII*, 11 (21), 2020. pp. 64–82.

primordial a Napoleón I, presentado como “resultado último” de la historia francesa. Encontramos en los edificios grandes enes (N) que hacen referencia a su nombre; infraestructura cubierta de estatuas que hablan del triunfo de Francia, de la victoria de la libertad, ángeles republicanos con coronas de laurel. Representa una narrativa materializada que envuelve a la nueva ciudad, y genera una base a partir de la cual el Estado programa una “nueva ciudadanía”, acorde con el proyecto político del Segundo Imperio. Su intención es que los espacios reflejen “la grandeza de Francia” y que los sujetos interioricen, por medio de la transformación urbana, los valores imperiales. En realidad, es parte de un dispositivo estatal bastante efectivo, porque logra establecer mediante la intimidación, en términos de Paul Claval, un *porqué* del Estado, y su actual configuración de gobierno.¹⁶

Al mismo tiempo, la transformación de las vías de comunicación y la destrucción creativa permite ejercer una gubernamentalidad más tersa, pues dota al gobierno de la capacidad de encauzar, o incluso generar, grandes flujos de población hacia los espacios exteriores, de tal suerte que les es posible hacer un ordenamiento estratégico en clave de economía política.¹⁷ Se estima que entre el 20 % y el 30 % de toda la población es desplazada hacia los barrios periféricos, en particular hacia los *arrondissements* 18, 19 y 20.¹⁸ A ello se le suma la migración del campo hacia la ciudad, atraída por la explosión de la Revolución Industrial, acrecentando la tensión entre el espacio rural y el ensamble urbano.¹⁹

Si revisamos el periodo comprendido entre 1800 a 1857, que es cuando se tiene un avance importante de la urbanización de Haussmann, podemos ver como el 20° *arrondissement*, Belleville, teatro de formidable importancia para los sucesos de la Comuna, muestra un crecimiento enorme: de 17000 personas a 87000 personas. Si observamos su *arrondissement* vecino, des Buttes-Chaumont, particularmente en la zona de la Villette, hay un crecimiento que va de 1600 personas hasta 30000 personas. También el 18° *arrondissement*, des Buttes-

¹⁶ Paul Claval, *Les espaces de la politique*, París, Armand Colin, 2010.

¹⁷ Federico Saracho, “La ciudad y el poder”, *op. cit.*

¹⁸ John Merriman, *Masacre*, *op. cit.*; Henri Lefebvre, *La proclamación de la Comuna*, *op. cit.*, y David Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

¹⁹ Paul Claval, *Ennobler et embellir. De l'architecture à l'urbanisme*, Paris, Scrineo, 2011.

Montmartre, donde se inicia el drama en la historiografía clásica de la Comuna, tendrá un crecimiento de 600 personas, un número bajo de población a razón de su relativamente compleja morfología, hasta 23000 personas a finales de 1857. A estos flujos, debemos unir el desarrollo exponencial de la periferia que se encuentra más allá de la cinta de Thiers. Tal es el caso de Saint-Denis, por ejemplo, que comienza el siglo XIX con 4000 personas y en 1857 ya tiene 356,000 personas.²⁰

La organización y el embellecimiento estratégico planeado por Haussmann tiene como resultado la explosión de la ciudad misma, lo que es acompañado por un aumento de las tensiones entre las clases sociales.²¹ No es casualidad que buena parte de los conflictos armados que se van a librar dentro de la Comuna de París se encuentren alojados en los espacios de crecimiento exponencial. Está ligada la intervención de la población mediante el espacio mismo. La nueva urbanización producida permite que las expulsiones puedan asentarse y concentrarse directamente en el espacio periférico. La ciudad opera como una serie de dispositivos de segregación socioespacial brutal.

A la transformación de la ciudad le acompaña el aumento de los aparatos de seguridad. De comenzar el siglo con 750 policías, una fuerza pequeña dedicada a tareas de vigilancia, la ciudad de París pasará a contar con más de 4000 efectivos. A ellos se les unen 2900 policías municipales.²² Por último, al no ser París una comuna en términos administrativos, problema central del momento histórico que aquí estudiamos, no tenía representatividad política directa. Por ello, cuenta con la presencia activa del Ejército en labores de seguridad. A estos cuerpos los acompañan una pléyade importante de espías, acorde con los usos del siglo XIX.

Las estructuras de la segregación socioespacial no solamente se planearon en un eje horizontal, a ras de piso, sino que también se integraron al diseño arquitectónico mismo, dando a estas un eje vertical. Los edificios homogenizados por el proyecto del barón terminaron creando un estilo propio, el *Estilo Haussmann* (véase figura 2). Ellos tenían reglas específicas en su construc-

²⁰ John Merriman, *Masacre*, op. cit.

²¹ Henri Lefebvre, *La proclamación de la Comuna*, op. cit.

²² John Merriman, *Masacre*, op. cit.

ción: sólo seis plantas, una vivienda por nivel y un máximo de 20 metros incluidos los entresuelos y tejados. Estos últimos debían ser de cinc o plomo, con inclinación de 45° y disponer de mansardas. Los muros eran de piedra caliza, con rejas negras y balcones en la segunda y quinta planta. Estos últimos más humildes que los primeros.²³

La distribución lo dice todo. Dentro de la parte baja, se encontrarán los comercios. En el segundo piso, de doble altura, con ventanas ornamentadas y con los balcones corridos a lo largo de toda la fachada, habitarán los burgueses y acaudalados. Ello hasta la aparición del ascensor en 1870. En los siguientes pisos, vivirán los comerciantes que atienden las tiendas a nivel de calle. También familias con una situación más o menos estable. El balcón del quinto piso estaba para dar un equilibrio a la fachada, por lo que se construye sólo para afirmar la existencia del que está en el segundo nivel. La última planta estaba reservada a los trabajadores y la servidumbre. Se fragmentaba en muchas habitaciones pequeñas y un aseo común, y el acceso era una escalera de servicio que daba a las cocinas de los apartamentos del edificio. No tiene mucha altura propia, y a veces, cuando se accede, hay que hacerlo encorvado. Estos edificios tenían un costo de alquiler importante, que descendía según la persona debía subir escaleras para llegar a su hogar.



Figura 4. Edificios estilo Haussmann en París.
Fotografía de Pascale Gueret/Shutterstock

²³ Anthony Sutcliffe, *Paris. An architectural history*, New Haven, Yale, 1996

El resultado es una reapropiación por parte de las clases dominantes de los espacios que podrían haber considerado perdidos dentro de los cuatro primeros *arrondissements*. Además, la transformación urbana atrajo inversión, que a su vez alimentó la especulación financiera e inmobiliaria, lo que nos permite también entender parte de la estabilidad del Segundo Imperio. Quizá pudiéramos afirmar que es un antecedente a los fenómenos de gentrificación. La transformación de París significa la construcción de un “mundo” diferente al cual se habitaba. En cómo se representa al ciudadano y en cómo se engalana la arquitectura a partir de la lógica del Estado, a través de un espectro imperial, es que desarrolla un nuevo paisaje inmersivo. Todo ello se logra solamente a partir de una mediación espacial. Es ideología materializada como una compleja red de dispositivos de dominación.

A ese ordenamiento urbano engalanado que habilita mayor intervención del Estado, se le une un serio despliegue de unidades militares y policíacas. Ello facilita que estos grandes bulevares sean promocionados como “espacios seguros” para la burguesía. Los grandes comercios tendrán la opción de ponerse a las riberas de estas grandes avenidas, de tal suerte que no solamente se ordena y expulsa al proletariado hacia las afueras, sino también se da orden a la clase ociosa y opulente, junto a su consumo pecuniario. Lo anterior ha tenido efectos trazables hasta la fecha. Según el estudio de Marc Barthelémy y otros, a lo largo de los años se ha transferido la actividad comercial a los bulevares de Haussmann (véase figura 5). En 2010, somos testigos de cómo el diseño original es plenamente exitoso.²⁴ Ello nos habla de la efectividad estratégica de la intervención, que desempeñará un papel central en el drama de la Comuna, tanto para las condiciones materiales que le dieron forma, como para el desenlace militar que le dio término.

²⁴ Marc Barthelémy, *et al.* “Self-organization versus top-down planning in the evolution of a city”. *Sci Rep* 3, 2153 (2013).

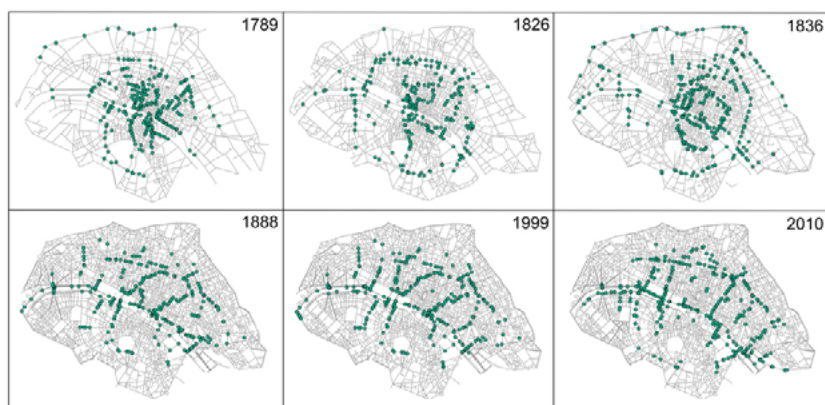


Figura 5. Ordenamiento de los comercios de París de 1789 a 2010.
Tomado de Marc Barthelemy, *et al.* “Self-organization versus
top-down planning in the evolution of a city”. *Sci Rep* 3, 2153 (2013).

PARÍS DEL ESTE/PARÍS DEL OESTE

La segregación estratégica logra, hasta cierto punto, partir a la ciudad en dos márgenes, o quizá debamos decir frentes, a la luz de la lucha de clase. El lado oeste será el lado conservador, donde mora buena parte de la burguesía. Ésta, si bien se entrega a la especulación y ocupará los nuevos edificios, encontrará que su sector más tradicional se quedará de lado oeste, donde ya estaba enquistada. Particularmente, tiene su presencia en el octavo, noveno y onceavo *arrondissement*. Mientras la vieja burguesía mantiene su espacio de privilegio, el “dinero nuevo” y la juventud especulativa serán aquellos que se trasladen a los nuevos inmuebles que se desarrollaron en la época de Haussmann. Por el contrario, en el otro frente se encuentra “el resto”, los trabajadores expulsados, quienes habrán de habitar en la nueva periferia que vive en hacinamiento por diseño y en precariedad por estructura. Este fenómeno generó en el oeste la idea —y el miedo— a las grandes masas, a los “bárbaros” e incivilizados que se encontraban en aquellos nuevos sectores del norte de la ciudad, “sobre ellos”: la idea y el miedo de que en cualquier momento podían “descender” y vandalizar a las “buenas familias” burguesas y acomodadas que se hallaban bajo sus

arrondissements.²⁵ Esta bipartición de la ciudad se constituye y se piensa en el discurso público como una amenaza continua, un peligro latente²⁶.

Generalmente, la historiografía de la Comuna de París nos dice que el movimiento inició el 18 de marzo de 1871, cuando ocurre la toma de los cañones de Montmartre y Belleville, como nos cuenta Oliver Lirssagaray.²⁷ Sin embargo, nuevas propuestas, como las de Kristin Ross, apuntan a que observemos los años previos al acontecimiento dándole un papel central a la proliferación de la discusión política y a la formación de clubes políticos, que durante ese tiempo generaron debates y discursos cuyo resultado fue una cierta forma de “pedagogía política” para la población.²⁸ Ella habrá de integrar a su cotidianidad la discusión de los problemas de aquella Francia y de aquel París que de manera concreta estaba viviendo. Durante la década previa a la declaración de la Comuna, en los sesenta del siglo XIX, continuó el desarrollo de las condiciones estructurales, como ya hemos hablado, pero éstas fueron acompañadas por su profunda politización. Los mítines se fueron esparciendo por todo París. Sin embargo, debido a la condición de clase y su fragmentación socioespacial, cada una de las diferentes zonas formaron clubes con diferente carisma e ideología. Hablamos de una pléyade de corrientes que se manifestaron dentro de estos grupos: actualmente los clasificaríamos como radicales, anarquistas, socialistas, feministas, republicanos, simplemente reformistas o blanquistas. Estos últimos, seguidores de Luis Blanc, van a contar con gran apoyo, lo que les permitirá ir moviéndose continuamente entre las diferentes zonas para alcanzar una mayor cobertura.²⁹ La discusión política en los clubes nos da cuenta de las prioridades y preocupaciones de cada área, lo que a su vez nos indica cuáles son los espacios más privilegiados y cuales los menos,

²⁵ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, *op. cit.*

²⁶ Como señala Henri Lefebvre, “uno de los aspectos más fuertes de la Comuna de París (1871) es la fuerza del retorno hacia el centro de la urbe por los trabajadores expulsados a los alrededores y periferias, su reconquista de la ciudad, esta pertenencia entre otras pertenencias, este valor, esta obra que había sido arrancada de sus manos”. (Lefebvre, *op. cit.*, p. 76)

²⁷ Prosper-Oliver Lissagaray, *Historia de la Comuna*. México, Hispánicas, 1987.

²⁸ Kristin Ross, *Lujo Comunal: el imaginario político de la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2016

²⁹ Albert Ollivier, *La Comuna*, Madrid, Alianza, 1967.

cuáles van a ejercer mayor comercio y cuáles no. Representan una suerte de radiografía de la segregación material (véase figura 6).

En el margen derecho, los *arrondissements* 7º, 8º, 14º y 16º tienden a expresiones políticas conservadoras, con muy pocas reuniones en comparación con el resto de la ciudad. Éstas se generarán con mayor peso en los márgenes central e izquierdo, donde se van a reunir clubs para discutir la reforma política, aunque de un corte más cercano al liberal y burgués, que está buscando la transformación de Francia y de París hacia formas republicanas. Esto último es una generalidad, pues las ideas fluían de manera más o menos irrestricta. Finalmente, está el margen norte y noreste; el último, a partir del 3º *arrondissement*. En estos espacios, la discusión es mucho más radical. En sus clubs encontrábamos las expresiones antisistémicas. En la opinión pública, se empieza a hablar de estas zonas como “El otro París”.³⁰

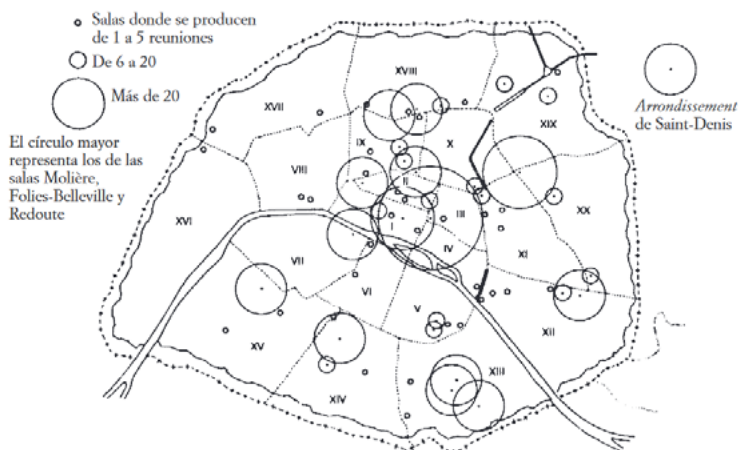


Ilustración 102. Localización y frecuencia de las reuniones públicas en París, 1868-1870.

Figura 6. Reuniones públicas en París. Tomado de David Harvey *París, capital de la modernidad*. Traducción de José María Amoroto Salido. Madrid, Akal, 2008.

³⁰ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit.

Los flujos de comunicación entre “ambas ciudades” son notorios. El París burgués nunca toca al lado radical. Sus habitantes pocas veces transitan hacia esos lares, por lo que, en su conciencia, toma una forma de “mito urbano” presente. Pero el “otro París” sí toca los espacios de su contraparte, ya sea porque trabaja en sus pisos superiores, ya porque tiene que realizar obras públicas, carpintería, masonería, y un largo etcétera. Por tanto, el desconocimiento no es mutuo. Como resultado surgen ciertas alianzas con burgueses y pequeños burgueses, particularmente entre estudiantes y masas trabajadoras o amas de casa, parte del proletariado que en esa coyuntura se encuentra profundamente politizado.

En este contexto, observamos el enfrentamiento entre ideas que llevará al eventual quebrantamiento entre las teorías mutualistas y sus formas de expresión. Las condiciones del hábitat de los trabajadores son duras y los salarios son bajos, lo cual provocó que entre las industrias empezaran a surgir organizaciones mutualistas y de apoyo mutuo. Paralelamente, los sindicalistas buscaban una organización obrera más establecida, para robustecerla a partir de su institucionalización. Si bien entre ambas manifestaciones hay discrepancias, ellas nos hablan de la incapacidad misma para la supervivencia de los sujetos dentro de la clase trabajadora. Por ello, en los años sesenta surgen al menos 165 asociaciones de trabajadores con más de 160,000 miembros, así como los movimientos de mujeres militantes, como la Sociedad para Defender los derechos de la Mujer,³¹ y por supuesto, el papel estelar de la Internacional Socialista en la articulación de diversas expresiones del movimiento obrero. Derivado de ello, muchas veces se le reclama a la Comuna que no tiene una organización clara. Lo anterior es verdad: no la tiene. Lo que en realidad observamos son formas de creación, de praxis poietica que tienen todavía que entenderse a sí como articulaciones para la toma de decisiones, aunque de hecho ejercen dicha facultad dentro de sus prácticas cotidianas, lo que se refleja a su vez en nuevas manifestaciones de praxis.

Las condiciones estructurales verán en la coyuntura internacional un catalizador para brotar. Si bien en ese momento de efervescencia política en Francia el gobierno de Napoleón III estaba en jaque, es en su política interna-

³¹ John Merriman, *Masacre*, op. cit.

cional donde las cosas se encontraban en peor estado.³² La empresa mexicana fue un golpe muy duro para la imagen pública del emperador.³³ Dentro de la competencia intercapitalista en el continente, el conflicto con Prusia estaba por devenir en guerra. Dicha conflagración será la primera guerra en Europa que se peleará a partir de una mediación industrial, en la producción del armamento. Mientras que Francia lucha con cañones de bronce con una estética superior, Prusia ya está utilizando cañones de repetición hechos de acero. La mediación industrial en los cañones de Alfred Krupp es uno de los albores del aparato industrial militar global, al cual apreciaremos en toda su extensión dentro de la Primera Guerra Mundial.³⁴ Esta es una de las causas por las que la derrota de Francia ante Prusia es apabullante. La mediación técnica cambia radicalmente el panorama del “concierto de naciones” europeo.

Librada entre el 20 de septiembre de 1870 hasta el 28 de enero del siguiente año, la guerra franco-prusiana terminará con el asedio de París.³⁵ Precisamente por el tipo de cañones y la clase de armamento industrial de los prusianos, se tiene la posibilidad de realizar un cerco a la ciudad desde una mayor distancia, dejando con menor efectividad el dispositivo militar diseñado por Haussmann. La defensa de la ciudad puede ser caracterizada como “heroica”, pero se desarrollaba desde una posición desventajosa.³⁶ Este ejército se montará en los márgenes del lado este de la ciudad, recargando el mayor peso del asedio en los barrios proletarios del “otro París”. La defensa nacional va a realizar levas continuamente, buscando apoyos dentro de las poblaciones

³² Pierre Milza, “*L’anne terrible*” vol. 1, *La guerre franco-prussienne septembre 1870-mars 1871*, Paris, Perrin, 2013 y John Merriman, *Masacre*, op. cit.

³³ Louis Dussieux, *Histoire générale de la Guerre de 1870-1871*, Paris, Jaques Lecoivre, 1872.

³⁴ William Manchester, *The arms of Krupp: The rise and fall of the industrial dynasty*, Nueva York-Boston, Back Bay, 2003.

³⁵ Louis Dussieux, *Historie Générale*, op. cit. y Pierre Milza, *L’anne terrible*, op. cit.

³⁶ Como narra el testimonio de Louis Simonin, “A decir verdad, no hay suelo que esté a salvo de los proyectiles. Se suele creer que los pisos superiores son los únicos verdaderamente expuestos. El bombardeo de París demostró que el hecho era inexacto, y los proyectiles lanzados desde Châtillon, a una distancia de más de 7 kilómetros, cayeron sobre varias casas de la margen izquierda, en los patios, las plantas bajas, los sótanos y incluso en las bodegas”. Louis Simonin, “Le canon Krupp et le bombardement de Paris, par un Officier de secteur”, *Revue des Deux Mondes*, 2º periodo, tomo 91, 1871, pp. 454-468.

obreras de los 17°, 18°, 19°, y 20° *arrondissements*. Y estas responderán afirmativamente, generando pactos entre los diferentes grupos, como fue el caso de los blanquistas, para la defensa de la ciudad. La segregación de clase en la experiencia de la guerra se recalcará aún más en el conflicto, al dar cuenta que la Asamblea Nacional, el gobierno de Francia, ni siquiera se encontraba en la capital sitiada; se hallaba en Bordeaux. Cuando nace políticamente la Comuna, el 26 de marzo, en las votaciones ya había expresiones *de facto* de autogobierno, generadas desde enero ante la ausencia del gobierno, en el marco de la defensa nacional (véase figura 7).

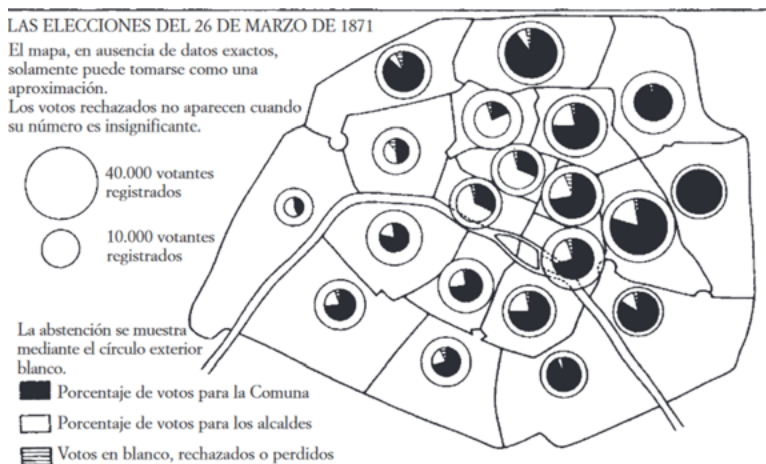


Figura 7. Elecciones del 26 de marzo de 1871. Tomado de David Harvey, *París, capital de la modernidad*. Madrid, Akal, 2008

Como resultado del conflicto, una hambruna brutal asoló a los parisinos. Por ello, el 31 de octubre empezaron a presentarse sublevaciones dentro de la Guardia Nacional, principalmente en Belleville. Las personas pedían mayor abasto de alimentos y servicios, demostrando así un segundo fracaso de la estrategia logística de Haussmann, a la par que exigían representatividad política a través de elecciones. Para controlar a la población, se aceptó esta última demanda, para ser resuelta al finalizar el asedio. La división este/oeste también se hizo presente durante la hambruna, cuando el proletariado con-

virtió la cacería de ratas en una empresa para alimentarse, o la práctica de adulterar el pan con huesos molidos. En el este, sus habitantes tienen la posibilidad de pagar a un mayor precio los alimentos, aunque muchos no permanecieron en la ciudad. Si bien ningún ciudadano de París estaba ganando dentro de ese difícil momento, los impactos fueron diferenciales.

Dicha insurrección del 31 representará para las personas del este la última llamada a la gran defensa de la ciudad, un último empuje por la protección de París el cual terminará en un fracaso completo. Entre el 6 y 7 de enero aparece el segundo afiche rojo, evento central de la historiografía de la Comuna. Firmado por los comités centrales de los 20 *arrondissements*, en él se acusa directamente al gobierno de llevar la defensa al borde del abismo. Declara lapidariamente: “La política, la estrategia, la administración del 4 de septiembre, continuidad de las del Imperio, están bajo juicio”. Cierra con aquella frase que reverbera hasta nuestros días: “¡hacer sitio al pueblo!, ¡hacer sitio a la Comuna”.

Después de la batalla de Sedán, Napoleón III será capturado por las tropas prusianas. Ello significó la caída definitiva del imperio francés y la necesidad de su reforma política. Lamentablemente, dicha reforma decantaría a favor de los intereses conservadores de la sociedad francesa. El armisticio fue negociado por el propio Adolphe Thiers, quien se las había arreglado para mantenerse entre los altos círculos del poder político. En un momento en que el Estado no tiene cabeza en el gobierno, Thiers se posiciona para convertirse en ella. Durante el cese al fuego que acompañó a las negociaciones, se llamó de manera paralela a elecciones para la formación de una nueva Asamblea Constituyente, la cual generaría las bases para fundar una nueva república francesa.

El avance en la consolidación de un nuevo gobierno se afianzó con las elecciones del 8 de febrero. Ellas funcionan como una suerte de radiografía de los centros y las periferias del país en ese convulso momento, pues se manifestaron las contradicciones entre la ciudad y el campo. Por un lado, el sector rural apoyó en su mayoría a candidatos monarquistas y orleanistas; por otro, la ciudad de París se mantuvo republicana, aunque en desventaja representativa.

Thiers y Bismarck acuerdan el mantenimiento de la Guardia Nacional como fuerza de combate. Ambos temen a un proletariado levantado en armas. La firma del armisticio lleva la lucha francesa a un nuevo frente: el conflicto por el espacio público. Enfrentando a la efervescencia de la revolución, hay un

sector conservador anquilosado que se encuentra muy presente en el gobierno de Thiers. A partir del primero de marzo este conflicto empieza a dar muestras en el uso del espacio. El desfile de la victoria por parte de las tropas prusianas no transita por todo París. Será contenido solamente en los 8°, 7° y 6° *arrondissements*, controlados por la burguesía más enquistada. Para las fuerzas invasoras, estos espacios son los que cuentan con una mayor securitización y comunicación, al estar más intervenidos por los bulevares.³⁷ Su paso por Champs Elysées es una estrategia de protección para los soldados de Prusia. Por otro lado, aparece en las paredes del espacio proletario un afiche que va a pedir a la población que no salga y no confronte a las tropas enemigas. Es un momento que se expresa en dos niveles claros: Ilustra cómo la competencia intercapitalista y el orden geopolítico global proyectan a Prusia como actor toral, a la par que afirma las fracturas locales que se expresan al interior de la propia urbe. Se dibujan los extremos entre las escalas, desde lo mundial hasta lo barrial, donde la dinámica que las atraviesa está enunciando claramente las contradicciones del capitalismo de finales del siglo XIX.

Ello nos lleva a dar paso a la partera de la historia. Aquel 18 de marzo en que el gobierno de Thiers intentó tomar los cañones que se encontraban en Montmartre, en los límites de la ciudad. Dichos cañones estuvieron en posesión de miembros de la Guardia Nacional provenientes de las zonas proletarias, quienes no sólo realizaron la defensa de la ciudad, sino que, además, se dice, ellos mismos pagaron con su propio dinero. El intento es claramente leído como un esfuerzo por desarticular las capacidades de resistencia y controlar la zona periférica de París. Cuando se da la orden de disparar ante la negativa de entregar los cañones, las fuerzas del ejército no la acatan, no obedecen. Thiers se da cuenta de que tiene un problema mucho más grande del que imaginó y ordena la retirada completa del gobierno hacia la zona de Versalles. Del otro lado de la muralla, el ejército prusiano mantiene su campamento a pesar de que la guerra ha terminado. Bismark afirma su pacto de clase con el gobierno recién electo y guarda la cinta defensiva. Los prusianos van a liberar a todos los presos que mantienen, junto con las baterías capturadas para apoyar a la contrarrevolución. Necesita garantizar el pago de las indemnizaciones

³⁷ Henri Lefebvre, *La proclamación de la Comuna*, op. cit.

de la guerra que se realizaría a través de la banca francesa. Se confirma la alianza estructural en contra del proletariado francés.

Alrededor de 100 000 parisinos emprenden la huida. La mayoría habita en el lado oeste de la ciudad: son aquellos que tienen las capacidades económicas y que cuentan incluso con propiedades en la provincia, donde pueden refugiarse rápidamente de la tormenta que se presiente. No es casualidad para nadie que, a la llegada de las elecciones convocadas por la Guardia Nacional para poder establecer un nuevo orden, veamos un voto importante de partidarios a favor de la Comuna. Muchos ricos, no todos, habían abandonado la ciudad, cediendo el espacio público.

Nace la Comuna de París, que, en realidad, dentro del sistema político francés, se refiere a la representación política de la ciudad, la cual no contaba previamente con dicha propiedad. Sin embargo, ello es una formalización, pues durante la defensa, ésta ya había visto la luz en la organización de la población. La coyuntura más bien permite las condiciones para que los diferentes grupos de trabajadores puedan tomar el control del *Hôtel de Ville* y del gobierno de la ciudad.

Las calles enmarcan la lucha por el poder político. Para el 21 y 22 de marzo, los autodenominados “los amigos del orden”, representantes del conservadurismo que apoyan los sistemas tradicionales republicanos y representan el miedo a los socialistas, van a organizar manifestaciones públicas dentro del lado oeste de la ciudad.³⁸ Esa organización política conservadora permite la securitización de dicha zona, lo que posteriormente será decisivo para la entrada de los ejércitos de Thiers durante los últimos días de la Comuna, durante la llamada “semana sangrienta”.

ESTALLAR AL MUNDO. LA COMUNA DE PARÍS

A la luz de la fragmentación estructural de la ciudad aquí expuesta, podemos analizar el momento revolucionario de la Comuna: ¿fue un reajuste dentro de las estructuras políticas burguesas, o fueron espacios en donde se estaba ge-

³⁸ Charles Beslay, *La Verité sur la commune*. Bruselas, Kistemaeckers, 1878.

nerando un socialismo práctico? Ambas respuestas son afirmativas, según el punto desde el que se observe el proceso. Existe una intención de la izquierda política por buscar etiquetas para reclamar la memoria del momento en aras de encontrarse reflejado en él: marxistas, anarquistas, socialistas, todos van a intentar llamar hacia sí a la Comuna. En realidad, es parte de la tradición política de todos, incluso aquellos que la niegan, como es el consenso liberal.

Según David Harvey, la Comuna nunca cuestionó realmente con seriedad a la propiedad privada como institución y el poder del dinero.³⁹ Requisitó talleres y vivienda abandonada para ser redistribuida, pero también mantuvo la legitimidad del Banco de Francia, pieza central de la burguesía. Sin embargo, a pesar de lo expuesto por Harvey, el rompimiento de la Comuna fue verdaderamente revolucionario. La decisión de mantener el Banco de Francia fue estratégica en el contexto de la guerra que se acababa de librar, aunado a que el ejército prusiano se mantenía a las puertas de la ciudad, en Saint-Denis. No reconocer al Banco de Francia, parte importante del armisticio, es invitar nuevamente a los cañones industriales a abrir fuego a la población. Era un error abrir nuevamente ese frente, cuando el enemigo en Versalles desplegaba su ofensiva. La defensa contra los ejércitos de Thiers que empezará desde abril a abrir las líneas de combate hacia el muro del oeste requería financiamiento. Entonces no es una decisión fácil eliminar los parámetros de intercambio. La decisión estratégica inmediata, en contraposición a una decisión estructural profunda, tuvo por lógica mucho más peso en un momento de peligro.⁴⁰ En ello tampoco debemos hacer menos el papel que los socialistas proudhonianos tuvieron en la toma de decisiones de la Comuna, como lo fue Charles Beslay,

³⁹ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit.

⁴⁰ Tampoco debemos minimizar el reclamo de las alas más radicales a tomar el control del banco. Como declaraba un artículo de *Le Matin*, con fecha del 11 de junio de 1897: "En el Banco de Francia había una fortuna de 3323 millones, más de la mitad de la indemnización de guerra. ¿Qué habría ocurrido si la Comuna se hubiera apoderado de ese tesoro, cosa que hubiera hecho muy fácilmente sin ninguna controversia, de haber sido el banco un banco estatal, como hizo con todos los establecimientos públicos? Ninguna duda de que con tal nervio de la guerra hubiera salido victoriosa". Louise Michel, *Mis recuerdos de la Comuna*. México, Siglo XXI, 1973

encargado de finanzas.⁴¹ Esta rama del socialismo observa el crédito como herramienta estratégica. Por último, debemos reconocer que un número importante de representantes eran republicanos.

Por otro lado, en torno a la discusión del papel de la propiedad privada y su eventual eliminación, conceder a esta crítica significaría pensar las acciones de la Comuna sólo como aquellas iniciativas tomadas desde el *Hôtel de Ville*. Ello es limitar la experiencia revolucionaria a una tendencia centralizadora. La Comuna sin embargo manifestó una tensión entre las formas políticas previas de centralización y su tendencia a la descentralización.

Se generaron nuevas formas fragmentarias del ejercicio del poder político que son vitales para entender las expresiones revolucionarias del momento histórico. Por un lado, mientras se mantiene las capacidades de decisión en el *Hôtel de Ville*, se consolida una centralidad política en la plaza de la Corderie, donde se encontraba la Asociación Internacional de Trabajadores, origen de los afiches rojos. Así también está el Comité Central de los 20 *arrondissements* y el Comité Central de la Guardia Nacional. Diferentes dimensiones de la coyuntura ligadas a la ciudad misma crean particiones de las institucionalidades políticas. Pero ello no se detiene ahí. Cada uno de los *arrondissements*, con cada uno de sus barrios, empezará a formar cuerpos para la toma de decisiones autónomas según sus condiciones objetivas.⁴² Ahí se generan muchas de las expresiones más progresistas de la Comuna. Algunos, como en el 3º *arrondissement*, buscaban el desarrollo de escuelas gratuitas, otros promovieron la recuperación de talleres, y otros tomaran control de las herramientas que habían sido empeñadas para devolvérselas a los trabajadores. En estos experimentos se ve en la praxis rompimientos claros con las instituciones de la propiedad privada. En el 20º *arrondissement* se proporciona comida gratuita a

⁴¹ De acuerdo con Michael Roberts, Beslay declaró lo siguiente: “Un banco debe verse desde un doble aspecto; si se nos presenta bajo su lado material por su dinero en efectivo y sus billetes, también lo impone un lado moral que es la confianza. Quite la confianza y el billete es solo una asignación”. ... “El sistema de la Comuna y el mío se traducen en esta palabra sagrada: ‘respeto a la propiedad, hasta su transformación’. El sistema del ciudadano Lissagaray da como resultado esta palabra repulsiva: expoliación”. Véase Michael Roberts, “La economía de la Comuna de París”, *CADTM*, 30 de marzo de 2021.

⁴² Murray Bookchin, *La próxima revolución*. Barcelona, Virus Editorial, 2019.

los necesitados. Cada uno de los barrios habla desde sus condiciones objetivas. Por eso, uno de los edictos más importantes de la Comuna es el de permitir, o más bien exigir, que las iglesias se conviertan en espacios públicos para la toma de decisiones. Por la propia morfología de la ciudad, ello significa una enorme capacidad de dispersión del poder político de París. La fragmentación efectiva del ejercicio del poder se potencializa, ya que el sistema de iglesias fue diseñado para contener una comunidad de fieles, territorializando la misma a su alrededor, y dando lógica estructural al *banlieue* (véase figura 8). Más allá del peso simbólico, el ejercicio del espacio público en los templos tuvo un carácter estratégico total.

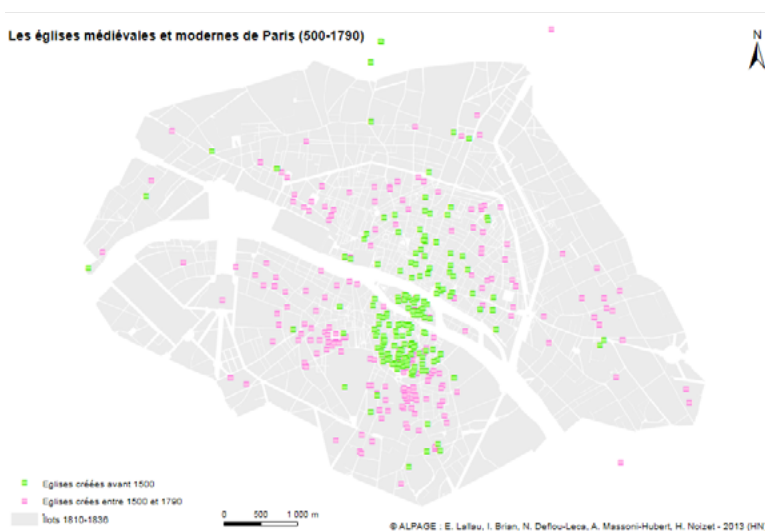


Figura 8. Iglesias en la ciudad de París, 500-1790. Tomado de wikicommons.

Esta forma de territorializar el poder político permitió mayor plasticidad a la toma de decisiones. Admitió que en diferentes espacios se discutiera la cuestión de la propiedad privada e incluso consolidó el surgimiento de instituciones mutualistas. También es necesario reconocer que la Comuna destinó una parte de sus fondos a los más pobres y buscó la aplicación de un impuesto urbano progresivo, intentando equiparar las rentas por el espacio de la

ciudad.⁴³ Por todo ello, no es fácil hablar solamente de “la Comuna” como una sola expresión política.

Es complejo hacer juicio pleno sobre la experiencia si consideramos su corta duración. Si seguimos la historiografía oficial y consideramos su inicio el 18 de marzo con su proclamación, es para finales de mayo cuando culmina su existencia, con la “semana sangrienta”. No consideramos justo juzgar los fracasos de los experimentos políticos de los tres meses que comprende la conformación de la Comuna, a pesar de que parece ser una tendencia que también se repite en diversas expresiones del pensamiento de izquierda, incluso cuando los cañones de los comuneros aún no se enfriaban. Es necesario que reconozcamos aquello que la Comuna hace estallar en el mundo que le rodea. Destrona brevemente las lógicas simbólicas del nacionalismo “napoleonista” que configuran hasta la fecha los espacios de París. Para el 6 de abril, por ejemplo, la quema de la guillotina a los pies de la estatua de Voltaire señala el imperio de la razón a la par que anuncia que ésta no se encontraba en aquel infame aparato.⁴⁴ Es un acto contra el poder policiaco local y estatal. Otro ejemplo se da el 10 de mayo, con el icónico derribo de la columna de la plaza Vendôme, lo que marca el desprecio hacia el ordenamiento geopolítico global. Al tirar la columna con la estatua de Napoleón, el conquistador, se hace una invitación a la ciudadanía universal y a desconocer lo nacional, y por tanto lo estatal, como única posibilidad de identidad política. Es un momento horizontal, con una inversión de las jerarquías espaciales dominantes.⁴⁵ Como último ejemplo, está la fundación de la Unión de Mujeres por la Defensa de París, el 11 de abril. En estos tres casos, apreciamos cómo en los actos en el espacio público de París se gestan grandes críticas al sistema mundo capitalista, dentro de las grandes contradicciones de clase, de nacionalidad y de género. Además, dichas contradicciones se manifiestan en expresiones transescales: chocando lo global, lo regional, lo local y hasta el cuerpo mismo.

⁴³ Mario del Rosal, “Los logros económicos de la Comuna de París”, *Nueva Revolución*, 29 de diciembre de 2021.

⁴⁴ Élisée Reclus, *La Commune de Paris, au jour le jour 1871, 19 mars.-28 mai*. París, Schleicher Frères, 1908. Cabe hacer notar que en la obra de Élie Reclus da cuenta del suceso el día 9 (pp.90-91). Sin embargo, otras fuentes apuntan al día 6 como el correcto, por lo que dejamos ese dentro del texto.

⁴⁵ Kristin Ross, *El surgimiento del espacio social. Rimbaud y la Comuna de París*. Madrid, Akal, 2018.

Las contradicciones sistémicas, sin embargo, juegan también contra la Comuna, enunciándose a su vez de forma transescalar. En la última defensa de la Comuna, la *semana sangrienta*, que corre del 21 al 28 de mayo, vemos la reafirmación de la fractura entre lo rural y la ciudad de París, lo que evidencia una contradicción a escala regional. Los grandes ejércitos de Versalles, que se alimentan de los trabajadores del campo, son aquellos que combatirán a los comuneros atrincherados en la ciudad. Dichos comuneros, quienes han sostenido la defensa de la ciudad desde la guerra franco-prusiana, utilizarán la estrategia de las barricadas para articular los primeros combates en la zona cercana a la Porte de passy. Durante los días subsecuentes el avance de los ejércitos de Thiers fue constante. Como afirma Henri Lefebvre, en buena medida la debilidad más fuerte que tuvo la Comuna fue la fuerza de la tradición.⁴⁶ En términos espaciales, lo anterior se ve confirmado en la confianza de las capacidades de la barricada para la defensa. Asimismo, el ejército de Versalles utilizó los bulevares de Haussmann para su avance de oeste a este, de la ciudad “acomodada” hacia las periferias de la última *encinte*. El avance de las tropas de Thiers es la materialización de la guerra de clases y la confirmación de la utilidad del embellecimiento estratégico de París (véase figura 9).

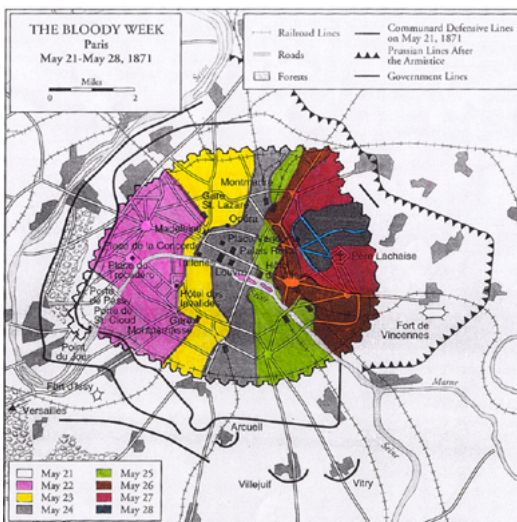


Figura 9.
La semana sangrienta.
Autor desconocido.

⁴⁶ Henri Lefebvre, “La Signification de la Commune”, *Arguments*, 27-28, 1962, pp. 11-19.

Ante la desesperación, se agudiza la contradicción. Si la morfología de la ciudad está a favor de la dominación, siempre queda la opción de destruirla. De ahí que surjan, ya sea como realidad o como mito, las y los petroleros. Mucho hay que decir de estas figuras “causantes de los incendios en París”, las cuales originalmente se asociaron a varones, pero posteriormente se particularizaron hacia las mujeres, quienes supuestamente realizaban una quema de edificios estratégicamente. La existencia de un grupo específico con esta finalidad exclusiva resulta dudoso. Es más lógica la posición de Lissagaray, quien comenta que entre 40 y el 50 por ciento de los grandes incendios de París se dan por la propia acción de los cañones en la lucha.⁴⁷ No obstante, hay que reconocer que imaginar el uso de incendios estratégicos también tiene cierto mérito, tanto de forma simbólica como práctica. Y es que, si no se permite construir un mundo nuevo, quemar el actual resulta de la desesperación. La quema de edificios simbólicos como el Palacio de Tullerías supuestamente por órdenes del general Bergeret, el palacio de justicia por el que se acusó a Théophile Ferré, el palacio de la Legión de Honor y el Palais-Royal, por mencionar algunos, son ejemplos de cómo parte de la infraestructura del poder político de la ciudad sucumbió a las llamas.⁴⁸ También está la conveniencia estratégica de simplemente generar fuego y humo para poder hacer una retirada, como lo declaró la propia Louise Michel en el juicio posterior a su captura.⁴⁹

En el último día de la semana sangrienta, se especula el coste total entre veinte mil y treinta mil muertos y cuarenta mil presos. Muchas muertes fueron ejecuciones expeditas realizadas por ambas partes, aunque en mayor número aquellas perpetradas por el ejército de Versalles. La estrategia militar de este último consistió en un barrido completo de vidas en las calles que se iban capturando, hasta terminar, irónicamente, entre los muertos. La última defensa tuvo lugar en el cementerio de Père-Lachaise. La idea de Thiers, declarada o no, fue la de borrar la contradicción completa. Sin embargo, dicha empresa era imposible. La estructura sobrevive.

⁴⁷ Posper-Oliver Lissagaray, *Historia de la Comuna*, op. cit.

⁴⁸ Pierre Milza, “L’anne terrible” vol. 2, *La Commune mars-juin 1871*. París, Perrin, 2011.

⁴⁹ Fernando Planché, *La virgen roja*. México, Ediciones Movimiento Libertario en México, 1954.

CONCLUSIONES

Fueron alrededor de tres meses tumultuosos, rodeados de contrastes, de muerte, desesperación, esperanza y creación. ¿Por qué tenemos que seguir reuniéndonos alrededor de la Comuna? ¿Por qué continuar el combate por su memoria? Dichas preguntas requieren del lector una reflexión personal. Podemos, sin embargo, avanzar algunas respuestas a partir de las conclusiones que se desprenden de lo aquí escrito, sin romantizar el proceso. En primer lugar, su memoria no solamente inflama el imaginario político, abriendo el espectro a las capacidades y las posibilidades que la acción colectiva puede lograr en periodos muy cortos de tiempo,⁵⁰ sino que, siguiendo a Henri Lefebvre, fue la primera tentativa de un urbanismo revolucionario,⁵¹ donde los barrios fueron reconocidos como espacios sociales en términos políticos y como lugares para la configuración de asambleas de base para la toma de decisiones. Se generaron praxis subversivas complejas, que no tenían necesariamente una agenda plenamente diseñada, pero que se fueron construyendo a la marcha, para intentar lograr una forma diferente de vivir. Existe gran fuerza e inspiración en ello. En la actualidad, por ejemplo, propuestas como las del municipalismo democrático de Murray Bookchin,⁵² o del Confederalismo Democrático en Rojava,⁵³ abrevan directa o indirectamente de dicha memoria. Plantear la viabilidad de las sociedades libres y de la conformación de conjuntos de asociaciones de base para la toma de decisiones, es parte muy importante dentro de las aspiraciones a la construcción de otro mundo posible.

La Comuna no solamente abrió las capacidades del imaginario colectivo. También significó el estallido de los órdenes geopolíticos de su época. Fue una disrupción en todas las escalas del espacio y la forma en que las semiotizamos. En ocasiones, dejamos de lado la crítica que representó hacia la forma en que pensamos “lo nacional”, aún vigente en nuestros días, reinterpretando la comunidad imaginada como una forma abierta a la fraternidad universal y al

⁵⁰ Proletarios Internacionales, *La Comuna de París. Revolución y contrarrevolución*. S/L, Revolución Mundial, 2015.

⁵¹ Henri Lefebvre, “La significación de la Commune”, *op. cit.*

⁵² Murray Bookchin, *La próxima revolución*, *op. cit.*

⁵³ Abdullah Öcalan, *Confederalismo Democrático*, Mesopotamia, International Initiative, 2012.

imperio de la razón. También, siguiendo a Kristin Ross, la experiencia de la Comuna nos señala cómo no todas las soluciones se encuentran referidas al ámbito estatal.⁵⁴ No sólo porque falla en su ejecución, sino porque la estructura misma del sistema estado/capitalista está diseñada para no tener solución.⁵⁵ Crear una nueva forma de mundo significa establecer posibilidades alternas de reproducción social que no puedan y no permitan que aquello contra lo que se resiste vuelva a ser reproducido.

Y es que, como cerrábamos el apartado anterior, las contradicciones estructurales se mantienen aún presentes en el espacio público. En el caso de París, su bulevar periférico, una circunvalación gigantesca de 35 km de longitud, cumple la función de separar la ciudad de su periferia. Haciendo presencia física mediante un tránsito continuo, limitando los accesos a la urbe, facilitando su securitización, pareciera diseñada con intenciones similares a las *encintes* de la ciudad. Lamentablemente, la verdad es un tanto más perversa, ya que literalmente su traza es aquella de la muralla de Thiers. En 1919, se dismanteló el muro original, y desde 1958 hasta 1973, se realizó este megaproyecto. Las formas de segregación y de ordenamiento que hemos puesto a la palestra en este texto son aún visibles en las diferentes formas en que producimos los espacios que habitamos. Haussmann no cambió solo París, sino cómo construimos nuestro mundo. Producir la modernidad dominante también significa la búsqueda de homologación. Por ello, en la actualidad nos acompañan expresiones de las mismas contradicciones que la Comuna discutió y combatió. Todavía se encuentran vivas dentro de nuestras cotidianidades.

La lección de la Comuna en realidad, aun si se desromantiza, da cuenta de una posibilidad inmanente dentro de los espacios que producimos. Nos recuerda una negación posible de la tiranía del sistema capitalista. Pensar en este proceso como un fracaso es abdicar las transformaciones a la construcción de *Sacre Coeur* sobre Montmartre, pidiendo perdón por soñar un mundo diferente.

⁵⁴ Kristin Ross, *Lujo Comunal*, op. cit.

⁵⁵ Proletarios Internacionales. *La Comuna de Paris*, op. cit.

No obstante, nunca se quedarán verdaderamente tranquilos quienes buscan la libertad, sobre todo cuando dicha libertad resulta incómoda. Por ello, este tipo de memorias también se alojan en la calle.

Las mujeres en la Comuna de París: Un espacio diferencial frente a la reproducción hegemónica del siglo XIX

ADRIANA FRANCO SILVA*

La Comuna de París es un proceso emblemático para diferentes luchas sociales, debido a que fue el primer gobierno de clase obrera en la historia del capitalismo. Durante la Comuna de París, se creó un espacio diferencial frente a la reproducción hegemónica de Europa occidental del siglo XIX. En ésta, las obreras y los obreros tomaron el poder político de los territorios que habitaban con el objetivo de diseñar socialidades diferentes a las impuestas por el espacio abstracto.

La Comuna es, también, un caso paradigmático para la creación de imaginarios que permitan diseñar espacialidades diferentes a las de la modernidad capitalista. De hecho, las personas que participaron en este proceso se opusieron de manera directa a los ejes de dominación, particularmente los de clase y género. Los objetivos de este análisis serán identificar la configuración de la Comuna de París como un espacio diferencial para la reproducción dominante en un territorio geográfico y espacial determinado, así como estudiar la participación de las mujeres para la desestructuración de las socialidades impuestas en París a finales del siglo XIX. Para eso, se realizará un análisis histórico-territorial basado en la idea de la producción del espacio de Henri Lefebvre.

La Comuna de París es recordada por diversas luchas sociales debido, en gran medida, a que se estableció como el primer gobierno obrero frente al sistema capitalista. Este proceso generó un espacio diferencial frente a la reproducción hegemónica del siglo XIX, debido a que en la organización de la Comuna se desarrollaron planteamientos y alternativas para la transformación de las interacciones sociales, las cuales eran opuestas a la asimetría de poder imperante en Europa occidental del siglo XIX.

* Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

La Comuna de París surgió en 1871 como una forma de organización social frente a las represiones contra la clase obrera. Sin embargo, la firma del tratado de paz con Prusia en el marco de la guerra Franco-Prusiana, encabezado por Thiers, fue clave para la consolidación del movimiento. Cuando el ejército prusiano entró a ocupar París, el pueblo organizado resistió y generó su propio gobierno. Sin embargo, a pesar de que ese fue el momento de robustecimiento de la Comuna, sus cimientos se encuentran en las desigualdades e injusticias sociales de la época. Algunos de sus antecedentes se pueden rastrear en las demandas de la revolución francesa de 1789 y la revolución obrera de 1848.

En la Comuna de París, las obreras y los obreros tomaron el poder político de su territorio, estructurando el primer gobierno de clase obrera en la historia mundial del capitalismo. Por esa razón, el movimiento se estructuró como una fuente de inspiración para las luchas y movimientos socialistas, marxistas y anarquistas. Se dice que la Comuna duró poco tiempo. Empero, lo relevante no fue su temporalidad de acción directa, sino la influencia en procesos futuros y su capacidad organizativa y de resistencia frente a fuerzas militares que, indiscutiblemente, estaban mejor equipadas. Asimismo, la Comuna demostró que la estructuración de la gente puede generar socialidades diferentes a las impuestas, por lo que recordarla también implica cuestionar los sistemas de dominación vigentes e invita a la creatividad revolucionaria.

La Comuna es un gran ejemplo para la construcción de imaginarios que posibiliten el diseño de espacialidades diferentes a las de la modernidad capitalista. La tesis central de este texto es que la Comuna de París fue un espacio diferencial para la reproducción dominante en París durante el siglo XIX. En este movimiento, la participación de las mujeres fue fundamental tanto para el triunfo como para la desestructuración de las socialidades impuestas. Sin embargo, a pesar de los cuestionamientos y demandas en contra de las desigualdades de clase y género, la Comuna no trascendió la escala local. Aunque ese no era el objetivo del movimiento, en la actualidad es relevante considerar esos elementos para generar una solidaridad ampliada que dialogue con otras resistencias, con el fin de impulsar una transformación general de la forma de reproducción capitalista.

De tal suerte, el objetivo de este trabajo es analizar a la Comuna de París como un espacio diferencial, estudiar algunas de sus contradicciones y enfa-

tizar el papel de las mujeres. Para eso, se iniciará desarrollando el planteamiento de Lefebvre en relación con el espacio diferencial, con el objetivo de comprender su configuración durante la Comuna. Posteriormente, se analizará la reproducción social del Segundo Imperio francés, las demandas obreras contra el régimen de Napoleón III y la centralidad de la lucha de clases para el movimiento parisino. Finalmente, se examinarán las demandas y luchas de las mujeres, destacando su indiscutible papel para la conformación del espacio diferencial de la Comuna de París.

EL ESPACIO DIFERENCIAL Y LA LUCHA OBRERA EN PARÍS DEL SIGLO XIX

El espacio no es algo dado. El espacio es productor, pero también es producto, es algo que se configura y transforma a partir de la relación entre diferentes elementos y organismos. El espacio se produce por la interacción con el medio y las relaciones sociales. Para su configuración, los sentidos y pensamientos de los pueblos son centrales, por lo que la espacialidad no se puede desprender de los puntos de enunciación que le dan materialidad.

De acuerdo con Lefebvre, el espacio se constituye a partir de la triada de lo percibido, lo concebido y lo vivido. Lo percibido se refiere a la práctica espacial que produce el espacio y, por lo tanto, le da materialidad. Lo concebido es la representación del espacio, que mantiene un estrecho vínculo con la organización y la planificación, lo que a su vez le permite consolidarse como el espacio dominante e instrumentalizar las relaciones de poder. Por su parte, lo vivido configura los espacios de representación, que se acompañan de símbolos e imágenes creadas por las personas que lo habitan y cuya fuente es la historia.¹ De tal suerte, lo vivido puede ser el espacio de la aspiración y la imaginación, el que nace de la cotidianidad y permite romper con las dinámicas hegemónicas, el que impulsa una concepción y percepción para diseñar una territorialidad diferente a la impuesta.

Asimismo, para Lefebvre, el espacio absoluto es el territorio dado, el lugar que comienza a ser poblado y producido, el lienzo sobre el cual se van tejiendo

¹ Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, pp. 97-100.

do las relaciones humanas. En el espacio histórico, las diversas socialidades reconfiguran el espacio absoluto. Empero, en las dinámicas del capitalismo, el espacio abstracto se ha impuesto sobre lo vivido y se ha instrumentalizado a favor del capital. Por lo tanto, ha sido represivo y violento, ya que busca la homologación y universalización de su punto de enunciación.

No obstante, a pesar de su planetarización, el espacio contradictorio sobrevive, porque el habitar social va generando diferentes espacialidades. Incluso, en muchas ocasiones, el espacio contradictorio llega a ser necesario para la reproducción capitalista, pues la acumulación sólo se consigue a partir del despojo y la explotación de ciertos territorios. El espacio abstracto se plantea en la escala mundial; sin embargo, en lo local se fragmenta a partir de dichas contradicciones.²

Finalmente, el espacio diferencial hace referencia a las exterioridades o a las resistencias frente a la homologación capitalista. Estas contraposiciones pueden ser inducidas o producidas y generalmente surgen en las zonas marginadas.³ En algunos casos, estos espacios son refuncionalizados para su instrumentalización bajo la lógica del espacio abstracto, pero en otras ocasiones sobreviven y mantienen la resistencia. De tal suerte, los espacios diferenciales se oponen a la universalización de la hegemonía y proporcionan pinceladas para imaginar mundos diferentes. En ese sentido, la Comuna de París fue un espacio diferencial en Europa occidental, dado que se oponía y cuestionaba el espacio abstracto de la última mitad del siglo XIX, impulsado en Francia por el régimen de Napoleón III, pero cuyos orígenes se remontan al establecimiento del capitalismo.

A inicios del siglo XIX, las potencias europeas habían intentado generar un sistema para controlar cualquier manifestación popular que se opusiera a los intereses de los sujetos hegemónicos. De hecho, el Congreso de Viena (1814-15) no sólo pretendía delimitar las fronteras europeas para evitar las confrontaciones intraestatales entre los países del continente, sino que también buscaba eliminar cualquier revolución que pudiera cuestionar el *status quo* imperante. Incluso, en el documento se planteaba que las guerras europeas se

² *Ibid.*, pp. 107-111.

³ *Ibid.*, pp. 404-406.

debían a las rebeliones, por lo que era indispensable suprimirlas.⁴ Para las fuerzas francesas esto era fundamental, sobre todo considerando lo acontecido durante la revolución de 1789, que si bien no logró cambiar las relaciones de poder, sí cuestionó a la monarquía.

A pesar de la reconfiguración sistémica del seísmo de finales del siglo XVIII, 1848 fue un año de movilizaciones populares en Europa occidental. En París, estas manifestaciones provocaron la abdicación de Luis Felipe. En Viena, las demandas consiguieron la dimisión del príncipe von Metternich, uno de los grandes defensores de las monarquías europeas. Asimismo, en lo que actualmente conocemos como Alemania e Italia también hubo una serie de revueltas, que más adelante impulsarían la consolidación de dichos Estados. Dichas movilizaciones tienen un vínculo muy estrecho con la crisis económica que estaba atravesando el continente y, en todos los casos, los sectores más pauperizados fueron los que pusieron el cuerpo frente a la represión.⁵

Durante ese año, en Francia hubo una serie de demandas en las que ciertos sectores burgueses se opusieron a la gran burguesía, identificada y asociada con el antiguo régimen. A pesar de la fractura entre el burgo, la organización proletaria fue pensada como una amenaza significativa para los intereses de la burguesía en general, por lo que ésta se reagrupó con el objetivo de obstruir las demandas de las y los trabajadores. Ese año se instauró la Segunda República Francesa y Luis Napoleón fue elegido presidente tras el establecimiento del sufragio universal para los hombres.

Las respuestas institucionales a las movilizaciones de los cuarenta del siglo XIX dejaron fuera a uno de los sectores más subordinados por la reproducción capitalista: las mujeres, quienes no fueron incorporadas en este proyecto revolucionario a pesar de las demandas que hicieron durante la revolución francesa y de que el 40 % de la mano de obra en la industria manufacturera era de ellas.⁶ De hecho, una de las primeras rupturas entre el feminismo

⁴ Richard Langhorne, "Reflections on the Significance of the Congress of Vienna", en *Review of International Studies*, 12(4), 1986, p. 321.

⁵ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy: The Paris Commune" en *A People's History of Modern Europe*, Londres, Pluto Press, 2016, pp. 65-66.

⁶ *Ibid.*, p. 67.

moderno occidental se dio durante esos años, porque las demandas de las mujeres obreras y las burguesas eran bastante disímiles.

Por ejemplo, aunque la francesa Flora Tristán se había formado en el feminismo ilustrado, reconocía que las mujeres obreras no estaban siendo consideradas por el movimiento. Para ella, la prioridad era la organización desde el sindicalismo y el poder de la huelga.⁷ A pesar de estas demandas, las movilizaciones de los treinta y cuarenta fueron centrales para la reestructuración del sistema, el cual necesitaba “una mano de obra más estable y disciplinada [que] forzó al capital a organizar la familia nuclear como base para la reproducción de la fuerza de trabajo”.⁸

Asimismo, estas revueltas tuvieron como base de inspiración la Revolución Francesa y recuperaron algunos preceptos de la Ilustración. Lo anterior permite entender por qué la fuerza del discurso de clase fue la base de las movilizaciones, dejando fuera otros ejes de dominación capitalista como el género y la raza. Las ideas ilustradas concebían a la humanidad desde la corporalidad masculina y blanca, por lo que las demandas de las mujeres quedaron fuera. Así, a pesar de que después de la revolución francesa la libertad comenzó a ser representada como una mujer (Marianne), ésta no pretendía hacer referencia a la liberación de las mujeres, simplemente fue un símbolo para enfatizar y robustecer el discurso nacionalista a partir de la maternidad,⁹ lo cual reforzaba la organización de la familia nuclear para la valorización del capital.

Uno de los documentos más relevantes de dicha revolución fue la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789), que si bien fue un gran avance para las garantías de los varones, excluyó a las mujeres y a las personas que no eran consideradas humanas por la racialización de los cuerpos impuesta durante el proceso de esclavitud. En 1791, Olympe de Gauge escribió un panfleto titulado “Declaración de Derechos de la Mujer y la Ciudadana” como crítica a la Declaración de 1789.¹⁰ Dos años después, De

⁷ Flora Tristán, *Unión Obrera*, México, Partido de la Revolución Democrática, 2018

⁸ Silvia Federici, *El patriarcado del Salario. Críticas feministas al marxismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018, p. 34.

⁹ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2006, p. 83.

¹⁰ David Barry, “The Commune of 1871: the Great Venture in Female Citizenship”, en *Women and Political Insurgency France in the Mid-Nineteenth Century*. Londres, Palgrave Macmillan, 1996, p. 10.

Gauge fue guillotinado por el tribunal revolucionario, lo que de manera directa y simbólica acalló las demandas de las mujeres por el reconocimiento de sus derechos.

EL ESPACIO VIVIDO DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

Con la llegada de Luis Napoleón al poder, se estableció la Segunda República Francesa. No obstante, cuatro años después de su elección, en 1852, el presidente francés daría un golpe e instauraría el Segundo Imperio al proclamarse Napoleón III.¹¹ Durante esos años, Napoleón III mantuvo un régimen de vigilancia muy represivo que afectó de manera profunda a la clase trabajadora, sobre todo porque una de las estrategias de producción del espacio abstracto para superar la crisis económica de 1848 fue la compresión del espacio-tiempo, que resultó de la introducción del ferrocarril y de la especulación inmobiliaria.

De acuerdo con Harvey, esta supresión de los espacios por los tiempos, tanto de las mercancías como de las transacciones, constituyó uno de los hilos centrales de poder en los sistemas crediticios franceses.¹² Este contexto también favoreció que las dinámicas capitalistas llegaran a más lugares para fomentar actividades extractivas y de explotación, las cuales garantizaron la valorización del capital. Empero los bajos salarios de las poblaciones trabajadoras se mantuvieron.

La industrialización redujo la necesidad de mano de obra y obligó a ciertos obreros a realizar trabajos de subcontratación desde sus hogares, lo que profundizó la autoexplotación y supeditó el espacio doméstico a las necesidades de la fábrica y del espacio abstracto.¹³ Asimismo, desde 1860, las mujeres que trabajaban en las fábricas fueron enviadas a casa para convertirse en las responsables del trabajo doméstico no remunerado. A partir de ese momento, se

¹¹ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy", *op. cit.* p. 69.

¹² David Harvey, *París, capital de la modernidad*, *op. cit.*

¹³ *Ibidem.*

instauraría lo que Federici denomina el patriarcado del salario, con el cual las mujeres comenzaron a depender de los ingresos de sus maridos.¹⁴

Otra estrategia para superar la crisis de 1848 fue la reactivación del sector de la construcción, ya que la creación de infraestructura y de transportes puso en circulación el capital, pero también justificó la reestructuración de la ciudad para el dominio del espacio abstracto y la vigilancia y control de las poblaciones. Durante ese periodo, más del 50 por ciento de las poblaciones económicamente activas se dedicaban al sector textil y de vestido, al comercio y a la construcción. Ya en 1860, el crecimiento de las viviendas era mayor al de la población y más de una quinta parte de los trabajadores se dedicaban al sector de la construcción.¹⁵

La urbanización y la idea de que esta territorialidad era la única vinculada al desarrollo generó la migración de muchas poblaciones a la ciudad, las cuales buscaban mejores oportunidades de vida. Sin embargo, cuando el boom de la construcción se detuvo, esto generó una nueva crisis de acumulación por los excedentes de capital y trabajo que ya no podían ser absorbidos por las inversiones en transportes y telecomunicaciones. Asimismo, en este contexto, las viviendas también habían elevado sus costos, por lo que las únicas soluciones para los trabajadores eran el hacinamiento o la migración a la periferia de la ciudad. Estos procesos fueron una estrategia de supervivencia de la clase trabajadora. Sin embargo, para el Segundo Imperio Francés también fue funcional, porque garantizó la expulsión de las poblaciones “excedentes” de los centros de la ciudad, lo que les permitió tener un mayor control del territorio y de la expansión del espacio abstracto sobre el imaginario parisino.¹⁶

El periodo entre la revolución de 1848 y la Comuna de París fue un momento de gran desplazamiento humano. Se piensa que los trabajadores de entre 20 y 45 años cambiaban de residencia en promedio 4.8 veces durante ese periodo de 15 años, aunque hay casos en los que las personas modificaron de vivienda en diez ocasiones. La causa principal de esta movilidad era la pobre-

¹⁴ Silvia Federici, *El patriarcado del salario*, op. cit., p. 17.

¹⁵ David Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., p. 106.

¹⁶ *Ibidem*

za.¹⁷ Además, la industrialización no sólo excluyó a los trabajadores de las fábricas, sino que también quitó trabajos a los pequeños comerciantes y artesanos, porque la producción en serie era más económica y veloz. Así, “la empresa capitalista degradó el estatus del artista por la descalificación” y profundizó las desigualdades sociales.¹⁸

Frente a esta situación, y a pesar de las bases que estaban sustentando al patriarcado del salario, las mujeres tuvieron que buscar trabajos cerca del hogar para contribuir a los ingresos familiares, pero también para cumplir con lo que se asumía que era su responsabilidad: las tareas de cuidados domésticos no remunerados. Inclusive, en algunos casos, las mujeres eligieron ocupaciones que podrían llevar a casa, agudizando su subordinación tanto para la producción como para la reproducción del capital.¹⁹

No obstante, a pesar de que era necesario que las mujeres ocuparan los espacios públicos para asegurar la subsistencia de las familias, éstas fueron generalmente representadas como prostitutas o desviadoras sociales, ya que se suponía que las mujeres tenían que permanecer confinadas en el espacio privado. Por otra parte, las mujeres trabajadoras que no eran simbolizadas como cortesanas fueron representadas como personas feas y/o homosexuales. El espacio público se configuraba como un lugar masculino; por eso, las mujeres que querían ocuparlos eran mostradas bajo categorías que pretendían denigrarlas desde la lógica moderno-patriarcal.²⁰

Estas visiones negativas se fortalecieron porque en la década de los sesenta hubo una liberalización económica que redujo la asistencia médica, la escolarización y otras responsabilidades del Estado, lo que propulsó que las mujeres fueran consignadas a los espacios privados a pesar de sus constantes luchas y resistencias. Durante el Segundo Imperio Francés, la imagen de las mujeres —desde la visión dominante— era de pasividad y silencio frente

¹⁷ Alain Faure, “Local life in working-class Paris at the end of the nineteenth century” en *Journal of Urban History*, 32(5). 2006. pp. 769-770.

¹⁸ David Barry, “The Commune of 1871”, *op. cit.*, p. 108.

¹⁹ Alain Faure, “Local life in working-class Paris”, *op. cit.*, p. 764.

²⁰ J. M. Diamond, “Louise Michel and the Paris Commune of 1871: The Performance of Revolution”, en M. J. Diamond (ed.), *Women and Revolution global expressions*. Berlin, Springer Science+Business Media Dordrecht, 1998.

al sufrimiento, y su destino era básicamente el de la casa o del prostíbulo.²¹ Además, a pesar de que sus labores eran necesarias para la subsistencia, los estereotipos en torno a sus roles no cuestionaron las desigualdades y violencias estructurales del momento.

En general, durante esos años la inconformidad de la población parisina estaba aumentando. De igual forma, a pesar de los mecanismos para contener la crisis, como la instauración del libre mercado y la disminución de la vigilancia y represión del gobierno de Napoleón III, la agitación social se mantuvo,²² porque no se estaban generando propuestas para resolver los problemas estructurales de la clase obrera. Todo esto fue fomentando una mayor organización del proletariado.

LA SOLIDARIDAD DE CLASES Y LA ORGANIZACIÓN OBRERA

En 1864, se creó la Primera Internacional en Londres, lo que empezó a gestar un movimiento de solidaridad entre los pueblos obreros de Europa. En ese contexto, las mujeres también comenzaron a organizarse de manera activa y a reivindicar sus derechos. Un año después de su creación, la Primera Internacional abrió sus puertas en París, dando lugar a la reunión y organización política de la clase obrera parisina.

En París, la participación de las mujeres en esta asociación fue significativa, a pesar de que las ideas de Proudhon —que fortalecían el planteamiento de que las mujeres no debían participar en los espacios públicos— estaban fuertemente arraigadas.²³ Esto no era algo exclusivo de París, ya que, si bien se “permitió” que las mujeres participaran en la Internacional, ésta era dirigida por hombres. Incluso, su nombre inicial era Asociación Internacional

²¹ Kathleen Jones y Françoise Vergès, “Aux citoyennes!': Women, politics, and the Paris Commune of 1871” en *History of European Ideas*, 13(6), 1991, p. 711.

²² David Harvey, *París, capital de la modernidad*, op. cit., pp. 168-187.

²³ Marisa Linton y Christine Hivet. “Les femmes et la Commune de Paris de 1871” en *Revue Historique*, 298(1), 1997, p. 27.

de Hombres Trabajadores,²⁴ y aunque esto puede parecer una trivialidad, la forma en que nombramos también es fundamental para las maneras en las que nos representamos y producimos espacios.

A partir de 1868, los clubes y sociedades políticas comenzaron a multiplicarse en París. Este fortalecimiento de la organización política coincidió con el agravamiento del desempleo y la profundización de la industrialización, lo que a su vez impulsó mayor estructuración obrera y rechazo al gobierno del Segundo Imperio. Así, el espacio diferencial que se estaba constituyendo para dar soporte a la Comuna fue resultado de las contradicciones generadas por la producción del espacio abstracto impulsado durante el Segundo Imperio.

Por ejemplo, el hacinamiento generado por los elevados precios de las viviendas y los bajos salarios habían provocado que el sector obrero compartiera muchos sitios, en los cuales dialogaban y se estructuraban. Además, el espacio público estaba siendo reapropiado para poder generar intercambios fuera de la dinámica familiar, lo que robusteció el sentimiento comunitario, la organización proletaria y la lucha por recuperar los espacios de los que habían sido excluidos.

El espacio diferencial brotó en lo local para garantizar el bienestar relativo de la clase obrera. Ejemplo de lo anterior fue el restaurante La Marmite, que se constituyó como una cooperativa creada en 1868, y donde los trabajadores podían encontrar alimentos a bajos precios y discutir temas desde enfoques socialistas. Los clubes y organizaciones francesas tenían estrechos vínculos con la Primera Internacional. Sin embargo, ésta no las creó, aunque sí las impulsó. De hecho, los dos propietarios del restaurante La Marmite eran miembros de la Primera Internacional, por lo que esta asociación no se puede desvincular del proceso general de la Comuna de París.²⁵

Por su parte, las migraciones por los altos costos de las viviendas y la industrialización generaron una nueva territorialidad que impulsó la estructuración de la socialidad comunitaria. El objetivo de la espacialidad impuesta por el Segundo Imperio no pretendía fomentar estas solidaridades. Empero,

²⁴ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy: The Paris Commune" en *A People's History of Modern Europe*, Londres, Pluto Press, 2016, p. 68.

²⁵ Marisa Linton y Christine Hivet, "Les femmes et la Commune", *op. cit.*, pp. 25-31.

el espacio abstracto y sus contradicciones, reflejadas en la desigualdad social, apuntalaron la consolidación del espacio diferencial. Con los cambios urbanos diseñados por Haussmann, la vida comunal comenzó a ocupar las calles, porque estos eran los espacios donde se podía desarrollar la socialidad, tanto por el hacinamiento como por la separación de las poblaciones de los centros productivos.²⁶

Mientras esto sucedía en París, al este, el reino de Prusia se estaba cimentando y buscando ocupar más territorios: primero comenzó con la invasión a Dinamarca; posteriormente, arremetería contra Austria; finalmente, contra Francia. En los tres casos, Prusia vencería de manera contundente.²⁷ El Segundo Imperio no sólo tendría que enfrentarse a la movilización popular de las trabajadoras y los trabajadores de París, sino también a los intereses expansionistas de Prusia, que comenzó la embestida contra Francia en julio de 1870.

Algunos meses después del estallido de la guerra franco-prusiana, y tras la captura de Napoleón III por parte del ejército prusiano, el 4 de septiembre de 1870 se establecería un gobierno provisional de defensa nacional liderado por los republicanos moderados. Asimismo, en París, sectores de la Guardia Nacional ocuparían el hotel de Ville para instalar el gobierno revolucionario en París.²⁸ Ya en febrero de 1871, Thiers, quien quedó a cargo del gobierno de la Tercera República, firmó un armisticio con las fuerzas prusianas, el cual fue aceptado por diversos departamentos franceses, pero no por París.²⁹

Frente al rechazo parisino, en marzo de 1871 se estableció la Comuna como un gobierno alternativo al que se había instalado en Versalles.³⁰ La Comuna logró movilizar a las y los parisinos, quienes dejaron de ser un pueblo representado por el parlamento y pasaron a ser sujetas y sujetos activos de la política en París. En ese momento, las y los comuneros no sólo estaban luchando frente al cerco prusiano, también estaban proponiendo su autonomía.³¹ Para

²⁶ Alain Faure, "Local life in working-class Paris", *op. cit.*, pp. 761-762.

²⁷ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy", *op. cit.*, p. 77.

²⁸ Marisa Linton y Christine Hivet. "Les femmes et la Commune", *op. cit.*, pp. 28-29.

²⁹ *Ibid.*, p. 33.

³⁰ Kathleen Jones y Françoise Vergès. "Aux citoyennes!", *op. cit.*, p. 713.

³¹ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy", *op. cit.* p. 80.

contener la sublevación, el gobierno provisional de Thiers pidió a la Guardia Nacional suprimir la Comuna. Empero, este cuerpo no aceptó reprimir a los comuneros. Al contrario, muchos de ellos se unieron al movimiento popular.

Cuando las tropas de Versalles llegaron a Montmartre, las mujeres alertaron a todos y confrontaron a los soldados, por lo que ellas fueron fundamentales para la politización de la Guardia y de los comuneros en general.³² Louise Michel, una profesora que residía en París, es una de las comuneras más famosas debido a su participación en el proceso de la Comuna y a su praxis política en otras manifestaciones revolucionarias. Se dice que cuando las tropas de Versalles llegaron a París, Michel estaba ahí, con el traje de la Guardia Nacional y el fusil en mano, para confrontar al ejército de la Tercera República al mando de Thiers.³³

La Comuna duró sólo 73 días. Sin embargo, logró que se constituyeran estructuras gubernamentales y revolucionarias que ponían en peligro el *statu quo* imperante.³⁴ Asimismo, ésta no se mantuvo por las capacidades militares de las y los comuneros, sino por la organización local de los distritos.³⁵ A pesar de las victorias obtenidas, con la toma de la Comuna la represión contra la disidencia fue más profunda. De hecho, en Francia, la Internacional fue responsabilizada por la movilización social, por lo que fue profundamente debilitada. Inclusive, en las tabernas se amenazaba con el retiro de las licencias si había reuniones de la Internacional, lo que disuadió a diversos grupos para la organización.³⁶

LA SOLIDARIDAD OBRERA NO INCLUYE EL EJE DE DOMINACIÓN RACIAL

A pesar de los logros de la Comuna, este proceso debe ser entendido en el marco de la modernidad capitalista, por lo que, aunque amenazó la configuración sociopolítica y económica de París, dejó fuera a sectores de la población

³² Kathleen Jones y Françoise Vergès. “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, p. 713.

³³ David Barry, “The Commune of 1871”, *op. cit.*, p. 108.

³⁴ *Ibid.*, p. 105.

³⁵ Marisa Linton y Christine Hivet. “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 37.

³⁶ William A. Pelz, “From the Revolution of 1848-49 to the First People’s Democracy”, *op. cit.* pp. 76-77.

interseccionados por ejes de dominación que iban más allá de la clase, debido a que “lo humano en general y abstracto es discursivo y falsea la realidad. No abarca la diferencia y, en ese sentido, su uso en el lenguaje y en la práctica, oculta la intolerancia”.³⁷ Aunque la Comuna de París fue un espacio diferencial frente a la imposición del espacio impuesto en París, este no se vinculó con otros movimientos anticapitalistas que confrontaban el dominio de Francia.

El objetivo de la Comuna era claro: la lucha obrera y la autonomía proletaria en París. No obstante, considero que es importante señalar lo que dejó fuera para reflexionar las formas de generar diálogos y propuestas diferentes a las del espacio abstracto. Para esto, es indispensable que se escuchen e incluyan otras voces, otras luchas, otras opresiones. En 1830, Francia tomó Argel, lo cual marcaría los cimientos de la colonización de Argelia en el norte de África. Más adelante, frente a la derrota de Napoleón III, los colonos franceses en Argelia también buscarían su autonomía siguiendo el ejemplo de la Comuna de París. De hecho, nombrarían a su movimiento *Comuna de Argel* en referencia al levantamiento parisino.

Asimismo, con la victoria prusiana, los colonos franceses de Argelia intentaron conseguir la independencia de la colonia. Bajo el liderazgo de Romuald Vuillermoz, quien también participó en el combate parisino, realizaron elecciones a partir de las cuales se estableció la Comuna de Argel. Con esto, los colonos anunciaban el rompimiento frente al control metropolitano. No obstante, su lucha no incluía a las poblaciones locales y pretendía apropiarse de un territorio que no les pertenecía.

Una de las principales reivindicaciones de la Comuna de Argel era la eliminación de las oficinas árabes, que eran estructuras de gobierno que incorporaban a un juez árabe (*qadi*) para regular la relación con los nativos. Sin embargo, los colonos blancos querían una colonización directa, lo que generaría descontento por parte de la población local, que en marzo de 1871 tomó el control de la parte este de Argelia.³⁸

³⁷ Marcela Lagarde, “Identidad de género y Derechos Humanos. La construcción de las humanas” en *Estudios básicos de Derechos Humanos*, San José, IIDH, 1998, p. 6.

³⁸ Niklas Plaetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’: The Paris Commune and French Empire”, en *Nineteenth-Century French Studies*, 49(3 y 4), 2021, pp. 588-589.

Esta rebelión fue encabezada por Muhammed al Mokrani, pero en el movimiento participó el grupo sociocultural de la cabila, que habita la región este de Argelia. Se dice que Mokrani logró reunir entre 100,000 y 200,000 combatientes y fue una de las resistencias anticoloniales más grandes a las que Francia se había enfrentado en el territorio magrebí. Pero los comuneros de Argel reforzaron el discurso civilizatorio y solicitaron ayuda para contener la rebelión en lugar de buscar la convergencia de la lucha.³⁹ Aunque la Comuna de París era una rebelión focalizada, en ningún momento se planteó la cuestión racial y tampoco hubo una crítica contundente a la colonización europea de otros espacios geográficos que permitía la reproducción del espacio abstracto.

De hecho, la Internacional era una unión entre clases, no entre “razas”.⁴⁰ A pesar de que durante la guerra franco-prusiana hubo solidaridad entre la clase trabajadora francesa y prusiana, la cual se puede ejemplificar con la negativa de August Bebel y Wilhelm Liebknecht a que el parlamento del norte de Alemania otorgara créditos para la guerra,⁴¹ el discurso civilizatorio que justificó la colonización y que permitía el dominio del espacio abstracto no fue cuestionado. Así, la empatía sólo era para las poblaciones proletarias blancas y europeas, no incluía a otros pueblos que también demandaban dignidad.

Volviendo a lo que sucedía en París, el fin de la Comuna se dio después de una gran confrontación entre los comuneros y el ejército de Versalles, conocida como la semana sangrienta, la cual transcurrió del 21 al 28 de mayo de 1871. Durante esa semana, entre 15,000 y 25,000 parisinos y parisinas fueron asesinados, lo cual representaba la misma cantidad de muertes que durante cuatro años de la revolución francesa.⁴² A pesar de estas cifras, se calcula que durante la rebelión de Argelia murieron alrededor de 20,000 personas arabizadas.⁴³ Empero, estas vidas no han sido rememoradas, porque “lo que horroriza a la moderna sensibilidad política no es la violencia *per se*, sino la

³⁹ *Ibid.*, pp. 585-587.

⁴⁰ William A. Pelz, “From the Revolution of 1848-49 to the First People’s Democracy”, *op. cit.*, p. 75.

⁴¹ *Ibid.*, p. 72.

⁴² Carolyn Jeanne Eichner, “‘Vive la Commune!’: Feminism, Socialism, and Revolutionary Revival in the Aftermath of the 1871 Paris Commune” en *Journal of Women’s History*, 15(2), 2003, pp. 68-98.

⁴³ Niklas Plaetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’”, *op. cit.*, p. 595.

que carece de sentido. Esa violencia que no es ni revolucionaria ni contrarrevolucionaria, la que no puede ser explicada por la historia del progreso, la que nos parece insensata”.⁴⁴

De tal suerte, parece que el universalismo revolucionario de la época sólo era para las poblaciones blancas en Europa.⁴⁵ No obstante, a pesar de que en las grandes esferas de la Comuna de París no se cuestionó la reproducción del espacio abstracto a nivel planetario, sí polemizó en torno al eje de dominación de género. Así, las mujeres participaron de manera activa en las dinámicas de la Comuna y fueron fundamentales para las victorias obtenidas.

Inclusive, algunas de ellas, como Michel y Léo, sí cuestionaron la estructura de poder racial. Sin embargo, la recuperación histórica de sus acciones durante la Comuna ha sido muy tardía. De hecho, ésta comenzó en los sesenta con los trabajos de Eugene Schulkind y Edith Thomas. Después, a finales de los noventa, hubo una segunda ola que tuvo el objetivo de reivindicar la praxis política de las mujeres durante dicho periodo.⁴⁶

LAS MUJERES EN LA COMUNA DE PARÍS

A pesar de las refuncionalizaciones del capitalismo y de la profundización de la subordinación de las mujeres, antes de 1870 las mujeres participaban en la vida política, se organizaban y debatían los problemas que sufrían para proponer soluciones. No obstante, durante la Comuna, la coordinación y cooperación entre mujeres se fortaleció de manera significativa. Durante ese año, un grupo de mujeres estableció la Asociación por el Derecho de las Mujeres, la cual estuvo encabezada por Léon Richer. Asimismo, participaron mujeres como María Deraismes, Paule Minck, André Léo, entre otras.

Esta asociación cuestionaba específicamente la institución del matrimonio y demandaba la eliminación de la prostitución, debido a que las participantes consideraban que esas eran algunas de las principales opresiones que vivían

⁴⁴ Mamdani, Mahmood. “Darle sentido histórico a la violencia política en el África poscolonial” en *Istor* IV(14) Otoño 2003, p. 49.

⁴⁵ Niklas Pläetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’”, *op. cit.*, p. 595.

⁴⁶ Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, p. 71.

las mujeres en su época. En esta organización también se discutía la idea de la independencia económica y emocional de las mujeres. Sin embargo, estos planteamientos quedaron relegados del análisis central.⁴⁷

Una de las mujeres más activas en esta asociación fue Paule Minck, periodista, activista y oradora. Ella hacía énfasis en la equidad en la diferencia, porque asumía que los hombres y las mujeres eran distintos, pero que eso no tendría que implicar una subordinación de las mujeres en las dinámicas socio-políticas y económicas de los pueblos. Asimismo, concebía a la iglesia como una de las instituciones que fortalecían las opresiones contra las mujeres, principalmente a partir de la estructura del eterno matrimonio y de la imposibilidad de las mujeres para solicitar el divorcio, por lo que sus planteamientos se oponían esencialmente a los privilegios y normativas de esta institución.⁴⁸

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN LA COMUNA DE PARÍS

Además de estos debates, las mujeres participaron activamente en la Comuna de París como organizadoras, soldados y también en la realización de los trabajos de cuidados. En la mayoría de los casos, las mujeres actuaron de manera simultánea en todas estas actividades. Por ejemplo, Louise Michel no sólo combatió en las barricadas; también estableció un grupo de ambulancias de mujeres para atender a los heridos. Algunas reclutadas se dedicaban a la prostitución, y aunque muchos hombres no querían que ellas cuidaran sus heridas (por los estereotipos en torno a sus trabajos), sus prácticas fueron indispensables para los cuidados que los combatientes requerían.⁴⁹

Las manifestaciones de las mujeres frente a las fuerzas opositoras también consintieron la reagrupación de la Guardia Nacional, lo cual permitía que hubiera mayores probabilidades para vencer en el campo de batalla por la concentración de aliados conseguida a partir de esas protestas.⁵⁰ Asimismo,

⁴⁷ David Barry, "The Commune of 1871", *op. cit.*, pp. 110-111.

⁴⁸ Carolyn Jeanne Eichner, "Vive la Commune!", *op. cit.*, p. 73.

⁴⁹ David Barry, "The Commune of 1871", *op. cit.*, pp. 126-135.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 118.

durante la Comuna, las mujeres influyeron en las políticas y lograron abrir espacios para ellas.⁵¹

Durante la Comuna, activistas mujeres aprovecharon la oportunidad revolucionaria de generar cambio social y político. Las mujeres formaron clubes políticos, organizaron un sindicato o unión de mujeres de toda la ciudad, escribían artículos, editaban un periódico, marchaban en las calles, sirvieron como enfermeras y cocineras en el campo de batalla, buscaron y denunciaron a los desertores militares, y lucharon en los campos de batalla y finalmente en las barricadas. [...] Para las mujeres de la clase trabajadora, la motivación revolucionaria descansaba en una combinación de su explotación económica y su marginación en el lugar de trabajo, subordinación en la familia, y una tradición revolucionaria palpable, resucitada en el crisol de la Comuna.⁵²

Otra organización importante en el marco de la Comuna de París fue la Unión de Mujeres por la Defensa de París, la cual fue establecida por Élisabeth Dmitrieff, activista socialista rusa. El objetivo de este grupo era proveer de recursos básicos a los comités de distrito durante la Comuna. Asimismo, esta unión comenzó a instaurar escuelas en los diferentes espacios parisinos, debido a que las mujeres consideraban que ésta era una institución central para mejorar sus condiciones de vida.⁵³

Para algunos autores, la participación de Dmitrieff en la Comuna de París permite entender a esta organización como parte de un espacio “universal” europeo. Durante los años de lucha, la concepción de ciudadanía dejó de entenderse exclusivamente a partir de los límites territoriales, ya que se consideraba que cualquiera que compartiera la experiencia de la lucha de clases era comunera o comunero, lo cual, como ya se señaló, generaba una inclusión excluyente, porque dejaba fuera otras reivindicaciones y ejes de dominación sistémicos.⁵⁴

⁵¹ Kathleen Jones y Françoise Vergès. “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, p. 716.

⁵² Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, p. 69.

⁵³ David Barry, “The Commune of 1871”, *op. cit.*, p. 120.

⁵⁴ Niklas Plaetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’”, *op. cit.*, p. 586.

La Unión de Mujeres por la Defensa de París fue muy importante, debido a que impulsó la participación activa de las mujeres en puestos administrativos y de poder de la Comuna. Asimismo, fue un espacio necesario para que las mujeres discutieran y se organizaran.⁵⁵ Inclusive, a partir de su establecimiento, las mujeres comenzaron a planificar y administrar el bienestar, asimismo, reformaron la educación pidiendo el incremento de las mujeres en las escuelas.⁵⁶ Esta Unión estuvo conformada por miles de mujeres y se configuró como un ejemplo de organización separatista cuyo fin era vincular la lucha obrera con las demandas de las mujeres.⁵⁷

Una de las integrantes de la Unión que ha sido recuperada por los análisis historiográficos es André Léo. En realidad, su nombre era Léodile Béra Champceix, pero utilizaba ese pseudónimo para poder publicar sus textos, porque el apelativo difuminaba el hecho de que era mujer. Con ese nombre se han recuperado sus planteamientos e ideas. Léo era escritora, novelista y militante, y es conocida principalmente por los artículos que escribió en *La Sociale*. Abogaba por la igualdad entre hombres y mujeres en el matrimonio y por el restablecimiento del derecho del divorcio.⁵⁸ Asimismo, era de las pocas que demandaba la abolición de los privilegios de raza y género, y proponía la vinculación entre lo rural y urbano, porque para ella era fundamental llevar el socialismo al campo.⁵⁹

Léo cuestionaba la lucha por los derechos y libertades en una sociedad que los negaba a las mujeres, haciendo una crítica directa contra Proudhon. Decía que quienes hablaban de libertad se volvían conservadores cuando ésta era pensada en relación con las mujeres, y que si no había un cambio en este sistema, entonces se mantendría una monarquía para el uso personal de los hombres revolucionarios, quienes a pesar de negar la jerarquía social dentro del Estado, la establecían y reproducían al interior de los hogares en las relaciones con las mujeres.⁶⁰

⁵⁵ Kathleen Jones y Françoise Vergès. “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, p. 723.

⁵⁶ William A. Pelz, “From the Revolution of 1848-49 to the First People’s Democracy”, *op. cit.* p. 81.

⁵⁷ Kathleen Jones y Françoise Vergès. “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, p. 715.

⁵⁸ Marisa Linton y Christine Hivet. “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 29.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 52.

⁶⁰ Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, pp. 74-75.

En términos generales, las mujeres también demandaban dignidad en el trabajo, lo que implicaba reducir las horas laborales e igualar los salarios frente a los hombres. Asimismo, pedían poder tener el control de las cooperativas —tanto en la producción, el almacenamiento y la distribución—, solicitaban que el divorcio se obtuviera por consenso mutuo y no sólo a petición o aprobación del hombre, y reivindicaban la unión libre.⁶¹ Además, las mujeres también proponían que la educación no sólo fuera eclesiástica, porque, al igual que Minck, consideraban que esta institución reproducía su opresión.

A pesar de esto, para la mayoría de las mujeres era indispensable primero lograr la revolución social para posteriormente conseguir la emancipación femenina.⁶² De modo que, como se ha podido analizar, las mujeres no sólo criticaron las estructuras de dominación en las que ellas se encontraban, sino que trascendieron esas demandas. Asimismo, propusieron proyectos educativos y de apoyo entre ellas para la realización del trabajo doméstico no remunerado. Por ejemplo, frente a la liberalización de los mercados, Marie Verdu-re Félix y Elie Ducoudray bosquejaron un plan de guarderías para apoyar a las mujeres que tenían que laborar, con lo que pretendían apoyarlas para su realización y para garantizar la supervivencia de sus familias.⁶³

En ese contexto, las mujeres no reclamaron sus derechos electorales, ya que como señalaban Minck y Michel, el sufragio era un arma de doble filo, porque legitima la represión y la justifica a partir del discurso de consenso. También consideraban que los derechos electorales son el resultado de una delimitación individualista que se genera con el sistema electoral occidental, lo cual rompe con la solidaridad comunitaria.⁶⁴ Además, su preocupación principal era su derecho al trabajo, a un salario digno y a servicios de protección básicos como la educación, por lo que los derechos civiles no eran el eje ordenador de sus demandas.⁶⁵

⁶¹ Kathleen Jones y Françoise Vergès, “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, pp. 721-723.

⁶² Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, p. 76.

⁶³ Marisa Linton y Christine Hivet, “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 50.

⁶⁴ Kathleen Jones y Françoise Vergès, “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, pp. 718-719.

⁶⁵ Marisa Linton y Christine Hivet, “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 38.

Como ya se mencionó, las mujeres actuaron en las tareas de cuidados pero también en el campo de batalla. Louise Michel, quien participó en los clubes y en la organización de las ambulancias, también colaboró en el Comité de vigilancia de mujeres y fue una soldado activa en las barricadas de la Comuna.⁶⁶ Inclusive, durante las últimas semanas de la Comuna, quienes hicieron las barricadas y defendieron la organización fueron las mujeres.⁶⁷

En la semana sangrienta, un quinto de las ejecutadas fueron mujeres. Muchas de las capturadas, tras la toma de la Comuna de París, fueron sentenciadas a muerte y otras más fueron enviadas a Nueva Caledonia y a Guyana.⁶⁸ Las deportaciones fueron tan numerosas que incluso se dice que la marina francesa tardó un año en hacer los traslados de todas las personas exiliadas.⁶⁹

La reubicación en un espacio donde no se comprendía la lengua ni la cultura era un castigo que Francia ya había ejecutado en los territorios que había ocupado por la fuerza. Desde 1864, las poblaciones rebeldes en Argelia habían sido deportadas a la Île des Pins en Nueva Caledonia.⁷⁰ Sin embargo, en este contexto, el castigo se utilizó contra las y los propios nacionales. Una de las mujeres deportadas fue Michel, quien a pesar de haber escapado durante la toma de la Comuna, se vio obligada a entregarse porque su madre fue capturada.⁷¹

Otras mujeres lograron exiliarse, como Paule Minck y André Léo. La primera continuó con los debates de la revolución y buscó la resurrección de la Comuna, mientras que la segunda planteó que el establecimiento del socialismo se debería realizar de manera gradual. Ambas creían que la falla del socialismo era que no habían incorporado a las mujeres en los programas y los

⁶⁶ Niklas Plaetzer, "Decolonizing the 'Universal Republic'", *op. cit.*, p. 596.

⁶⁷ Marisa Linton y Christine Hivet, "Les femmes et la Commune", *op. cit.*, p. 24.

⁶⁸ J. M. Diamond, "Louise Michel and the Paris Commune", *op. cit.*, p. 31.

⁶⁹ William A. Pelz, "From the Revolution of 1848-49 to the First People's Democracy", *op. cit.* pp. 81-82.

⁷⁰ Niklas Plaetzer, "Decolonizing the 'Universal Republic'", *op. cit.*, pp. 595-596.

⁷¹ J. M. Diamond, "Louise Michel and the Paris Commune", *op. cit.*, p. 31.

partidos. Empero, sus propuestas particulares para alcanzar la revolución social eran diferentes, como se analizará más adelante.⁷²

Tras la Comuna, el discurso de la mujer sumisa se profundizó, lo cual no implicó que las mujeres aceptaran esta condición. Sin embargo, la historiografía dominante sí omitió el papel de las mujeres durante esos años. Las representaciones que se hicieron de las mujeres que participaron en la Comuna implicó una fuerte violencia simbólica para garantizar la violencia directa y estructural en su contra. Por ejemplo, Louise Michel, quien había “osado” vestirse como hombre y combatido en las barricadas fue representada a partir de imágenes que buscaban su humillación.

La caracterización de las *pétroleuses* —palabra comúnmente utilizada para referirse a Michel y que hacía referencia a las mujeres que lanzaban bombas para defender la Comuna— afirmaba que estas mujeres querían destruir París y eliminar la nación.⁷³ Esta representación no era del todo inexacta. No obstante, la imagen se hizo a partir de juicios de valor nacionalistas que ocultaban las injusticias y desigualdades sociales, malinterpretando los verdaderos objetivos de las acciones de las mujeres que buscaban destruir el espacio abstracto imperante.

Asimismo, mujeres como Minck y Michel fueron descritas como personas feas y asexuales. Actualmente, Michel sigue siendo conocida como la *virgen roja*, y a pesar de que podríamos considerar esto como un símbolo de la revolución socialista, en realidad su objetivo era enfatizar que ningún hombre la querría y por eso permanecería siendo una virgen. Cuando Michel era cuestionada sobre su sexualidad, ésta respondía que su compromiso era con la revolución, no con un hombre, lo que en lugar de ser comprendido como un deber con la praxis revolucionaria, era vinculado con la “monstruosidad” creada en torno a ella por romper con la normatividad de género y la idealización de la feminidad dominante. Aunado a esto, Michel fue criticada por sus *excesos melodramáticos*, lo que también buscaba desdibujar su capacidad organizativa y de lucha.⁷⁴

⁷² Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁷³ Marisa Linton y Christine Hivet, “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 55.

⁷⁴ J. M. Diamond, “Louise Michel and the Paris Commune”, *op. cit.*, p. 25.

Estas representaciones no sólo se hicieron contra Michel; fueron funcionales para todas aquellas que amenazaban el *statu quo* y rompían las barreras de género impuestas.⁷⁵ Las mujeres en la Comuna no sólo habían combatido a las fuerzas de lo que se constituiría como la Tercera República Francesa, sino que su praxis política amenazaba al *mundo civilizado y patriarcal*.⁷⁶ Después del juicio de Michel, ésta fue deportada a Nueva Caledonia. Sin embargo, esto no suprimió su carácter revolucionario. Durante su deportación, pudo dialogar con Catherine Lemen y a partir de esas conversaciones comenzó a relacionarse con el anarquismo.⁷⁷

Además, en Île des Pins, Michel conoció a las poblaciones de la cabila que habían sido deportadas tras la rebelión de Mokrani. También apoyó a las poblaciones locales indígenas kanaka que se rebelaron contra Francia en 1878. Esta revuelta fue liderada por Ataï, cuya cabeza fue cortada y enviada a Francia como trofeo, permaneciendo en el Museo del Hombre hasta la segunda década del siglo XXI.⁷⁸ En 1880, el gobierno francés lanzó una amnistía general, permitiendo el regreso de las personas deportadas y exiliadas después de la Comuna, con lo que Michel pudo volver a Francia.⁷⁹

A su regreso, Michel, Jean Allemane y Henri Rochefort encabezaron una campaña para pedir la amnistía de las personas de la cabila argelina que habían sido deportadas a principios de los setenta, lo que nos permite señalar que algunas luchas dirigidas en el marco de la Comuna sí cuestionaron la racialidad y la colonización, lo que podría garantizar la reproducción de diversos espacios diferenciales y la eliminación de la abstracción aglutinante que se empezó a gestar desde el siglo XV. Michel se mantuvo en la lucha por la dignidad hasta su muerte.⁸⁰ Ella “representó la causa de la revolución con devoción inquebrantable, regalando todo lo que tenía, enfrentando persecuciones po-

⁷⁵ Kathleen Jones y Françoise Vergès, “Aux citoyennes!”, *op. cit.*, pp. 725-728

⁷⁶ Marisa Linton y Christine Hivet, “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 24.

⁷⁷ J. M. Diamond, “Louise Michel and the Paris Commune”, *op. cit.*, p. 33.

⁷⁸ Niklas Plaetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’”, *op. cit.*, p. 597.

⁷⁹ Marisa Linton y Christine Hivet, “Les femmes et la Commune”, *op. cit.*, p. 56.

⁸⁰ Niklas Plaetzer, “Decolonizing the ‘Universal Republic’”, *op. cit.*, p. 598.

liciacas, viajando de pueblo en pueblo para dar una conferencia ante impredecibles públicos”.⁸¹

Tras la amnistía Léo regresó a París y siguió siendo integrante de la Internacional. Sin embargo, a diferencia de Minck, ella decidió acercarse al anarquismo de Bakunin, aunque más adelante también tendría diferencias con esos planteamientos, debido a que consideraba que era fundamental que hubiera un control cooperativo de la propiedad y la producción. Más adelante, Léo dejó de figurar en los discursos públicos y se concentró en el debate literario e intelectual.⁸²

En sus textos, Léo criticó a los blanquistas y a los jacobinos por sus medidas autoritarias y los acusó del fracaso de la Comuna. Asimismo, se concentró en el proyecto educativo para conseguir la revolución, empero, su discurso era problemático, al menos desde mi perspectiva, porque se situó en la superioridad de las ideas de la gente educada, por lo que sólo promovía una educación de arriba abajo.⁸³

Por su parte, Minck apoyó a Blanc en la Internacional y estaba de acuerdo con la instauración del orden violento revolucionario para construir la “república social”.⁸⁴ Ella pensaba que el socialismo no podía triunfar si no incluía a las mujeres y consideraba, a diferencia de Léo, que la praxis era más relevante que la teoría, ya que esta segunda no cambiaría a los gobernantes.

A pesar de que no pensaba que los derechos políticos y civiles pudieran modificar las relaciones de subordinación de las mujeres, participó en las elecciones municipales de París en 1893 representando a la *Solidarité des femmes*.⁸⁵ Todo su activismo hizo que el régimen la vigilara constantemente hasta su muerte. “Paule Mink ostenta el dudoso honor de tener hasta ahora un expediente policial más grande que cualquier otro comunero, con la excepción de la legendaria Louise Michel”.⁸⁶

⁸¹ J. M. Diamond, “Louise Michel and the Paris Commune”, *op. cit.*, p. 25.

⁸² Carolyn Jeanne Eichner, “Vive la Commune!”, *op. cit.*, p.

⁸³ *Ibid.*, pp. 79-87.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 76-78.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 85.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 83.

Estas son sólo algunas de las historias que se han rescatado de la participación de las mujeres durante la Comuna de París. Muchas experiencias han quedado en la tradición oral del proceso. Pese a que las vivencias aquí relatadas han sido recuperadas por testimonios escritos, son una muestra clara del papel y de la importancia que tuvieron las mujeres en las demandas, organización e incluso en las implicaciones del establecimiento del primer gobierno obrero para las luchas posteriores.

REFLEXIONES FINALES

De acuerdo con Lefebvre, el espacio diferencial es aquel que se opone a la homologación y universalización del espacio abstracto y hegemónico. De tal suerte, la Comuna de París fue un espacio diferencial para la reproducción hegemónica de París a finales del siglo XIX, debido al cuestionamiento del orden imperante que reproducía las desigualdades e injusticias sociales. La Comuna proponía la modificación de la espacialidad dominante de Europa occidental al polemizar las relaciones de poder y establecer un gobierno dirigido por las y los trabajadores.

La Comuna se opuso al orden monárquico y burgués, diseñó planteamientos para separar el poder estatal del religioso, se sustentó en una organización comunitaria y planteó una mejor distribución de la riqueza, entre otras. Sin embargo, a pesar de su oposición al establecimiento del espacio abstracto en París, la Comuna no logró generar vínculos con otras demandas y luchas sociales en diferentes escalas, como lo ejemplifica la rebelión de Mokrani en el contexto de la Comuna de Argel.

La solidaridad de clases no implicó el desdibujamiento de las divisiones y jerarquizaciones basadas en el color de la piel, que si bien no era el objetivo de la organización de la Comuna, si hubiera contribuido a comprender y desestructurar los ejes de opresión capitalista. Con esto no pretendo minimizar la capacidad revolucionaria de la Comuna. Sin embargo, considero que si en la actualidad queremos identificar pistas para modificar las relaciones basadas en la acumulación, la subordinación, la desigualdad y la violencia, entonces no sólo debemos recuperar las victorias de las luchas, sino que también debemos cuestionar los elementos que dejaron fuera.

Durante la Comuna, las propuestas más radicales y revolucionarias que confrontaron al sistema imperante fueron las encabezadas y diseñadas por las mujeres. Además, su organización y participación fue fundamental para el establecimiento del gobierno proletario. Las principales demandas de las mujeres eran la reducción de las jornadas laborales, sueldos equitativos y justos, reformas al sistema de matrimonio para el reconocimiento de la unión libre y del divorcio solicitado por las mujeres, educación laica, control y diseño de cooperativas para la lucha social y femenina, entre otras. En términos generales, para las mujeres parisinas era importante que primero triunfara la revolución social para posteriormente alcanzar la emancipación de las mujeres.

Para ellas, los derechos políticos y civiles no eran tan importantes como los económicos, puesto que los primeros habían garantizado la espacialidad abstracta y la represión bajo el discurso del consenso. Desde sus perspectivas, el sufragio rompía con el tejido social porque estaba sustentado en el individualismo, por lo que una solidaridad de clase no se podría generar en un sistema político electoral como el que dio origen a la Segunda República.

En la Comuna, las mujeres participaron en la organización política, escribieron, fueron cuidadoras, combatientes e impulsoras de la rebelión. Sin embargo, con la toma de París por parte de la Tercera República, sus historias fueron omitidas y sus praxis políticas representadas como irracionales y antinacionalistas, lo que profundizó la violencia en contra de ellas. Inclusive, las historias recuperadas son las de mujeres que tuvieron ciertos privilegios bajo el contexto histórico analizado, empero, otras cotidianidades han sido olvidadas tanto por la historiografía hegemónica como por la crítica.

La recuperación de las historias de las mujeres y la reivindicación de su actuar son fundamentales para generar lo que en términos de Boaventura de Sousa Santos ha sido definido como justicia cognitiva, la cual es indispensable para la transformación social.⁸⁷ La Comuna de París es una fuente de inspiración para diferentes movimientos y luchas sociales en contra del capitalismo alrededor del mundo. Por eso, es importante analizarla como un espacio di-

⁸⁷ Boaventura de Sousa, *Descolonizar la universidad. El desafío de la justicia cognitiva global*, Buenos Aires, CLACSO, 2021.

ferencial, que promueve imaginarios para la construcción de una socialidad diferente a la hegemónica.

Lo anterior implica que identifiquemos la praxis revolucionaria que recupera lo vivido y permite construir utopías centradas en la vida y no en la reproducción del capital. Sin embargo, también nos impulsa a cuestionar los elementos y luchas que quedaron fuera, ya que aunque el objetivo de la movilización era muy claro, a fin de generar una transformación real y contraponerse al espacio abstracto es indispensable generar diálogos, redes e interacciones con las y los demás.

Élisée Reclus, comunero.

Anarquismo militante y geografía científica

EULALIA RIBERA CARBÓ*

Élisée Reclus es, sin duda alguna, uno de los máximos exponentes de la geografía universal de la segunda mitad del siglo XIX y los años del cambio de siglo. Pero, después, y en proporción a su talla científica, también fue el más olvidado. Y lo fue no por simple extravío de la memoria o por cesación de la admiración que producía entre estudiantes y hombres de ciencia una figura que, por derecho propio y bien ganado, hubiera debido seguir presente en el campo de los estudios de la Tierra. Lo fue al ser relegado, apartado porque su quehacer científico, al ir siempre de la mano de su posicionamiento político militante, resultaba inconveniente. Reclus, comunero en el ensayo autogestionario de París, hoy hace 150 años, resultaba incómodo para los proyectos de una indecisa República francesa que tardó casi una década en acabar con la monarquía, y que después se enfocó a un trabajo ideológico de reafirmación nacionalista y grandeza imperial.

La vocación geográfica de Reclus y su postura libertaria fueron creciendo juntas desde su juventud temprana. De pequeño, pasó largas temporadas con sus abuelos maternos en un pequeño pueblo de Aquitania, correteando incansablemente por el campo de la vega del río Dronne, donde las impresiones del paisaje lo marcaron indeleblemente y fueron más tarde parte de su inspiración para escribir algunos de sus textos de geografía.¹ Su padre, pastor protestante en las iglesias de Sainte-Foy-la-Grande y Orthez, en el suroeste de Francia, también influyó con su ejemplo de hombre bueno, tolerante y entregado al trabajo comunitario, aunque Élisée, junto con su hermano Élie, se desmarcaron muy pronto del camino religioso al que el progenitor les encaminaba. Su educación formal en una escuela secundaria de la Prusia renana

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México

¹ Nos referimos concretamente a *Historia de un arroyo*: Reclus, *Histoire d'un ruisseau*, 1869.

lo sumergió en un ambiente cosmopolita donde aprendió alemán, inglés, griego y latín y, después, durante una corta estancia en la facultad protestante de Montauban, vivió en el ambiente de rebeldía de la revolución republicana en contra de Luis Felipe de Orleans. Hacía excursiones con su hermano y un amigo por el campo occitano donde, tumbados sobre la hierba, leían a Pierre Leroux y Joseph Proudhon, iniciándose con ello en las ideas sobre la solidaridad y el respeto entre los hombres, la autonomía, el anarquismo.²

Después de su expulsión de la facultad por haberse ausentado para caminar por los lomeríos más sureños del macizo central francés, y ver desde sus alturas por primera vez el mar, Élisée Reclus se trasladó a Berlín, donde durante unos meses fue alumno del famoso geógrafo Karl Ritter considerado, junto con Alexander von Humboldt, padre de la geografía moderna. Fue esa la única educación geográfica universitaria que tuvo Reclus, suficiente para acabar de definir su inclinación por los estudios de la Tierra.

Al terminar los cursos en Berlín, Élisée se reunió con Élie y desde Estrasburgo cruzaron Francia a pie hasta la casa familiar en Orthez. Fue de ese viaje caminero del que salió el primer texto anarquista de Reclus, *El desarrollo de la libertad del mundo*, y en el que escribió una de sus frases más conocidas: “Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en el que las naciones ya no tendrán necesidad de estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es la ausencia de gobierno, es la anarquía, la más alta expresión del orden”³

Los hermanos Reclus tuvieron que salir al exilio después del golpe de estado de Luis Napoleon. Un empleo de administrador y supervisor de labores agrícolas en Irlanda preparó a Élisée para empezar sus largos peregrinajes por el mundo. Primero fue Nueva Orleans, donde se empleó como cargador del puerto y como campesino, y ejerció de profesor de las hijas de los propietarios de una plantación algodонера, donde el sistema de esclavitud lo sublevó.⁴ Entonces, en 1856 se aventuró a la realización de un proyecto anhelado desde que había concebido su viaje a América, que era fundar una colonia agrícola

² Max Nettlau, *Eliseo Reclus. La vida de un sabio justo y rebelde*, Barcelona, Publicaciones de “La Revista Blanca”, s/a.

³ Élisée Reclus, *Écrits sociaux*, Genève, Éditions Héros-Limite, 2012, p. 172.

⁴ *Les frères Reclus. Élie et Élisée. Ou du Protestantisme à l'Anarchisme*, Paris, Les amis d'Élisée Reclus, 1964, p. 31.

comunitaria en la Nueva Granada, hoy Colombia, donde en aquellos años se vivía un ambiente anticlerical y de radicalidad política. Reclus fracasó en su propósito, pero tuvo la oportunidad de viajar por el Caribe, navegar el río Magdalena, caminar por los llanos, explorar la selva ecuatoriana y recorrer las alturas andinas de la Sierra Nevada.

Después de muchas semanas gravemente enfermo de fiebres tropicales, con la ayuda de Élie, volvió a Francia en 1857, reafirmado en las ideas del comunismo libertario y decidido a ejercer profesionalmente la geografía. Escribió sobre sus observaciones en el delta del Misisipi, la ciudad de Nueva Orleans, la sierra Nevada de Santa Marta y preparó un Atlas de Colombia. Publicó artículos en el *Boletín de la Sociedad Parisiense de Geografía* y en la *Revista de dos mundos*, y tradujo al francés *La configuración de los continentes*, de Karl Ritter. Contratado por la editorial Hachette para hacer viajes y escribir las guías respectivas, pudo hacer numerosos viajes con mirada científica. En 1869 publicó la *Historia de un arroyo*, que desde su aparición alcanzó gran popularidad, y en la que la explicación de la naturaleza y los paisajes siguiendo el curso del agua en todo el ciclo hidrológico, le sirve también para transmitir la moral libertaria con un lenguaje inspirado y poético:

Mezclándose los pueblos a los pueblos, como los arroyos a los arroyos y los ríos a los ríos, pronto o tarde formarán una sola nación, de igual manera que las aguas de una cuenca acaban de reunirse en un río. [...] La inteligencia enseñará a los pueblos a asociarse en una federación libre; la humanidad entonces, dividida en diferentes cursos y movimientos, producirá su conjunción en un solo río y, reunidas entonces las aguas todas, descenderemos juntos hacia el ancho mar, donde van a parar y renovarse todas las vidas.⁵

Aquellos años de trabajo geográfico también lo fueron de militancia anarquista. Reclus participó en la Primera Internacional, en el Congreso de la Paz y de la Libertad, en mítines y reuniones, y en proyectos comunitarios.⁶ En-

⁵ Élisée, Reclus, *Historia de un arroyo*, México, Compañía Genral de Ediciones, 1958, p. 211.

⁶ John Clark, "Introducción al pensamiento social de Reclus" en *Libertad, igualdad y geografía. Ensayos escogidos de Élisée Reclus*, Madrid, Enclave de libros, 2015, pp. 27-204

tabló una estrecha relación con Mijail Bakunin, quien lo acercó a su sociedad clandestina Fraternidad Internacional, y quien describió a Élisée y a Élie como “dos sabios, y al mismo tiempo los hombres más modestos, más nobles, más desinteresados, más puros, más religiosamente consagrados a sus principios que haya encontrado en mi vida”.⁷

Así llegó 1870 y el estallido de la guerra franco-prusiana, la capitulación de Napoleón III, el levantamiento popular en París, la Tercera República y el Gobierno de Defensa Nacional, los duros meses de sitio y, finalmente, la firma del armisticio en Versalles en enero de 1871. Después, como no podía ser de otra manera, los hermanos Reclus se convirtieron en activistas de la continuación de la lucha y de la instauración de La Comuna. Élie escribió: “[...] Si tú eres lo que creemos, eres entonces la nueva era, la República de los Estados Unidos del Mundo, ¡la *Commune* universal!”.⁸

Las cartas que Élisée Reclus envió a diversos miembros de su familia y amigos, nos permiten reconstruir con suficiente detalle su actuación durante aquellos meses gloriosos de defensa republicana y de ensayo simbólico de una sociedad libertaria, autogestionaria. Después, nos hablan de las zozobras, los desvelos y las inquietudes que siguieron al desenlace de La Comuna. Y, sobre todo, nos permiten dar cuenta de cómo la consagración a la causa de la revolución social siempre estuvo acompañada en paralelo por su entrega absoluta a los intereses y las preocupaciones de su labor científica.

Durante el sitio de París, Élisée Reclus se dirigió a Gaspar Tournachon, conocido fotógrafo, mejor conocido como Nadar. Le comunicaba que se había inscrito como aspirante a aeronauta, y le pedía encontrarse con él para recibir instrucciones y empezar los estudios necesarios. Creía ser de utilidad al Observatorio Aerostático fundado por Nadar en la plaza Saint Pierre en Montmartre, por ser geógrafo “y un poco meteorólogo”, y tener voluntad para servir.⁹ Fue el inicio de una amistad que duró toda la vida. No tenemos noticia segura de que Reclus haya volado con los globos del Observatorio, globos que

⁷ Élisée Reclus, *Correspondencia (de 1850 a 1905)*, Buenos Aires, Edición Imán, 1943, p. 135.

⁸ Citado en Max Nettlau, *Eliseo Reclus. op. cit.*, vol. 1., pp. 263 y 264.

⁹ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, octobre 1870-julio 1889*, París, Librairie Schleicher Frères, 1911, p. 3

sirvieron para tomar fotografías de las posiciones enemigas y servían para facilitar la entrada y salida de París de personas, víveres y correspondencia; pero, al parecer, sí contribuyó con sus conocimientos geográficos, dictó conferencias de geografía francesa en el Ayuntamiento del III *arrondissement* de París y, sin duda, trabajó activamente en la defensa de la ciudad.¹⁰

En octubre de 1870, Élisée Reclus le contaba en una carta a su mujer, Fanny Lhermines, que montaba guardias de vigilancia en los alrededores de Jardín de Plantas, dormía al aire libre en el suelo y hacía inspecciones a las fortificaciones exteriores. Era optimista y tenía esperanza en el triunfo de la República, cuando veía cómo se acrecentaba la ética y el entusiasmo de los combatientes, y a pesar de la falta de vigor moral de quienes formaban el gobierno. Se había alistado ya como voluntario en la Guardia Nacional.¹¹ Impartía cursos de geografía francesa a maestros, publicaba artículos políticos, ideó la utilización de Las Tullerías como museo contiguo al Louvre, redactaba panfletos que convocaban a la fraternidad universal y, como él mismo decía, siempre aprovechaba para hacer su “propaganda por la Revolución social”.¹²

Después del levantamiento del sitio y la firma del armisticio, Reclus salió de París en febrero de 1871 como candidato a la Asamblea Nacional, para hacer propaganda por la República y la continuación de la lucha, en Libourne, Castillon, Bergerac, Orthez y Saint-Foy. Pero los campesinos ricos de la región sureña votaban por las listas de los bonapartistas-orleanistas. Dándose cuenta de que la causa estaba perdida y de que no tenía sentido mantener su candidatura, regresó a París para desesperarse con el triste espectáculo de las fuerzas prusianas apoderadas de todo, en connivencia con muchos franceses. A Nadar le decía que habían caído en el fondo de un lodazal de vergüenza, pero, que a menos que lo forzaran la miseria o el exilio, se quedaría en Francia donde estaba su campo de batalla. Y en medio de sus reflexiones, le hacía llegar un texto griego con frases de Pericles, consignadas por Tucídides, que su amigo le había pedido.¹³

¹⁰ Max Nettlau, *Eliseo Reclus. op. cit.*

¹¹ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, pp. 7-9.

¹² *Ibid.*, p. 11.

¹³ *Ibid.*, pp. 16-17.

A diez días de declarada La Comuna, el 27 de marzo, escribía:

¡cuántos cambios en este periodo corto de la vida! ¡Cuántas transformaciones para mejor y para peor! [...] el 18 de marzo es la fecha más grande de la historia de Francia [...] Es a la vez el triunfo de la República de los Trabajadores y la inauguración de la Federación Comunal. Los progresos intelectuales y morales son inmensos, dado que un cambio de este alcance se ha podido dar casi pacíficamente”.¹⁴

El 4 de abril, Élisée y dos de sus hermanos salieron juntos al frente de batalla en defensa de La Comuna. Élie, con una mano lastimada y no pudiendo manejar un fusil, ayudaba a los hombres fatigados y cargaba heridos. Pero de los otros, de momento no se supo qué había sido. Después de buscar y preguntar por ellos, Élie supo que en el camino a Châtillon los comuneros se habían atrincherado en una antigua fosa prusiana. Los batallones versalleses se les habían ido encima y aunque les repelieron todo lo que pudieron, finalmente fueron abatidos. Élisée había sido hecho prisionero.¹⁵

Empezó entonces la tragedia del encarcelamiento. Trasladado a Versalles en una caminata que fue un verdadero suplicio de fatigas, vejaciones y fusilamientos de compañeros, Reclus fue finalmente recluido en el fuerte de Quélern, en la rada del puerto de Brest. Durante 11 meses de cautiverio, Reclus mantuvo relaciones epistolares sobre todo con su familia, y especialmente nutrida con su hermana Luisa y con Alfred Dumesnil, recientemente casado con ella. Dumesnil era historiador, escritor; por un tiempo había sido secretario de Alfonso de Lamartine, y mantenía una cercana y vieja relación con Élisée y Élie.

A los pocos días de encierro, Reclus tenía la fuerza de ánimo suficiente para pedir a una de sus hermanas en Saint-Foy-la-Grande, que le enviara libros de matemáticas para poder ponerse a estudiar. Mientras tanto, y a pesar de la falta de libros, procuraba dedicarse a trabajar regularmente.¹⁶ Le desesperaba la escasez de noticias políticas, y cuando llegaban nuevos prisioneros prove-

¹⁴ *Ibid.*, pp. 21 y 23.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 24-25.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 30-31.

nientes de París, satisfacía un poco la necesidad intelectual de comunicación con el mundo. Luchaba por no dejarse abatir reconociendo el buen aire marino que podía respirar, la alimentación suficiente que le daban y la consideración que le tenían sus guardianes.¹⁷ Contaba emocionado cómo sus camaradas lo sorprendían con amabilidades como la de conseguirle un colchón de paja limpia, o lo reemplazaban en las labores obligatorias de la prisión para que él pudiera encargarse de la organización de una biblioteca a la que se había abocado. Al poco tiempo ya estaba haciendo investigación para una futura obra que quería titular *El suelo y las razas*, leía novelas inglesas que, como él mismo decía, le permitían transportarse a la libre observación de costumbres y caracteres, daba clases de inglés a sus compañeros de infortunio, y había empezado también un trabajo literario que se proponía terminar cuando llegaran las largas noches de invierno.¹⁸ Solo detenía el trabajo al sufrir algún quebranto de salud y paraba para que su familia “no lo acusara de imprudente”.¹⁹ A tres meses de su encierro, le pedía encarecidamente a su cuñado Alfred que buscara todo el material que pudiera serle útil para su investigaciones y producción científica.²⁰

En julio, Reclus estuvo en contacto epistolar con Emile Templier y Edouard Charton. El primero, yerno de Louis Hachette, se había asociado con su suegro en la gestión de Hachette, la más importante casa editorial científica y literaria francesa decimonónica, y que en 1868 ya había publicado de Reclus *La historia de un arroyo y La Tierra. Descripción de los fenómenos de la vida del Globo*.²¹ Por su parte, Charton era colaborador de Templier en la compañía librera, y director de la revista *Magasin Pittoresque* de ese mismo sello editorial, que desde 1860 y durante más de 50 años se encargó de una colección de fascículos semanales, *Le tour du monde*, dedicada a los grandes viajes y exploraciones de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. En ella, Reclus había colaborado con un texto escrito en 1855 y publicado en 1860, *Fragmentos de*

¹⁷ *Ibid.*, p. 30.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 40-41

¹⁹ *Ibid.*, p. 42.

²⁰ *Ibid.*, p. 45.

²¹ Élisée Reclus, *La Terre. Description des phénomènes de la vie du globe*, Paris, L. Hachette et Cie. Libraires-Éditeurs, 1868 y *Histoire d'un ruisseau*. Paris, Hachette, 1869.

un viaje a Nueva Orleans.²² Charton le solicitaba a Reclus una propuesta de publicación. Éste le envió el proyecto de una enciclopedia geográfica en fascículos, misma que años después se convertiría, efectivamente en la colosal *Nouvelle Géographie Universelle*, pero que, de momento, si se concretaba o no parecía tener sin cuidado al revolucionario en prisión quien escribía a su hermana: “[...] no me preocupo demasiado por lo que harán estos señores. El mundo es grande!”.²³ Lo que sí se concretó y en lo que trabajó Reclus fue en la redacción de un resumen de su obra en 2 volúmenes *La Tierra*, que publicó Hachette con el título de *Los fenómenos terrestres*.²⁴

Al mismo tiempo, su contacto parece haber sido más amistoso con Pierre-Jules Hetzel, fundador de la editorial homónima, quien era, ya por esos años, el conocido editor de las novelas de Julio Verne, y un declarado republicano que, al igual que los hermanos Reclus, había tenido que exiliarse a raíz del golpe de Estado de Luís Napoleón. Hetzel le proponía la publicación de la *Historia de una montaña*, que Reclus empezaría a preparar en esos meses de reclusión.²⁵

Durante aquel verano, el secretario de la *Sociedad de Geografía* y amigo suyo, le hizo llegar una carta en la que le comunicaba que la Sociedad iniciaría gestiones para solicitar su liberación, pero que era posible que sus miembros le pidieran un compromiso formal, una promesa de lealtad. Cosa extraña, señalaba Reclus con ironía, viniendo de una institución que en ese momento se encontraba en estado de desagregación y desmoralización. Se negó; era imposible saber las líneas de conducta que le dictaría su conciencia en el futuro, y él no estaba dispuesto a envilecerse para volver a la vida libre.²⁶

²² Élisée Reclus, “Fragment d’un voyage à la Nouvelle-Orléans”, en *Le tour du monde*, Paris, 1 semestre 1860, pp. 177-192.

²³ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, p. 49.

²⁴ Élisée Reclus, *Les Phénomènes terrestres. Des continents*, Vol. 1, Paris, Librairie Hachette et Cie, 1870 y *Les Phénomènes terrestres. Les mers et les météores*, vol. 2, Paris, Librairie Hachette et Cie, 1872.

²⁵ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, p. 51 y Reclus, Élisée. *Historie d’une montagne*, Paris, J. Hetzel et Cia., s/a.

²⁶ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, pp. 53-54.

A principios del mes de agosto, después de la visita del ministro de Instrucción Pública a la prisión de Quélern, y a quien el geógrafo se había negado a ver, Reclus fue trasladado a la isla de Trébéron en la misma bahía de Brest, que desde principios del siglo XVIII funcionaba como un lazareto. Se argumentó la intención de proporcionarle mayor comodidad, pero él tenía claro que la decisión se debía a la gran influencia que ejercía sobre sus compañeros de prisión a través de sus lecciones, mismas que el ministro no se atrevió a prohibir, aunque sí dio la orden de vigilarlo con un soldado en la puerta que lo seguía con un fusil a la espalda cuando salía de su cuarto. Al parecer, la comida y la cama eran mejores y los encargados de la Marina lo acabaron dejando más libre como al resto de prisioneros.²⁷ Leía los periódicos, trabajaba por las noches, pero se le hacía dura la separación de los buenos amigos que había hecho en Quélern, dado que los tísicos del hospital no tenían el tiempo ni el humor para los “placeres de la amistad”.²⁸ Su gran consuelo era la vista del mar, el horizonte de penínsulas y, con el viento, la contemplación del paisaje y las nubes: viajaba desde su ventana de prisionero.

Reclus sabía que habían llegado muchas cartas de orígenes diversos, solicitando su liberación. El 16 de agosto, recibió una que lo invitaba al Congreso internacional geográfico que se celebró del 14 al 22 de agosto, y en el que se habían de discutir numerosos temas científicos propuestos por él. Con sorna escribió que sus amigos de la *Sociedad de Geografía* de París lo excusarían, “acusándolo un poco” al mismo tiempo. “Dirán que mi único crimen ha consistido en creer que la Tierra había precipitado su movimiento de rotación. ¡Pobre de mí! Ella sigue girando en la órbita acostumbrada”.²⁹

Alfred Dumesnil no cejó en la búsqueda de posibilidades laborales para su cuñado, en vistas al momento de su liberación. Reclus barajaba la idea de irse a Estados Unidos, o a Malta, a Suiza, a Italia, a España, si lo obligaban al exilio. Pero a fines de agosto, estaba optimista con la posibilidad de quedarse en Francia y con las buenas noticias que le hacía llegar Dumesnil de parte de Templier y el posible contrato con Hachette. Seguía sin autorización para

²⁷ *Ibid.*, pp. 55-56.

²⁸ *Ibid.*, p. 57.

²⁹ *Ibid.*, pp. 59-60.

recibir publicaciones políticas, pero, en cambio, las obras de literatura y de ciencia que su familia le enviaba constantemente le permitían conservar la paciencia. Seguía todo lo que podía las discusiones de los científicos y le proponía a Dumesnil que hablara con sus colegas historiadores y con los amigos geógrafos sobre la posibilidad de fundar en Francia una sociedad científica emancipada como la británica. “Si estuviera libre, podría ocuparme de ello, haciendo las gestiones con grandes hombres que estarían encantados de que les insufláramos esa iniciativa”.³⁰

A partir de finales de octubre, Reclus empezó un peregrinaje por diversas prisiones. Primero fue llevado desde Trébéron a Brest, y desde aquel puerto a Versalles. Después fue trasladado a Saint Germain donde, por fin, el 15 de noviembre de ese 1871, se le formó consejo de guerra. Por mayoría de 5 contra 2, Élisée Jacques Reclus, “escritor geógrafo”, fue declarado culpable de haber portado armas y de haberlas usado en el movimiento insurreccional de París, y se le condenó a la pena de deportación.³¹ Fue encerrado entonces en el fuerte de Mont Valérien, varios kilómetros al oeste de París y después en la Casa de Corrección de Versalles, su último lugar de encierro, donde el hacinamiento le impedía trabajar y sufría, como decía, de “inanición intelectual”. Seguía pidiéndole a su gente que le hiciera llegar libros de etnología, de lingüística o de antropología, y la última edición que había publicado su cuñado con poemas inéditos de Lamartine.

Un mes y medio después de la sentencia condenatoria, el gobierno francés recibió una primera carta firmada en Londres el 30 de diciembre de 1871, solicitando la condonación de la pena de deportación para Reclus. Encabezaba la lista de 61 signatarios, todos reconocidos hombres de letras y de ciencia, el geólogo y paleontólogo Henry Woodward, quien trabajaba desde 1858 en el Museo Británico y quien más tarde sería nombrado por sus méritos presidente de la Sociedad Geológica de Londres, y sería miembro y ocuparía cargos directivos en numerosas otras asociaciones científicas británicas.³² Ese mismo

³⁰ *Ibid.*, p. 67.

³¹ *Ibid.*, pp. 75-76.

³² “Obituary. Henry Woodward”, en *The Geological Magazine*, vol. LVIII, n° XI, noviembre de 1921, pp. 481-484.

año, Woodward había editado la traducción inglesa de la obra de Reclus *La Tierra*, con un aviso al lector en la tercera página:

[...] No hay otro trabajo, ni en francés ni en inglés, en que se haya intentado y logrado una tarea tan grande y con tan maravilloso éxito.

Las ilustraciones sobrepasan en número y excelencia las de cualquier trabajo similar de Geografía Física.

La investigación cuidadosa y laboriosa desplegada en la elaboración y terminación de cada porción del libro, y la manera armoniosa en que sus partes están unidas, deben asegurar al señor Reclus un lugar honorable en la literatura científica popular.³³

La talla de Reclus también se subrayaba en la carta peticionaria que enviaba desde Londres:

[...] nos atrevemos a pensar que esta vida no pertenece solamente al país que le vio venir al mundo, sino al orbe entero, y que si un hombre como este es condenado al silencio o a languidecer lejos de los centros de la civilización, Francia no haría más que mutilarse y rebajar su legítima influencia en el mundo [...].³⁴

En enero de 1872, las gestiones de los ingleses le permitían a Reclus albergar esperanzas de no ser enviado a la Nueva Caledonia, lejos de su mujer, sus hijas, sus libros y sus amigos, como le escribía a su colega Richard Heath,³⁵ a quien había conocido 20 años atrás y del que no había vuelto a tener noticias hasta que recibió de él una carta de solidaridad después de su condena, y con el que, a raíz de aquel contacto fraterno y solidario en esos tiempos aciagos, estableció una interlocución científica estrecha.³⁶

³³ Élisée Reclus, *The earth: a descriptive history of the phenomena of the life of the globe*, New York, Harper&Brothers Publishers, 1871, p. iii.

³⁴ Citado en Max Nettlau, *Eliseo Reclus. op. cit.*, vol. 1, pp. 188-189.

³⁵ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, pp. 86-88.

³⁶ Luis Manuel Cuevas Quintero, "La organización anarquista del espacio. Élisée Reclus y la geografía del mundo en el siglo XIX" en *Terra Brasilis (Nova Série) Revista da Rede Brasileira de*

El 15 de febrero de 1872, la deportación fue, efectivamente, conmutada por 10 años de exilio. Desde la *Conciergerie* de París, Élisée Reclus fue llevado con las manos esposadas en un coche hasta la frontera con Suiza, adonde llegó el 14 de marzo de 1872 para convertirse de nuevo en un hombre libre.

La participación en la Comuna de París y sus consecuencias terribles de meses en la cárcel, con “el hambre, el frío, la falta de aire respirable, los golpes, los insultos, las groserías de toda especie, el espectáculo de dolencias inauditas, los dolores morales y los sufrimientos físicos”, como él mismo describió en una carta a sus padres escrita el día después de su liberación,³⁷ cimbraron la vida del anarquista geógrafo, pero no hicieron más que reafirmar su convencimiento en las ideas libertarias y su vocación en la ciencia de la Tierra. Las secuelas tuvieron su continuación en un exilio de 18 años, que lo afincó en Lugano, al sur de Suiza, y desde donde viajó por una buena parte del mundo en sus expediciones de estudio.

Nada más llegado al país alpino, Reclus envió a la casa editorial Hachette su proyecto detallado de la geografía descriptiva del mundo del que ya habían hablado durante los meses de prisión, y que en fascículos semanales y quincenales constituiría, a lo largo de veinte años, la *Nueva Geografía Universal*, de 19 tomos y diecisiete mil páginas en total.³⁸ Templier aceptaba la propuesta en mayo, aunque ponía condiciones, sobre todo para controlar los contenidos de la parte histórica y evitar que las ideas del anarquista se colaran en una obra con la que el editor creía apoyar las políticas nacionalistas y coloniales de la III República francesa. El contrato fue firmado en julio de 1872 y, como sostiene Teresa Vicente, aunque Reclus aceptó restricciones de contenido, no se dobló en cuestiones de principios dentro de su obra.³⁹

História da Geografia e Geografia Histórica, n°7, Laboratório de Geografia Política-Universidade de São Paulo/Rede Brasileira de História da Geografia e Geografia Histórica, 9 de diciembre de 2016.

³⁷ Élisée Reclus, *Correspondance. t. II, op. cit.*, pp. 90-91.

³⁸ Élisée Reclus, *Nouvelle Géographie Universelle: la terre et les hommes*, Paris, Hachette, 1876-1894. 19 tomos.

³⁹ María Teresa Vicente Mosquete, “Élisée Reclus y su aportación a la cartografía”, *Segon Congrés Català de Geografia*, 29-31 de maig de 2008. Recuperado el 10 de marzo de 2021 en https://www.researchgate.net/publication/242598583_Elisee_Reclus_y_su_aportacion_a_la_Cartografia

A la par de su intensa labor científica, Reclus continuó trabajando por la causa libertaria. Fue un activo colaborador de periódicos y revistas, dictó conferencias, trabajó para la Federación del Jura, corrigió la versión francesa de los textos de Mijail Bakunin y ordenó los manuscritos de *Dios y el Estado*; prologó *La Conquista del pan* de Kropotkin, y publicó *La evolución, la revolución y el ideal anarquista*, de su propia autoría.⁴⁰

En 1879, rechazó una amnistía parcial decretada para los presos comuneros, y no fue sino hasta 1890 cuando volvió a instalarse en París, aunque solo por un corto tiempo. Eran años de gran tensión política. La “propaganda por el hecho”, como estrategia del movimiento anarquista de alteración del orden público en acciones de gran resonancia, desató una represión policiaca intensa que alcanzó a la familia Reclus. Seguimientos, vigilancia, registros domiciliarios y hostigamientos constantes, decidieron a Élisée a aceptar una propuesta que la Universidad Libre de Bruselas le había hecho hacía un tiempo para impartir cursos como profesor agregado. Pronto, también fueron a vivir en Lagos de Ixelles, un barrio suburbano de Bruselas, Élie, su hijo Paul, y Louise, recientemente viuda de Alfred Dumesnil.⁴¹

Pero en Bruselas tampoco pudo estar tranquilo. El consejo universitario belga se retractó de su contratación ante el “peligro” que representaba confiar labores de profesor a un anarquista militante y ello causó revuelo en la Universidad Libre. El rector dimitió, y profesores y estudiantes radicales se pronunciaron en contra del maltrato al prestigioso científico. En acuerdo de asamblea se decidió una escisión para formar la Universidad Nueva de Bruselas, desligada del Estado y construida sobre la base de una enseñanza integradora, de libertad ideológica y de cátedra, y en la que Élisée Reclus trabajaría y daría gran presencia a la ciencia de la Tierra. Creó el Instituto de Geografía para la enseñanza y el estudio de la disciplina, publicando, reeditando y traduciendo trabajos de investigación; organizó una biblioteca con

⁴⁰ Élisée Reclus, *Evolución y Revolución*, Valencia, Francisco Sampere y Cía., s/a.

⁴¹ María Teresa Vicente Mosquete, *Eliseo Reclus, op. cit.*; Max Nettlau, *Eliseo Reclus. op. cit.*; José Luis Oyón y Marta Serra. “Las casas de Reclus: hacia la fusión naturaleza-ciudad, 1830-1871”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1 de diciembre de 2012, vol. XVI, núm. 421. Recuperado el 25 de enero de 2016 en <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-421.htm>

más de 9000 volúmenes, 7000 mapas y 15000 grabados y dibujos, y se registró la Empresa Sociedad Anónima de Estudios y Ediciones Geográficas Élisée Reclus, para hacer labor cartográfica, divulgación científica y dar empleo a los estudiantes de geografía, misma que acabó en un fracaso financiero.⁴²

La relación laboral con la editorial Hachette terminó cuando ésta intentó de nuevo restringir los contenidos del último volumen de la *Nueva Geografía*, que Reclus quería destinar a una reflexión general sobre las relaciones del hombre con la naturaleza a lo largo de la historia, y en el que se justificarían los numerosos volúmenes anteriores de la geografía descriptiva de todas las regiones del planeta. Le escribió a Nadar, su amigo desde los tiempos del sitio de París y la Comuna: “[...] Hachette ha rechazado mi obra porque los miembros del ejército, de la magistratura, del clero le negarían el concurso de sus compras”.⁴³ Así, lo que había de ser un solo tomo de conclusión se convirtió en *El Hombre y la Tierra*, su obra magna de geografía social, de geografía histórica sobre la evolución de las sociedades en interacción con la naturaleza, de teoría social y filosofía anarquista, con la propuesta de compromiso del saber geográfico científico con la causa de la libertad del individuo y la justicia colectiva. Fueron seis volúmenes que quedaron terminados en la primavera de 1904, y que vieron la luz en París entre 1905 y 1908, publicados por la editorial la *Librairie Universelle*. Max Nettlau la llamó en 1928 “la mejor flor de la literatura anarquista hasta el presente y uno de los más bellos frutos de la ciencia”.⁴⁴

Casi al mismo tiempo de su aparición en Francia, la obra fue traducida por Anselmo Lorenzo, y publicada por iniciativa del pedagogo anarquista catalán Francisco Ferrer Guardia para que sirviera de libro de texto en su Escuela

⁴² Hem Day, *Élisée Reclus en Belgique. Sa vie, son activité 1894-1905*, Paris-Bruxelles, Pensée et Action, 1956; Max Nettlau, *Eliseo Reclus*, op. cit.; María Teresa Vicente, “Eliseo Reclus y su labor geográfica en la Universidad Nueva de Bruselas”, op. cit., y “Geografía y ciencia en la Universidad Nueva de Bruselas, 1894-1919”, en Martín Pérez-Bustamante de Monasterio et al. (coords.), *Actas del IX Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Cádiz, 27, 28, 29 y 30 de septiembre de 2005, Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, 2006. pp. 937-957.

⁴³ Citado en Max Nettlau, *Eliseo Reclus*, op. cit., vol. 2, p. 263.

⁴⁴ Max Nettlau, *Eliseo Reclus*, op. cit., vol. 2, p. 271.

Moderna.⁴⁵ Decía Ferrer: “Puestos ya a dar consejos, daremos uno a los jóvenes y hombres, seguros de que nos lo han de agradecer: que lean *El Hombre y la Tierra*, de Eliseo Reclus, que lo tengan en su biblioteca y no se cansen de leerlo, de estudiarlo y de repasarlo”.⁴⁶

Élisée Reclus murió de una insuficiencia cardíaca el 4 de julio de 1905, interesado por los acontecimientos revolucionarios en Rusia, preocupado por la masacre de obreros frente al palacio de invierno en enero de ese año y, unos días antes de su deceso, todavía pendiente del motín de los marineros del acorazado Potemkin en aguas del mar Negro. Su prestigio científico era grande, como grande también lo era el respeto que se le tenía en los medios universitarios. El público instruido lo conocía bien, sobre todo por la amplia distribución de su *Nueva Geografía* y sus grandes tirajes; y en el mundo del anarquismo, no solo se le respetaba por sus trabajos teóricos y su ejemplo de vida congruente con sus principios, sino que, además, *El Hombre y la Tierra* se convertiría en una de las obras de mayor influencia para la educación de inspiración libertaria, especialmente en España con su traducción castellana, y donde el movimiento anarquista alcanzó una de sus máximas presencias durante las primeras décadas del siglo XX y hasta el final de la Guerra Civil.

Pero los importantes aportes teóricos y conceptuales de Reclus quedaron relegados de la geografía oficial francesa. No convenía una geografía que se interesaba por las relaciones del espacio geográfico y el entorno social, por las disputas del poder político sobre los territorios. Fue la geografía regional, una “geografía de los lugares” que contribuía a reafirmar la identidad y los valores nacionales de Francia, la que encontró el ambiente político favorable para volverse hegemónica y condenar al ostracismo por mucho tiempo a la geografía militante del anarquista. Incluso por un accidente fortuito y terrible, la biblioteca y la colección de mapas del Instituto de Geografía que Reclus había creado en el seno de la Universidad Nueva de Bruselas se perdieron cuando, después de que ésta se reintegrara a la Universidad Libre en 1919, los materiales fueron vendidos al geólogo japonés Ishimoto Keikichi. Al llegar a Tokio

⁴⁵ Élisée Reclus, *El Hombre y la Tierra*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1906.

⁴⁶ Francisco Ferrer Guardia, “Principios de moral científica”, en *Principios de moral científica y otros textos*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2016, p. 93.

en 1923, donde se tenía pensado organizar un “Instituto Geográfico Élisée Reclus”, un terremoto provocó el incendio del puerto donde ardieron los tesoros geográficos, antes siquiera de salir de sus embalajes.⁴⁷

Fue hasta los años 1960 y 1970 cuando la relectura crítica de los postulados del empirismo positivista, el abuso de los modelos cuantitativos y la crisis del sistema de dominación colonial cuestionaron las bondades del desarrollo científico, del progreso económico y del “conservadurismo académico”. En el panorama de nuevas posturas que abogaban por una ciencia crítica, comprometida con los problemas de desigualdad, de deterioro ambiental y de disparidades territoriales, el pensamiento de Élisée Reclus volvió a la palestra de la disciplina geográfica. La revaloración de la importancia del carácter estratégico de las estructuras espaciales, la reivindicación de los estudios geopolíticos y el reconocimiento del papel fundamental del individuo y no únicamente de la sociedad en relación con la naturaleza y la producción del espacio, han ido devolviendo a la figura de Reclus su lugar principal en la historia de la geografía contemporánea. La incansable labor científica, la militancia libertaria honesta y congruente hasta el final, la inspiración poética para describir y explicar los fenómenos del espacio terrestre, hacen del “sabio justo y rebelde” como lo llamara Max Nettlau, del comunero represaliado que fue Élisée Reclus, una referencia obligada e inspiradora para la construcción de un mundo justo, fraterno y armónico entre el Hombre y la Tierra.

⁴⁷ María Teresa Vicente Mosquete, *Eliseo Reclus. La geografía de un anarquista*, Barcelona, Los libros de la frontera, 1983 y, de la misma autora, “Eliseo Reclus y su labor geográfica en la Universidad Nueva de Bruselas”, en Vincent Berdoulay y Héctor Mendoza Vargas (eds.), *Unidad y diversidad del pensamiento geográfico en el mundo. Retos y perspectivas*, México, Instituto de Geografía-UNAM/INEGI, 2003. pp. 249-270.

Recepción

Noticias trasatlánticas. La Comuna de París en México

MIGUEL ORDUÑA CARSON*

“Yo confieso, como la generalidad,
mi ignorancia sobre la Constitución
y programa de la comuna”.¹

José P. Mateos
25 de octubre de 1871

LAS PRIMERAS NOTICIAS SOBRE LA COMUNA EN MÉXICO

El 11 de abril de 1871, los periódicos en México publicaron las noticias extranjeras que habían llegado desde La Habana:

La bandera roja ondeaba en los edificios de París. [...] Se dice que los alemanes ocuparán París. Muchas prisiones y se habla de guillotina. Cien mil insurrectos salieron de París rumbo a Versalles; fueron atacados en el camino y derrotados con pérdidas. El ejército de Versalles rodea París. Orden en el resto de Francia. Napoleón visitó a la familia real de Inglaterra en el palacio de Windsor. El ministro alemán de México desempeñará igual cargo en Washington. Falleció la reina de Suecia.²

* Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ José P. Mateos, “La comuna” en *El Monitor Republicano*, 25 de octubre de 1871, p. 1.

² “Llegada del paquete francés”, en *La Voz de México*, 11 de abril de 1871, p. 3.

Con el estilo propio de la comunicación telegráfica, los lectores del periódico pudieron enterarse de los acontecimientos más importantes acaecidos en Europa, los cuales iban desde la bandera roja ondeando en París hasta la muerte de la reina de Suecia. La información publicada en los periódicos era la misma. Alguno, sin embargo, aderezó: “La situación de Francia sigue inspirando temores”, sólo para repetir el mismo orden de noticias con las mismas palabras.³ El “paquete europeo”, como se le conocía al conjunto de noticias llegadas de aquel continente, daba cuenta de lo ocurrido en París, mostraba el triunfo político de la Comuna y exhibía la inquietud general que dicho triunfo generaba en Europa. Las noticias llegaron a México por barco desde La Habana, pero habían sido transmitidas unos días antes por medio del telégrafo intercontinental y, desde el puerto de Veracruz, por el mismo medio telegráfico llegaron a la Ciudad de México, donde se imprimieron en la prensa de la capital. Junto con la parca noticia del avance del 3 de abril de los comuneros rumbo a Versalles, la información proveniente de Europa incluía referencias tan desconcertantes y anodinas para el contexto de México como la muerte, acaecida el 30 de marzo, de la reina Luisa de los Países Bajos, consorte de Carlos XV, el integrante de la familia real Bernadotte de los Reinos Unidos de Suecia y Noruega.

EL CONTEXTO TECNOLÓGICO

Si llama la atención la selección de notas incluidas para informar a los lectores de periódicos en México, es necesario alertar lo novedoso del sistema de transmisión para hacer que las noticias llegasen a ser impresas en los periódicos de la capital. La información había sido remitida desde Veracruz y por medio del telégrafo el 9 de abril después de que, a las nueve de la mañana fondeara en Veracruz “el vapor americano” (un día antes de que *El Siglo Diez y Nueve* diera a conocer las noticias y dos días antes de lo hicieran *La Voz de México* y en *El Monitor Republicano* —para quienes el domingo era día de

³ “Paquete francés”, en *El Monitor Republicano*, 11 de abril de 1871, p. 2.

descanso y, en consecuencia, no editaban periódicos los lunes).⁴ A su vez, y antes de arribar a Veracruz, la información había sido recibida en La Habana el 5 de abril, en lo que se llamaba “el paquete francés” que, de hecho, era información sobre Francia que la agencia Reuters había enviado por medio de la red telegráfica submarina que, apenas cinco años antes, había conectado a Inglaterra con Estados Unidos.⁵

De este modo, con una sorprendente celeridad, los lectores de la prensa se enteraban apenas una semana después de los acontecimientos ocurridos el 3 de abril. La nueva trayectoria informativa era fundamentalmente telegráfica y llevaba de Francia a Inglaterra, de Inglaterra a Estados Unidos, de ahí en viaje por mar a Florida, pues el tendido teleográfico todavía no llegaba al sur de Estados Unidos y faltaban algunos años todavía para establecer el tendido que conectara Texas con Tamaulipas y de ahí a la Ciudad de México. Quizá el viaje fue desde Nueva York directamente a La Habana (aunque a finales de la década de los 60 ya se había tendido una red submarina de telégrafo entre Florida y Cuba). En todo caso, de La Habana a Veracruz el viaje de las noticias fue por mar y duró cinco días, pasando brevemente por el puerto de Sisal, en Yucatán. Y de ahí, como nos informa los periódicos, a través del tendido teleográfico, a la Ciudad de México, en específico a los bajos de la antigua casa de moneda, donde se encontraba la oficina del telégrafo de Veracruz.⁶ De este modo, a unos metros de Palacio Nacional, arribaban las noticias europeas sobre la Comuna que los editores de los periódicos imprimieron para que los lectores pudieran enterarse de los acontecimientos recientes de Europa.

Los avances de la red telegráfica a nivel mundial, junto con la multiplicación del transporte de vapor, tanto de barcos como de ferrocarriles, generó la idea de un mundo más estrechamente interconectado. Quizá la expresión más

⁴ “Llegada del paquete americano. Por telégrafo. Línea de Veracruz” en *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de abril de 1871, p. 3.

⁵ “En 1866 un cable Unión por fin las dos costas del Atlántico conectando directamente la red europea con los puertos norteamericanos” Lila Caimari “Noticias del mundo. Los diarios de Buenos Aires en la era del cable submarino (1866 - 1900)” en *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, núm. 4, (2011), pp. 607- 640.

⁶ Juan E. Pérez, *Almanaque estadístico de las oficinas y guía de forasteros de 1871*, México, Imprenta del gobierno, 1871, p. 149.

acabada de esta experiencia de velocidad se manifieste en el texto de Julio Verne, *La vuelta al mundo en 80 días*, que fue editada por entregas en 1872, apenas un año después de la Comuna.⁷ La información llegaba de inmediato (claro, dentro de lo que cabe para las expectativas de la época) pero, como el telégrafo apenas iniciaba apenas el tendido de su red mundial y tenía gran cantidad de nodos que no estaban interconectados, sobre todo en la periferia y entre la periferia y los centros político-económicos, requería todavía esperar cerca de una semana para el arribo del siguiente paquete informativo que llegaba a México por barco, ya sea a Tampico o a Veracruz.

Si en México se esperaba la llegada de los paquetes americanos y europeos, estos mismos paquetes eran la oportunidad de exportar la información de lo ocurrido en México. Por ejemplo, el presidente de México, Benito Juárez, murió poco después de enterarse con gusto que se había retrasado un día la salida del “paquete americano”, lo que permitía llevar al extranjero las noticias sobre la derrota en Monterrey infligida a las fuerzas que, en favor de Porfirio Díaz, se habían sublevado contra su gobierno.⁸

Durante todo el siglo XIX, al menos, los paquetes informativos que se transportaban por barco contenían las breves notas, la correspondencia y los periódicos editados en diversos lugares del mundo, lo que permitía conocer los acontecimientos de otros lados del mundo. Por medio de la publicación de misivas personales y de notas provenientes de los periódicos extranjeros, la prensa mexicana —que, como buena parte de la prensa de la época, se dedicaba más bien a editorializar la actualidad y, abiertamente, a defender sus posiciones políticas— podía dar cuenta de un panorama de lo ocurrido principalmente en Europa, desde una lógica eurocéntrica, aunque también en Estados Unidos y en otros países de América Latina en los que se centraba la atención de México y de la agenda internacional. Vale advertir que faltaban unos años para que se produjeran los amplios reportajes que caracterizarían al periodista moderno y al trabajo de los corresponsales más o menos

⁷ La referencia proviene de Jay Sexton, “Steam Transport, Sovereignty, and Empire in North America, circa 1850–1885” en *Journal of the Civil War Era*, vol. 7, núm. 4, diciembre, 2017, p. 622.

⁸ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. La república restaurada. Vida Política*, México, Hermes, 1955, p. 78.

fijos que se dedicaban a explicar las circunstancias particulares en que ocurrían los hechos y, en última instancia, ayudaban a que un amplio público pudiera hacerse una idea más precisa de lo acaecido en el extranjero. Este lugar lo ocupaban las crónicas de viaje que hicieron las delicias de los lectores decimonónicos y de las que se alimentó Julio Verne para escribir la novela de aventuras citada con anterioridad: *La vuelta al mundo en 80 días*. En todo caso, está claro que la experiencia noticiosa del último tercio del siglo XIX, con la inmediatez y parquedad del telégrafo y la detenida acumulación de hechos narrados por otros tantos periódicos y reproducidos en la prensa local, no terminaban de formar una imagen que diera justicia a lo ocurrido en otros lares. No obstante, daba certeras pistas y abría un compás dirigido a definir la interpretación.

La modernización de las comunicaciones suele tener como principio la idea de una mayor cercanía, aunque se suele privilegiar lo inmediato por encima de la comprensión y la compenetración. Como suele ocurrir, además, la cercanía se percibe con mayor facilidad cuando hay un lenguaje común e intereses compartidos. Con ese principio, la inmediatez se presenta como una necesidad en las comunicaciones a larga distancia, de suma importancia para, por ejemplo, afinar las posibilidades de la ganancia en el intercambio de productos a nivel mundial, como ocurría en las bolsas de valores de Londres y Nueva York gracias al establecimiento del telégrafo atlántico.⁹ En el caso de la información proveniente de Europa, en México se había seguido con cierto interés la guerra franco-prusiana y los acontecimientos que se sucedieron en París después la capitulación del segundo imperio francés ante las fuerzas de Bismark. Sin embargo, las publicaciones periódicas no participaron de una competencia por dar a conocer, antes que otros, lo ocurrido, lo cual representa uno de los signos visibles de una prensa moderna, típica del siglo XX.¹⁰

⁹ Christopher Hoag, "The Atlantic Telegraph Cable and Capital Market Information Flows", en *The Journal of Economic History*, vol. 66, núm. 2, junio, 2006, pp. 342-353.

¹⁰ Sergio Pastormerlo, "Sobre la primera modernización de los diarios en Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)", en Verónica Delgado y Geraldine Rogers (eds.), *Tiempos de papel: publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX y XX)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2016, pp. 13-53.

En un contexto político caldeado, los lectores de la prensa periódica en México estaban todavía lejos de aceptar y promover una prensa informativa en lugar de los periódicos de combate. Por el contrario, en el marco de lo que Elías José Palti ha llamado “el modelo estratégico de la sociedad civil”, se multiplicaron las publicaciones periódicas que buscaban representar a diversos sectores sociales en el marco de la flamante y definitoria hegemonía liberal de finales del siglo XIX.¹¹ Después de la derrota al ejército invasor francés y de las fuerzas conservadoras sobre las que se montó el emperador Maximiliano de Habsburgo, las grandes figuras triunfantes del liberalismo buscaron descollar y pugnaban por imponerse como referente de la política nacional. De modo que, en 1871, en pleno contexto electoral, surgieron distintos periódicos que pugnaron entre sí y que se abocaron en la promoción de uno u otro de los candidatos presidenciales: Benito Juárez —quien buscaba la reelección—, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz.

De este modo, las características de lo que se llama prensa moderna no aparecen todavía en la prensa mexicana de la época. Los periódicos son más facciosos que informativos, se avocan más a editorializar que a ganar la nota: su voluntad comunicativa es abiertamente política y no pretende la condición aséptica de la prensa positivista. No se trata de mostrar de los hechos “tal como son”, sino de interpretarlos. No se pretende dar cuenta de la verdad desde los procedimientos y metodologías que se pretenden objetivos. Por el contrario: parece afirmarse que la verdad es resultado de la búsqueda de justicia, producto de una correcta toma de postura y del justo posicionamiento frente a los acontecimientos.

Más allá del contexto nacional mexicano, los avances tecnológicos —el advenimiento del telégrafo y, posteriormente, con la inserción de la linotipia en la edición de periódicos— empujaban ya una tendencia en los medios de comunicación impresos que los llevará a priorizar la información y no la interpretación, a generar reportes y no explicaciones de lo acaecido. Con la reducción de los tiempos de imprenta y el nacimiento de la figura del reportero,

¹¹ Elías José Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

la nota se convierte en el objetivo principal de la prensa periódica. La descripción de lo que ocurre, y de preferencia si se puede describir en términos de violencia o tragedia, si lleva a las lágrimas o al miedo, si se encuentra salpicado de sangre, se establecerá como el elemento constitutivo de una prensa que se pretende despolitizada y que se presenta como no partidaria, esto es, objetiva e imparcial.

Con la red telegráfica y la de transportes de vapor, se advierte una actitud que se compromete con la velocidad y una sensibilidad que hace creer que las distancias son menores, que no hace falta esperar (tanto) para conocer de acontecimientos que ocurren a gran distancia.¹² Las experiencias del espacio se modificaban y el ánimo se compromete con las inmensas expectativas de la modernidad. El telégrafo ayuda a definir una época en que el mundo se sorprende estrechamente vinculado. En el siglo XIX, con sus particulares dimensiones y su específica medición del tiempo, advertimos esa experiencia moderna que todavía hoy nos emociona y que consiste en imaginar, gracias a la velocidad de la información, que los espacios no nos limitan.

Como parte de esta tendencia internacional, para 1871 ya vemos el despliegue de una nueva institución informativa se encargará de monopolizar la información: la agencia noticiosa. En la segunda mitad del siglo XIX, se fundaron cuatro grandes agencias que organizarán y extenderán las notas sobre los acontecimientos mundiales; agencias que están vinculadas a específicos Estados-nación: Havas, de Francia; Reuters, de Gran Bretaña; Wolff, de Alemania; Associated Press, de Estados Unidos.¹³

¹² “El periodo comprendido entre 1860 y 1930 enmarcó la construcción de un ‘sistema mundial de medios’ que, junto con el desarrollo del ferrocarril y los barcos a vapor, permitió sortear los obstáculos geográficos y organizar una red transnacional de negocios estatales y privados cuyos principales clientes fueron los propios Estados, las empresas privadas y la prensa periódica”. Emiliano Gastón Sánchez, “Telegrafía, comunicaciones y prensa periódica en Argentina y México”, en *Dossier. Telegrafía comunicaciones y prensa periódica en Argentina y México*. Programa Interuniversitario de Historia Política, 2015. <https://historiapolitica.com/dossiers/comunicaciones-argentina-y-mexico/>

¹³ Lila Caimari, “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y exploración informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, en *Investigaciones y ensayos*, núm. 68. Segundo semestre 2019, pp. 23-53.

Información es poder y estas agencias generarán boletines que, por medio del telégrafo, se distribuirán al mundo entero y se reproducirán en los periódicos. Como dijimos, los lectores de *El Siglo Diez y Nueve*, el 10 de marzo, y los de *La Voz de México*, el 11, se informaron de los acontecimientos ocurridos en Europa gracias a estas agencias noticiosas, y las notas que trajo consigo el paquete europeo también eran producto de su intervención y de aquello que las agencias consideraban los acontecimientos más importantes; por ejemplo, de la muerte de la reina de Suecia.

La inmediatez de las noticias abrirá una nueva etapa en la prensa, creando periódicos informativos donde los reporteros tendrían mayor presencia que los editorialistas y donde las agencias, y no los periódicos ni las cartas provenientes de otros países, se convertirían en el principal vínculo con el exterior.

CONTEXTO IDEOLÓGICO DE LAS NOTICIAS DE LA COMUNA

Estamos en 1871 y los cambios que trae consigo el telégrafo y las agencias noticiosas apenas comienzan a advertirse, pero ya son una forma básica de comunicación, de modo que las noticias sobre los acontecimientos en París, aunque no muy extensas, llegan expeditas a México con esa redacción típicamente telegráfica: “Cien mil insurgentes salieron de París rumbo a Versalles; fueron atacados en el camino y derrotados con pérdidas. Se dice que los alemanes ocuparán París”. Se refiere a los acontecimientos del 3 de junio y no otorga contexto alguno. ¿Quiénes conforman y qué es la insurgencia? ¿Quién los atacó? ¿Qué significa que Alemania ocupe París? ¿Cuáles son los antecedentes y, más importante, cuáles las consecuencias de esta ocupación? Si bien en las pasadas ediciones del periódico se había dado noticia de que París estaba sitiada y de que la población resistía al hambre, la nota que se publica el 11 de junio no está vinculada a las notas que se publicaron en días anteriores. Los periódicos no se molestan por dar continuidad a las notas publicadas previamente; se asume que lo publicado con anterioridad se mantiene, con independencia del tiempo transcurrido, como un ineluctable referente de los lectores.

La información que se publica en los periódicos, y que proviene de las notas telegráficas, es intervenida por los editores para que las oraciones sean

más atractivas y digeribles para el público. Se agregan adjetivos y se aderezan narrativas, pero se mantiene en general el tono proveniente del cable, esto es, la descripción parca de los acontecimientos. Así ocurre en la primera nota que el periódico *La Voz de México* publicó sobre la Comuna, la cual estaba fechada en Londres —por lo que se puede afirmar que es de la agencia Reuters— el 20 de marzo:

Ha resultado ineficaz la tentativa hecha para dispersar a los insurrectos de las alturas de Montmartre en París por haber rendido las armas las tropas del Gobierno y rehusado a hacer fuego sobre el pueblo. Los generales Lecomte y Thomas, prisioneros, han sido juzgados y pasados por las armas del populacho. [...] La ciudad, hallase en realidad en poder de los insurrectos que ahora tienen su cuartel en el Hotel de Ville.¹⁴

Y concluye con una redacción todavía más telegráfica, pues el espacio de la columna se estaba acabando: “Se han se levantado barricadas en muchas calles. La embriaguez abunda: saqueo ninguno. Personas notables abandonan la ciudad. El Gobierno está en Versalles”.

En estas notas, los personajes de la confrontación están claros desde el principio: los insurrectos y el gobierno, el populacho y los notables; así también una geografía del poder: el Hotel de Ville, donde se refugian los insurrectos, y Versalles, donde se refugia el gobierno. Aparecen sin embargo sujetos desconcertantes: un “populacho” que juzga y fusila. Y se deja constancia de una aparente contradicción: la embriaguez que abunda, pero no hay saqueo.

Las noticias políticas y las notas militares se aderezan de imágenes que no forman parte del conjunto que esperaríamos como información. De este modo nos enteramos de que la Comuna se conforma de insurrectos, pero también de un populacho embriagado (¿o debemos de entender que son lo mismo?).

En medio de las notas de 1871, aparecen imágenes que no informan sobre lo ocurrido, sino que configuran referencias que ayudan a completar la imagen de lo que se entiende o de lo que debe entenderse por la Comuna: “se habla —decía la nota— de prisiones y guillotina”. El tono aséptico y distante del

¹⁴ *La Voz de México*, 31 de marzo de 1871, p. 4.

cable deja muchas dudas. ¿Quién habla de ello? ¿Prisiones y guillotina para quién? ¿Qué se quiere informar cuando “se habla” de prisiones y guillotina? No importa, no hace falta aclararlo. La imagen es más fuerte que la información y remite, indudablemente, a la Revolución Francesa, a la ejecución del Rey y la aristocracia; en resumidas cuentas: a la violencia revolucionaria.¹⁵

La información se recarga con imágenes que encaminan la interpretación y conducen a conclusiones que se tenían desde un principio: esto es, reafirman los prejuicios que permiten dar sentido a las posiciones políticas. Y aquí se presenta una de las abiertas contradicciones del periodismo pretendidamente objetivo y de la idea de una comunicación positivista, que muestra las cosas tal como ocurrieron, sin sesgos políticos y de manera imparcial.

Las noticias tienen que ser siempre interpretadas, la información sólo toma sentido cuando se inserta en modelos de explicación más amplios. Estos modelos de explicación, a los que podemos, y debemos, llamar ideologías, nos sirven para aprehender lo ocurrido y otorgar a los sucesos un sentido que vaya acorde con las creencias y expectativas dominantes. De este modo, al incorporarlos a un sistema de referencias conocido, normalizan los acontecimientos, imponen a la irrupción de lo novedoso un contenido esperado, muestran como una evidente obviedad —como intrascendente y sin importancia— todo aquello que amenace con desestabilizar el universo de referencias hegemónicos. La novedad se inserta en explicaciones que le son ajenas y las noticias encuentran su significado al vincularlas con acontecimientos conocidos.

Se oblitera el reto de comprender lo que se nos presenta como irreconocible y sometemos la intrusión de lo desconocido al modelo de filias y fobias que reafirman la integración de mi comunidad. La Comuna fue interpretada a la luz de lo ocurrido casi un siglo atrás, 1871 es 1793, es la Revolución Francesa y, en específico, el periodo que se conoce como el Terror (otra de las re-

¹⁵ Esta insistencia también la encontramos, por ejemplo, en la prensa canadiense de la época, la cual se alimentaba de los mismos cables de las agencias noticiosas. Véase, al respecto, el trabajo de Alban Bargain-Villéger, “The Scarecrow on the Other Side of the Pond: The Paris Commune of 1871 in the Canadian Press”, en *Labour/Le Travail*, vol. 74 (otoño, 2014), pp. 179-198. En su estudio, Bargain-Villégers revisa la cobertura de La Comuna en 21 periódicos canadienses y se encuentra que cerca del 90 por ciento de las notas provienen de despachos informativos transmitidos por el telégrafo.

ferencias normalizadas que lleva al rechazo, que desempeña el papel de una advertencia, una posibilidad de los acontecimientos que es necesario evitar). Los acontecimientos de París, que las flamantes agencias noticiosas registraban en los telégrafos del mundo, fueron explicados gracias a referencias comprensibles para el público lector, por lo que las imágenes de la embriaguez y la guillotina se convertían en signos que ayudaban a descifrar lo ocurrido y, de paso, a reafirmar las fobias ante la irrupción popular.

LAS INTERPRETACIONES SOBRE LA COMUNA

La información inmediata que proporcionaban las agencias de noticias y los telégrafos no era suficiente (de hecho, las noticias no son suficientes para comprender lo ocurrido) y los periódicos, muy destacadamente aquellos vinculados a posiciones conservadoras y a la Iglesia católica, escribieron artículos donde se reafirmaba la importancia de la Comuna. Estos artículos, junto con las referencias del pasado, como la guillotina, daban cuenta de nuevas referencias que se convertirían en símbolos de futuras fobias.

En agosto de 1871, por ejemplo, *La Voz de México* explicaba que la Comuna tenía un vínculo estrecho con la Asociación Internacional del Trabajo (AIT), conocida también como la Internacional. La exposición es sencilla: se trata de caracterizar una para mostrar a la otra.

La comuna, niña que acaba de nacer, en el primero de sus infantiles juegos, ha incendiado las dos terceras partes de París y ha asesinado todo lo que París encerraba de talento, de ilustración y de fe. Su reinado de pocos días ha borrado la memoria del terrorismo de 93. ¡Sangre, ruina y desolación! [...] Esto hace niña; estos son sus juegos infantiles. ¿Qué hará cuando se torne mujer? ¿Cuáles serán sus obras cuando se entregue a ocupaciones más serias? Esto hace la Comuna, ¿qué hará la Internacional?¹⁶

¹⁶ “La Comuna y la Internacional”, en *La Voz de México*, 3 de agosto de 1871.

Para advertir sobre el peligro de la AIT, se mostraba a la Comuna como un infante irresponsable, como un peligroso personaje femenino. (Hay que dejar constancia, aunque ahora no lo podamos desarrollar ahora, que la feminización del personaje no es casual y está vinculado, tanto a las llamadas petroleras, como a las características decimonónicas que se impusieron a la feminidad, entre las que están el desbocado ímpetu para emprender acciones y la irracionalidad.)

Explicar a la Comuna basándose en el movimiento revolucionario de 1793 fue una constante en los análisis periodísticos de lo ocurrido en París, y con frecuencia asociaban ambos movimientos con la destrucción: eran una afrenta civilizatoria. “Una gran parte del pueblo de Paris huye aterrado de la ciudad ante el espectáculo horrible de la guillotina. Una licencia desenfadada y vandálica se ha apoderado de los demagogos, que nada respetan. No hay seguridad personal”.¹⁷ Los comuneros, como tantos otros manifestantes e integrantes de revueltas populares, fueron caracterizados como salvajes y, en consecuencia, debían ser vistos como una abierta amenaza al orden civilizado.¹⁸

Los periódicos mexicanos de 1871 se apresuraban a deshumanizar a los comuneros; al tildarlos de fieras, se les caracterizaba como sujetos salvajes movidos por las más ocultas pasiones. *La Iberia*, otro periódico mexicano de esos años, reiteraba que “los horrores cometidos sobrepujan a los del 93 y son propios de verdaderos salvajes”.¹⁹ La Comuna fue percibida como una amenaza al catolicismo pues, como lo hiciera la revuelta del 93, sometía a la moral religiosa. Bajo esta perspectiva se insistía que la Comuna era una afrenta porque abandonaba los principios religiosos como único fundamento de las acciones de los sujetos. *La voz de México* lo expuso así:

¹⁷ *La Voz de México*, 15 de abril de 1871, p. 3.

¹⁸ Vale señalar que esta interpretación que enfatizaba los “horrores” de la experiencia comunera, no era exclusiva de la prensa mexicana. Téngase en cuenta, para el caso, el minucioso estudio que sobre la recepción de la Comuna en la prensa española realizó Álvarez Junco, con motivo del primer centenario de la Comuna parisina. Véase el capítulo I de José Álvarez Junco, *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1971.

¹⁹ “Crónica extranjera”, en *La Iberia*, 9 de agosto de 1871, p. 2.

Nosotros hemos dicho una y mil veces que cuando la moral no existe, cuando el sentimiento religioso se extingue, cuando la corrupción se apodera de las sociedades, el hombre deja de ser hombre para convertirse en fiera [...]. Exáminese si no la historia de París.²⁰

La Comuna fue, es cierto, una más de las tantas afrentas que la modernidad ha hecho al orden moral del catolicismo, que ya para 1871 llevaba un rato tambaleándose, pero también representó una amenaza al orden político, al orden que exigía la obediencia de los ciudadanos. La Comuna no era sólo otra forma de organización política opuesto al republicanismo que, desde Versalles, conformará lo que se conoce como la tercera república francesa. Tampoco era sólo un reclamo socialdemócrata que había sido incomprendido en la época. El escritor y político liberal Manuel Payno, coincidiendo con las interpretaciones conservadoras, explicaba así el peligro de la Comuna: “La Comuna no adoptó ni la República central ni la federativa, ninguna otra forma regular y duradera, sino la dictadura demagógica, la más brutal, la más bárbara, la más inútil de todas las dictaduras, porque tiene dentro de sí misma la anarquía y la debilidad”.²¹ Lo que Payno llamó la demagogia no es más que la súbita incursión de sectores que no estaban incluidos en las negociaciones de la clase política, esto es, la irrupción del pueblo y la insistencia de que éste fuera la única referencia para la acción política. La demagogia a la que se refiere Payno es lo que hoy llaman populismo.²²

En consonancia con la descalificación que refería a los excesos políticos de la Comuna, *La Voz de México* expuso:

Los sucesos de Francia son la barbarie de la libertad y la democracia; se pretende fundar la libertad y la fraternidad universales ahí donde se da la señal de

²⁰ Gastón García Cantú, *Idea de México II. El socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes 1991, p. 89.

²¹ Manuel Payno, “La Comuna”, en *El Federal*, 8 de agosto 1871, p. 1.

²² Al respecto, resulta inevitable incluir la referencia de Ernesto Laclau, *La razón populista*. Traducción de Soledad Laclau, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

la desolación y el exterminio, estableciéndose el más feroz de los despotismos: el demagógico.²³

En este comentario se insiste en la barbarie de la Comuna, pero ahora no está asociada a la destrucción sino a los ideales políticos. En ese sentido, no es una barbarie previa a la civilización, sino que es la voluntad de reafirmar a la civilización y sus valores (la libertad y la fraternidad) sobre bases equivocadas, lo que lleva inevitablemente, según se afirma, a la demagogia: “la barbarie de la democracia”.²⁴ No se trata de oponer la barbarie a la civilización, sino de definir el sentido correcto de la civilización. La barbarie no es externa a la civilización. Por el contrario, es una de sus posibilidades. Al señalar que puede haber distintas interpretaciones de la libertad, este argumento plantea una interesante tensión que dará lugar a la confrontación estratégica de los conceptos. En última instancia, se abre la posibilidad de pugnar por el sentido de la civilización. Sin embargo, en un discurso enfurecido, *La Voz de México* insta a una solución contundente: es necesario restaurar el orden, es urgente e indispensable poner un freno a la Comuna, para lo cual se pide la intervención militar de Prusia: alguien tiene que hacer algo. No deja de ser interesante que, apenas cuatro años después de concluida la invasión francesa en México, un periódico mexicano pidiera la intervención extranjera. Contener la irrupción de lo desconocido se presenta como una urgencia. No basta con someter o contener los significados: es indispensable desaparecer el mensaje.

A una gran distancia geográfica, pero en muy cercanos términos ideológicos, *La Voz de México* pedía lo que unos días después ocurriría en París. Era el 12 de

²³ *La Voz de México*, 12 de mayo de 1871, p. 2.

²⁴ No deja de ser llamativo que apenas un mes antes se había presentado en México la iniciativa —que no terminó de aprobarse— para establecer el voto directo en las elecciones presidenciales. Los argumentos presentados por la Secretaría de Gobernación a nombre del Presidente de la República regresan a la idea de los excesos de la democracia: “Si la elección indirecta pudo ser hace algunos años una garantía para salvar el pueblo de alucinaciones peligrosas en los actos electorales [...] Hoy el transcurso del tiempo ha traído al pueblo mayor suma de ilustración que antes, hoy que los inmensos sacrificios que el mismo pueblo ha hecho para defender la independencia nacional y su propia libertad lo acostumbrado a tomar parte activa en los negocios públicos”. “Parte oficial. Iniciativa sobre elección directa del presidente” en *El Monitor Republicano*, 11 de abril de 1871, pp. 1-2.

mayo, apenas unos días antes de que se iniciara lo que la historia ha llamado la semana sangrienta, caracterizada por una violenta represión de los comuneros y por la sistemática masacre de la revuelta. El ciclo de los acontecimientos históricos disruptivos sólo puede cerrarse cuando se normaliza lo ocurrido, cuando se reafirma el orden y cuando se reiteran las referencias conocidas.

Unos meses después de que el ejército de Thiers sofocara la rebelión comunera, *La Voz de México* explicaba que la Comuna (reciente y ejemplarmente ahogada en sangre) todavía representaba un peligro para México:

los absurdos, iniquidades, tiranías y crímenes de la demagogia socialista que reinó en la municipalidad de París [...] han causado aversión y terror en todas las almas generosas y pródigas, en todos los corazones de nobles sentimientos. Pero han hallado también simpatías en algunos mexicanos, precisamente por lo que todo ello tiene de irreligioso y atentatorio.²⁵

Era un peligro por el ejemplo presentado a “ciertos espíritus mediocres en su inteligencia y desmedidos en su altivez y presunción; propenden a subyugar a los demás, imponiéndoles como ley lo que piensan y lo que quieren”. Y explicaba el programa socialista: “Destruyamos todo lo existente, han dicho los novadores en su furiosa y fúnebre monomanía: hagamos de nuevo las sociedades: no están bien como han sido hasta ahora”.²⁶ Regresaremos posteriormente al programa descubierto por este periódico católico mexicano. Por el momento continuemos con la exaltada advertencia de Miguel Márquez publicada también en *La Voz de México*:

Si no se han aceptado por entero los programas satánicos de la Internacional y de la Comuna, al menos es cierto que algunos han acogido lo sustancial de esos programas, la idea característica del socialismo: esto es la reforma radical de la sociedad, [separando] al hombre de Dios, a la moral de la religión, a la propiedad de la moral, a la ley humana de la divina.²⁷

²⁵ Miguel Márquez, “¡Atended!”, en *La Voz de México*, 16 de agosto de 1871, p. 1.

²⁶ “El orden social”, en *La Voz de México*, 30 de agosto de 1871, p. 1.

²⁷ Miguel Márquez, “¡Atended!”, en *La Voz de México*, 16 de agosto de 1871, p. 1.

Ante este panorama, el autor se congratulaba de que en París se hubiese actuado con contundencia, especialmente tomando en cuenta el peligro que los “satánicos” programas de la Internación y de la Comuna representaban para el mundo entero. En todo caso, la amenaza había sido importada a México y era necesario estar atentos a su posible expansión.

Los periódicos, con la información proveniente de las agencias noticiosas, pero también con los artículos editoriales que caracterizaban a la prensa de la época, reiteraron con virulencia su deseo de que en México la Comuna no fuese vista con simpatía.

Cuantos creen todavía en la religión verdadera, en la sana moral, en la autoridad y derechos de la familia, en la potestad de los gobiernos, en la inmunidad de la propiedad, en que la libertad solo es para el bien y no para el mal, sean de la clase que fuere, monarquistas o demócratas, centralistas o federalistas, deben mirar con seriedad este asunto y emplear todos los medios que por derecho natural y por nuestro derecho público, tienen para cooperar por la educación, por la prensa y aún por las conversaciones para contener el incremento de este mal.²⁸

Este miedo, que raya en la paranoia, tuvo un momento de mayúscula exaltación hacia el mes de septiembre. Había empezado a sonar el rumor de que, el 16 de septiembre, justamente en la conmemoración de la Independencia de México, se fundaría la sección mexicana de la Internacional. Esto generó airados comentarios en la prensa. Desde la Gacetilla de *El Federalista*, por ejemplo, se informó que se trataba de implantar “este árbol venenoso en nuestra patria”. Sin embargo, se mostraba escéptico. “A pesar del espíritu de imitación de nuestra raza, nos resistimos a creer que haya insensatos o ilusos que quieran ver repetidos aquí los excesos de la Comuna de París, obra de la Internacional”.²⁹ Al día siguiente, sin embargo, *El Federalista* publicó un extenso artículo donde vuelve a vincular la demagogia con la Asociación Internacional del Trabajo. En un recorrido histórico que pasa por Atenas y, después,

²⁸ Miguel Márquez, “¡Atended!”, en *La Voz de México*, 16 de agosto de 1871, p. 1.

²⁹ G. A. Esteva, “Gacetilla. La Internacional”, en *El Federalista*, 6 de septiembre de 1871, p. 3.

por el papel de Marat en la Francia revolucionaria, se termina preguntando: ¿Cuál es el objeto de La Internacional en México? Ante lo cual concluye: “La Internacional tiende al desenfreno, a la desmoralización, a la demagogia”, la cual es “la muerte moral de los pueblos”.³⁰

De este modo, las distintas notas de los periódicos que mostraban su resistencia y abierta oposición a lo ocurrido en la Comuna, que trataban de descalificar el mensaje contenido en aquel acontecimiento le permitieron a Miguel Márquez enorgullecerse, en las páginas de *La Voz de México*, del discurso casi unánime contra las ideas de la Comuna: “La opinión pública reprime todavía en México la manifestación franca del socialismo”. Pero advertía que en México el peligro seguía activo, pues “él existe ya en la mente y en los discursos de muchos”.³¹ No bastaba contener los significados posibles del acontecimiento, era necesario extirpar aquellas referencias que pudieran representar la continuación del mensaje, entendido bajo los términos del socialismo. Una vez más, se creaba una asociación negativa, si la Comuna era la Internacional y la Internacional era el socialismo, era necesario extirpar el significado de la Comuna en tanto proyecto social, era necesario extirpar el socialismo de la mente y los discursos de los mexicanos.

Vale señalar que, como se acaba de decir, más allá de los deseos de la prensa católica, la interpretación sobre lo ocurrido en París no era unánime. Y aunque se miró con extrañeza, se señaló el desconcierto y en diversas notas periodísticas se amonestaron sus palabras. Los destacados escritores liberales Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez expresaron ideas contrarias a lo que hemos revisado hasta aquí.

Altamirano, con motivo del aniversario de la batalla del 5 de mayo, en la que se derrota al ejército francés, aunque no será hasta 1867, como dijimos antes, que se derrota a las fuerzas invasoras y a los conservadores que se agrupaban en torno al emperador Maximiliano, recordó que Francia

³⁰ R. Romero, “La Internacional. Tres páginas de historia”, en *El Federalista*, 7 de septiembre de 1871, p. 1-2.

³¹ Miguel Márquez, “¡Atended!” en *La Voz de México*, 16 de agosto de 1871, p. 1.

nos echaba en cara, en 1862, nuestras guerras civiles, nuestro desorden interior, el furor incurable de las facciones que nos impedía fundar un gobierno estable. Y hoy, nosotros, practicando ya tranquilamente en la vida republicana, preparándonos ya para confiar nuestros destinos a la decisión del sufragio universal, no podemos menos que dirigir nuestra mirada más allá del Atlántico [...] si hubiéramos concebido un plan para hacer sufrir a nuestros enemigos no habríamos sido tan crueles, como lo ha sido la suerte para abatir a la nación francesa, devorada por una guerra fratricida que va a acabar con la poca vitalidad que le dejaron los prusianos.

Y remataba Altamirano su comparación entre ambas invasiones, entre las que mediaba menos de diez años, reiterando la importancia del triunfo de los liberales sobre los conservadores, insistiendo en el papel que dicho partido, de algunos generales y del clero en la invasión de México. Francia

no ha tenido en su contra los elementos y las circunstancias que agobiaron a la desgraciada México, y que hicieron la defensa de nuestro país más difícil, más desventajosa. Francia tuvo generales imbéciles; pero no tuvo traidores en su seno. Ningún partido allí fue a ponerse vergonzosamente a la vanguardia de los invasores para ayudarles a desgarrar el seno de la patria, no tuvo autoridades infames que abrieran al prusiano las puertas de las fortalezas y de las ciudades, su clero en parte permaneció tranquilo e indiferente; pero no puso en juegos los resortes de la religión para ayudar al enemigo [...] como lo hizo el clero mexicano.³²

Con la expresión siempre grave y extremadamente formal que lo caracterizaba, Altamirano aprovechó lo acaecido en París para mostrar las contradicciones que había en México en el momento de la invasión francesa y para reiterar la afrenta de los conservadores a la patria. Por su parte, el maestro de Altamirano, Ignacio Ramírez intervino en los debates con la misma afirmación liberal frente a los conservadores. Con la misma intención política, señaló con un tono irónico la hipocresía de los discursos católicos.

³² Ignacio Manuel Altamirano, *El Federalista*, 5 de mayo de 1871, p. 1.

¡Quién lo creyera! cuando la lucha se encarniza, el sacerdote olvida su Evangelio, el filósofo desconoce sus doctrinas favoritas, y hasta el poeta, con pretensiones aristocráticas, siguiendo al filósofo y al sacerdote, se ponen del lado del capitalista para negar los derechos que acaban de reconocer en el operario los combatientes, después de la primera sangre, atacan con la misma seriedad, con el mismo furor, a los hombres y a los dioses que descubren entre sus contrarios.³³

El mismo Altamirano, en tanto responsable de la *Gacetilla* del periódico *El Federalista*, participó en el debate sobre los resultados finales de la Comuna: “no podemos de ninguna manera aprobar la barbarie de los soldados franceses ni los asesinatos en masa”.³⁴ Y ante la noticia de la extradición española de los partidarios de la Comuna refugiados en La Habana, reiteró airado el derecho a las garantías del refugio

cualquiera que haya sido su conducta en París, no pueden considerarse sino como partidarios políticos. Su causa será mala, como lo aseguran sus enemigos. Los desórdenes que cometieron, que por cierto ni son los primeros ni los mayores que menciona la historia, serán dignos de condenación; pero, los repetimos, en su calidad de partidarios políticos y de refugiados, tenían derecho a exigir los fueros de la hospitalidad.³⁵

De este modo, el discurso que pugnaba por el orden en oposición a las manifestaciones populares en París no era unánime, y la represión a toda manifestación franca del socialismo en México, como pedía Márquez, no era del todo efectiva. Lo era menos entre aquellos liberales mexicanos, quienes

³³ Citado en Gastón García Cantú, “La comuna de 1871”, en *El pensamiento de la reacción mexicana Historia documental (1810-1926)*, México, Empresas editoriales, 1965, pp. 675-714. Vale la pena citar otra afirmación de Ramírez que no deja de ser indicativa de las constancias que cita, sobre los sacerdotes, pero también sobre los comunistas: “los comunistas nunca han acertado a organizarse sólidamente ni a ponerse de acuerdo en sus maniobras, y han acabado entregándose por capitulación a sus contrarios”. Citado en Gastón García Cantú, *Idea de México II. El socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes 1991, p. 92.

³⁴ “Gacetilla” en *El Federalista*, 1 de septiembre 1871, p. 2.

³⁵ “Mala acción. Gacetilla”, en *El Federalista*, 10 de septiembre de 1871, p. 2.

habían luchado contra las fuerzas del segundo imperio mexicano, pero también contra el ejército invasor del segundo imperio francés, encabezado por Napoleón III.

RESONANCIAS EN MÉXICO DE LA COMUNA

Las descalificaciones de la Comuna y de sus manifestaciones continuó en la prensa más allá de 1871, y alcanzó, incluso, el escarnio individualizado a sus integrantes. Un ejemplo de ello es la breve nota que se publicó el 15 de enero de 1873, bajo el título de “Conversión de un comunista célebre”. Informaba del matrimonio del destacado polemista francés, fundador de los periódicos de combate *La Linterna* y *La Marsellesa*, Henri Rochefort:

aquel demagogo peligroso qué tanta parte tomó en el movimiento político que trajo los furores de la comuna, que empleó sus talentos y su pluma mordaz en destruir en el pueblo todo sentimiento de orden y de moralidad pública y que por estas razones llegó a ser el ídolo de la demagogia francesa, ha caído con muestras de arrepentimiento a los pies de un sacerdote católico cuando ha tratado de celebrar un matrimonio que asegurarse la legitimidad y el porvenir de sus hijos, satisfaciendo así a la vez los ardientes deseos de la infeliz mujer a él unida.³⁶

Este mordaz comentario que daba cuenta de un discreto triunfo del orden fue, sin embargo, insuficiente ante el avance que, en los siguientes meses y años, tuvo la Comuna en México. Quizá Rochefort no era un personaje conocido en México, como tampoco lo eran otros tantos participantes de la Comuna, pero vale señalar que, como parte de las notas que se empleaban para cubrir espacio en la prensa, los periódicos de la capital publicaron breves biografías de varios comuneros.³⁷ La necesidad de llenar las planas de la

³⁶ “Conversión de un comunista célebre” en *La Voz de México*, 15 de enero de 1873, p. 3

³⁷ *El Federalista*, por ejemplo, reprodujo entre el 17 de agosto y el 14 de septiembre de 1871, las biografías publicadas en *El Correo de Ultramar*, periódico editado en París. Se publicaron 17 apuntes biográficos que eran presentados por nombre y, casi siempre, se incluía el puesto en la administración

prensa periódica llevaba con mucha frecuencia a incluir notas, manifiestos y biografías editadas en periódicos extranjeros. De este modo, por ejemplo, *El Monitor Republicano* publicó, el 25 de octubre de 1871, la carta que el Consejo Federal de la Región Española de la Asociación Internacional de Trabajadores dirigía al ministro de Gobernación en España el señor Zorrilla, donde se podía leer lo siguiente:

La Internacional quiere cambiar por completo las bases de esta sociedad de esclavos y señores, de trabajadores y holgazanes, y sustituir las con otras para que el trabajo, única fuente de la riqueza y prosperidad de los pueblos, sea la categoría social a que aspiran los hombres que confundidos en una sola y única clase coma la de productores libres, podrían realizar sobre la bien cultivada tierra los eternos principios que constituyen la justicia.³⁸

Las noticias sobre la Comuna llegaban a la prensa mexicana y comenzaban a despertar cierto interés por parte de los lectores. Incluso la propaganda contra la Comuna, la Internacional y el socialismo, siempre vinculándolas, siempre haciéndolas partícipes de un mismo propósito, expresaban con cla-

de la Comuna: *Closeret*, Delegado de guerra; *Garnier D'Aubin*, General de Montmartre; *Bergeret*, General de La Comuna; *Doussot*, Capitán de fragata; *Chouteau*, Mayor de La Commune; *Cavalier*, Ingeniero en jefe de las plazas y paseos; *Trelhard*, Director de la Asistencia Pública; *Verico*; *Calmey*, Presidente del Comité Central; *Assi*, Presidente del Comité Central; *Delescluze*, Delegado de la Comuna a la guerra; *Billioray*, Estratega del Comité de Salud Pública; *Lullier*, General de la Comuna; *Johnnard*, Comisario civil del general La Cecilia; *Vésiner*, Secretario de la Comuna; *Félix Pyat*, Miembro del Comité de Salud Pública, y *Pascual Grousset*, Delegado de las Relaciones Exteriores. Años después, los periódicos escritos para los trabajadores mexicanos *El Hijo del Trabajo* y *El Socialista* hicieron lo propio. “Más tarde, en 1880, en *El Socialista*, Rhodakanaty publica también sus biografías de los comuneros de 1871, breves y elogiosas. Durante los 10 años siguientes a la Comuna, en los periódicos de los trabajadores mexicanos se escribe de los sucesos de 1871; siempre admitiendo los excesos cometidos, pero siempre, también, elogiando el valor y divulgando el ejemplo de los comuneros”. Gastón García Cantú, *Idea de México II. El socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para La Cultura y Las Artes 1991, p. 101. *El Hijo del trabajo*, por su parte, publicó, entre el 15 y el 22 de mayo de 1876, 8 biografías: Allix (Julio); Arnould (Arturo); Assi; Bergeret (Julio); Cavalier (Jorge); Champi (Horacio); Chalaín, y Cluseret.

³⁸ “Sección extranjera”, en *El Monitor Republicano*, 25 de octubre de 1871, p. 3

ridad algunos de sus postulados. Con un gesto de indudable horror ante los postulados que desglosaba, el periódico católico *La Voz de México* expresó lo que en su parecer era el proyecto de la Comuna, aunque advertía que

si no es exacto lo que decimos, será porque habremos admitido algunas horribles deformidades de ese programa. Nuestros lectores le llamarán delirios. Es verdad que lo son; pero son los delirios de gente organizada y poderosa, que ha hecho estragos inauditos en París.³⁹

Es necesario extenderse en lo que el articulista anónimo expresa, pues muestra con claridad un largo proyecto histórico que ha llevado a importantes cambios sociales a poco más de un siglo y medio de la Comuna de París:

De hoy en adelante se debe hacer un cambio radical [...]: no habrá propiedad, porque nosotros como gerentes de los pueblos, recogeremos todos los bienes de ellos y los distribuiremos según las necesidades de cada uno y la conveniencia de todos; no habrá familia, porque nosotros suprimiremos el matrimonio y la patria potestad, para que no haya el despotismo de los maridos ni el de los padres, para que los ciudadanos, que lo serán todos sin distinción de sexos, nunca sientan alguna sujeción, y sean como nutridos con la libertad: no habrá potestades civiles o religiosas, porque suprimiremos toda ley preexistente a los gobiernos, en que se pueda fundar el derecho de regir a los demás, porque no habrá más facultad de los unos sobre los otros, que la que libre y mutuamente se otorguen por las convenciones sociales; no habrá moral o ley natural que sea la ley superior de los gobernantes y de los gobernados, a la que arreglen estos sus acciones privadas y aquellos sus actos gubernativos; [...] no se dará en adelante participación alguna a Dios en la conducta de los hombres y en el gobierno de las sociedades, independiendo a ellos y a ellas de su poder, que es verdaderamente incompatible con la libertad amplia y omnímoda que pretendemos establecer.⁴⁰

³⁹ “El orden social”, en *La Voz de México*, 30 de agosto de 1871, p. 1.

⁴⁰ “El orden social”, en *La Voz de México*, 30 de agosto de 1871, p. 1.

El intento por contener en México las ideas del socialismo mostró su parcial fracaso apenas el 9 de julio de 1871, cuando comenzó a publicarse un periódico que se llamaba, precisamente, *El Socialista*.

Desde que vio la luz pública este pequeño periódico, redactado por artesanos, nos llama la atención por la ilustración que campea en sus escritos y por la tendencia manifiesta de defender los intereses y derechos de la clase trabajadora. No hay que alarmarse. *El Socialista* no proclama el comunismo, desea solo la mejora del obrero y procura su progreso social por medio de la educación. Nada más digno de elogio.⁴¹

Con *El Socialista*, se inició la publicación de periódicos escritos por y para los trabajadores, muchos de los cuales no duraron mucho tiempo, pero denotan un importante ímpetu en la promoción doctrinal del socialismo y son un ejemplo de la voluntad organizativa del sector laboral.⁴² Muchos de los nombres de estas publicaciones periódicas apelan de manera directa a los referentes que emergieron en 1871: *El Hijo del Trabajo* (1876) y, especialmente, *La Comuna* (1874), *La Comuna Mexicana* (1874), *El Obrero Internacional* (1876) y *La Internacional* (1878) difundieron ideas y proyectos que pugnaban por la organización de la clase trabajadora en México y por su participación política en lo que se ha dado en llamar la República Restaurada. Estas propuestas organizativas, sin embargo, se siguieron enfrentando a la persecución, al desprecio y al insulto en el marco de una opinión pública más o menos libre. Tenaces, y ante una prensa mayoritariamente hostil, se empeñaron en difundir la transformación social. El periódico *La Internacional* sintetizó sus esfuerzos con una sencilla pregunta: “¿Hasta cuándo dejarán los enemigos del socialismo de atacar, con dicterios y palabras insultantes, el sistema grandioso que su débil cerebro no ha podido comprender?”⁴³

⁴¹ “Gacetilla”, en *El Federalista*, 29 de agosto de 1871, p. 3

⁴² A respecto, puede consultarse Miguel Orduña Carson, “Los artesanos en la prensa decimonónica de la Ciudad de México. Liberalismo, opinión pública e identidad nacional”, en *El taller de la historia*, vol. 6, núm. 6, Cartagena, Colombia, 2014, pp. 217-245.

⁴³ F. Zalacosta, “Reproches infundados. Gacetilla” en *La Internacional*, 28 de agosto de 1878, p. 4.

Barricadas de la memoria. Una reflexión sobre las conmemoraciones anarquistas de la Comuna de París

ALEJANDRO DE LA TORRE HERNÁNDEZ*

Todos teníamos prisa por escapar del viejo mundo.

Luisa Michel

*No subestiméis hoy la perdurable potencia de aquellos
que luchan y son derrotados.*

Michael Hardt y Antonio Negri, *Asamblea*.

Barricadas de la memoria... El título de este capítulo se origina en la intuición de que el olvido y la ignorancia que de él puede brotar son armas de destrucción de masiva, o cuando menos, se trata de eficaces instrumentos de control y dominación al servicio de narraciones totalitarias, de voces únicas, de historias que conducen al cinismo y a la desesperanza: *las cosas son como son y nunca son de otro modo*, pareciera repetirnos el olvido como amortajada moraleja. Visto desde esa perspectiva, el ejercicio de la memoria puede volverse un acto subversivo en sí mismo, pues la rememoración abre la posibilidad de narrar otras historias a partir de testimonios olvidados, desatendidos o marginales; iluminando con la memoria de otras luchas y otros mundos posibles los rincones oscuros de las “grandes narraciones”, bajo cuyas alfombras suele ocultarse la violencia y la barbarie del poder. En

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

desigual combate contra las historias oficiales y las voces hegemónicas, las memorias plebeyas levantan sus pobres barricadas, y si no alcanzan a encender los relámpagos de la insurrección, por lo menos dejan sembradas las semillas de la duda.

Es posible que, para las culturas revolucionarias de los más diversos signos ideológicos, algo así signifique rememorar la Comuna de París. Más allá de su “fracaso” —rigurosamente entrecomillado— y su trágico final, el destello irradiado por aquella experiencia rebelde ha dado cobijo y bandera a muy distintos movimientos sociales que, a lo largo del tiempo y a lo ancho de las geografías han reconocido en la Comuna un referente compartido, y quizás sea sólo ese referente simbólico lo que compartan, entre un conjunto de demandas variopintas y sesgos ideológico tácticos específicos.¹

Pero lo que quizás valga la pena destacar es que gracias al acto subversivo de la rememoración, seguimos hablando hoy de la Comuna, pasado un siglo y medio, y con renovado asombro. En las siguientes páginas me referiré a algunos modos y contextos en que la Comuna fue conmemorada desde las filas del anarquismo hispanohablante, y a las formas específicas en que se interpretó su legado en clave libertaria.² Hay que decir, por supuesto, que estas formas específicas de rememoración conforman sólo un exiguo fragmento de un gran mosaico de tradiciones revolucionarias puestas en juego, en las que la Comuna (o cuando menos su espectro) desempeñó también un papel destacado para la articulación de una memoria y una identidad política específicas.

La Comuna siempre vuelve, como una invocación, como un fantasma atribulado, cada vez que se agita una nueva protesta social contra la lógica del poder. Está —difusa pero inevitablemente— incorporada al arsenal simbólico de los movimientos sociales que se asumen de izquierda, en tanto referente monumental de la potencia liberadora de un pueblo alzado en rebelión

¹ Respecto al impacto de la Comuna en tanto referente de diversas luchas de izquierda, véase Bruno Bosteels, *La Comuna mexicana*, Madrid, Akal, 2021, pp. 7-63.

² El corpus documental a partir del que se ha pergeñado este texto lo constituyen publicaciones anarquistas en español que vieron la luz entre la década de 1880 y el comienzo de la de 1920.

contra todas las formas de tiranía; nos remite a un momento en que, entre las grietas de dos imperios que se superponen, surge la posibilidad concreta, pocas veces vislumbrada por el pueblo llano, de construir un mundo nuevo; un mundo que parece quedar al alcance de la mano.

Aunque en las rememoraciones de la Comuna suelen ganar resonancia las evocaciones en tonos lúgubres que destacan el final trágico de la rebelión ahogada en sangre, no debemos perder de vista que una buena parte de los relatos y las remembranzas suelen confluír en el carácter festivo de la protesta social, así como en el ánimo alegre que prevaleció entre el pueblo parisino durante la fugaz experiencia comunera, antes de su sangriento desenlace. Acaso como una ferviente intensificación de la vida ante la inminencia de la muerte trágica, las canciones invadieron las calles junto con la gente que hacía de la entonación de himnos y tonadillas un signo externo de su emancipación, al tiempo que se acentuaba la sociabilidad política y la ocupación callejera, según recupera Kristin Ross.³

Durante el brevísimo triunfo de la Comuna, se puso especial atención a los actos simbólicos: quemar la guillotina (huella del poder punitivo del Estado), derribar la columna de Vendôme (monumento conmemorativo del imperalismo napoleónico), ocupar y resignificar el espacio público (antes regulado por la dominación de clase)... El pintor comunero Gustave Courbet nos habla también de un “florecimiento del arte” durante los breves días que duró la experiencia comunera. En general, lo que se extrae de las crónicas y los testimonios es el clima de algo que comienza, una atmósfera de fundación, en la que flotaba la certeza de que se vivía el arranque de una nueva era; por ejemplo, se reorganizaron y reformularon los espectáculos teatrales en vista a la quiebra de las compañías subsidiadas por el Estado y la burguesía, y las obras de teatro se situaron en espacios plebeyos; se registró un aumento de los espectáculos callejeros, especialmente de aquellos favorables a la Comuna, como

³ Kristin Ross, *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*, Madrid, Akal, 2016, pp. 51-82. También George Orwell, en su *Homenaje a Cataluña*, nos recuerda la importancia de los himnos y las canciones militantes para fortalecer la mística combatiente de los milicianos en la Barcelona rebelde de 1936.

un síntoma de la reubicación de los circuitos culturales... Pero en general, hay que decir que el entusiasmo por el teatro —en tanto escenificación de una realidad imaginada— no fue muy marcado, quizás porque el propio teatro de los acontecimientos políticos ofrecía un espectáculo de suyo estimulante.

*

Tal vez a causa de esta insistencia simbólica, queda la sensación de que la Comuna, a lo largo de su breve y atribulada existencia, estuvo librando un permanente “round de sombra” con su propio pasado revolucionario. Su interlocución principal en este diálogo con la tradición radical se dio, por supuesto, con la Gran Revolución de 1789, pero se perciben también las huellas reiteradas de las revoluciones del 30 y del 48. Dice John Merriman, al referirse a los viejos cuarentayochistas que apoyaron la Comuna: “Eran jacobinos, republicanos devotos, parecían añorar un retorno a las anteriores revoluciones, de ahí su preferencia por el color rojo y el gorro frigio, asociado con los *sans-culottes* de la revolución francesa”.⁴ Pareciera como si cada revolución contuviera, en el momento de su detonación, todas las revoluciones anteriores, continuándolas y extendiéndolas. Es como si en el instante revolucionario estuvieran contenidas todas las luchas pasadas y futuras, atendiendo precisamente a la idea de que el hecho revolucionario interrumpe la continuidad del tiempo histórico, condensando todo el pasado y un futuro posible en un intenso presente.⁵

Como si la anhelada revolución futura estuviera apoyada, aunque sea con solo un pie, en un pasado remoto, heroico y trágico a la vez. Todo indica que, en efecto, dentro de la idea misma de revolución se configuran un tiempo y un espacio simbólicos donde se dirimen simultáneamente el pasado y el porvenir. Un poco como en todas las revoluciones, la que echaron a andar los

⁴ Véase John Merriman, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 112.

⁵ Al respecto, véase Enzo Traverso, *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid Akal, 2022; especialmente el capítulo “Las locomotoras de la historia”, pp. 43-93.

comuneros de París se mira en el espejo de su propio pasado para construir un porvenir impreciso pero inminente y, sobre todo, radiante, rebosante de posibilidades venturosas. Esta revolución, como otras antes y después de ella, fue un viaje al centro de la revolución, un viaje de recuperación al sentido primigenio (inicial, ¿esencial?) de la lucha revolucionaria. Quizás todas las revoluciones estén condenadas a describir esta trayectoria circular, en la que cada vuelta que se completa le va dando más fuerza y más alcance (al menos simbólicamente) al mensaje revolucionario. ¿Será? Al menos esa parece ser la esperanza definitiva de las culturas revolucionarias...

Por este componente cíclico, las revoluciones nunca dejan de volver a empezar; siempre continúan en un punto en el que quedaron aparentemente interrumpidas, y tratan de recuperar lo que se cree (de acuerdo con la época y las circunstancias) que es su sentido original. A pesar de sus hondas e irreconciliables diferencias, tanto Marx como Kropotkin parecían compartir la misma intuición: las revoluciones, luego de un ciclo en que se agotan a sí mismas, en que se ahogan en sus conflictos y sus contradicciones, vuelven a comenzar desde el principio... Pero este viaje rememorado no es del todo igual al viaje inicial, pues para entonces ya se asumieron las huellas —como símbolos, como experiencias, como prácticas, o como simple equipaje— de la revolución anterior... De ahí la importancia crucial de la memoria como combustible de la rebelión y como chispa del pensamiento crítico.

*

La remembranza de los acontecimientos de la primavera de 1871 fue tomando la forma de una memoria clandestina, gradual y silenciosamente articulada por los vencidos, en el transcurso de la década de 1870. Los exiliados, los perseguidos, los condenados movilizaban lentamente la memoria trágica de la Comuna en este periodo... A la obra de Prosper Olivier Lisagaray, publicada en 1876, le tocó desempeñar para esta época un papel central. Gracias a ella, lenta y sigilosamente, la experiencia de la Comuna comenzó a incorporarse al relato escrito, como un recordatorio pertinaz destinado a incorporarse paulatinamente a la Historia con mayúsculas. Hasta entonces, las

evocaciones de los vencidos solamente alcanzaban a transmitirse por medio de murmullos, grafitis anónimos en los muros, silencios cómplices cargados de significado. Gestos ocultos que servían para salvaguardar el recuerdo de los derrotados.

La reacción versallesa, apoyada por la burguesía bienpensante, impuso el olvido con el pretexto envenenado de la reconciliación... con el mal disimulado propósito de evadir la responsabilidad histórica de haber ejecutado una masacre feroz en nombre del orden y la civilización. Tras la fachada de esta enmienda reconciliatoria se escondía la intención de sepultar definitivamente en el olvido la indomesticable experiencia comunera. Todavía al inicio de los años 1880, ésa parece ser la divisa de las derechas francesas: era necesario olvidar las atrocidades cometidas por los dos bandos confrontados (con el énfasis puesto en la obligada coautoría del olvido) al momento de estipular una ley de amnistía. Poco a poco, los comuneros fueron regresando como fantasmas bajo la sábana taimada de esta ley. Tras aprobarse la amnistía, en 1880, se permitió el retorno de medio millar de exiliados.⁶

Se trató de un regreso cuidadosamente organizado por las autoridades, para evitar el peligro de que pudiera adquirir los visos de “marcha triunfal”; por ello se enmarcó en la fiesta nacional del 14 de julio, en los límites precisos de la celebración de la unidad republicana. En la recepción de los retornados, los gritos de ¡Viva la Comuna! o ¡Viva la República Social! se quedaron sin eco, para satisfacción de la policía.⁷

Los socialistas franceses no retomaron el programa político de la Comuna, salvo en lo que se refiere a la municipalización de los servicios públicos. Los antiguos combatientes de la Comuna parecían pasados de moda. El progresivo desdibujamiento político de los sobrevivientes indultados de la Comuna contribuyó a que la memoria del acontecimiento se apoyara más en los muertos que en los vivos, sosteniéndose cada vez más sobre el monumento lúgubre del Muro de los Federados, a cuyo pie, desde las noches de 1871, se colocaron flores anónimas y clandestinas en homenaje a los caídos.

⁶ Véase Éric Fournier, *La Commune n'est pas morte. Les usages politiques du passé de 1871 à nos jours*, Paris, Libertalia, 2013, pp. 43-44.

⁷ *Ibid.*, p. 46

El sepelio de Jules Vallés, en febrero de 1885, dio pie a un conjunto de manifestaciones del pueblo parisino que, a decir del corresponsal del semanario anarco-colectivista madrileño *Bandera Social* en la capital gala, adquirieron tintes de sublevación revolucionaria. Al entierro del viejo comunero se calcula que asistieron unas 120 mil personas.⁸

Esta conversión de la conmemoración luctuosa en llamado a la rebelión fue moneda corriente en la cultura política de matriz libertaria a todo lo largo del siglo XIX. Este sustrato reivindicativo apoyado en la venganza de los mártires se renovaba cíclicamente en cada conmemoración luctuosa de la Comuna, de los Mártires de Chicago, de los torturados de Montjuich... La figura del mártir de la causa revolucionaria —como en las prácticas políticas del cristianismo primitivo— se volvía un recordatorio de la lucha, a la vez que un agente movilizador de la comunidad para reactivar las energías revolucionarias. La conmemoración luctuosa era, pues, un elemento más que podía aprovecharse no sólo para la propaganda, sino también para la creación de situaciones subversivas y potencialmente revolucionarias.

*

A pesar del silencio impuesto por el Estado francés, la memoria de la Comuna comenzó a desbordar poco a poco las fronteras nacionales. El carácter cosmopolita de la rebelión comunera, junto con su aspiración de levantar una república social universal y la ferocidad con que fue segada la experiencia, ocasionó que sus ecos alcanzaran, con relativa velocidad, otros confines, especialmente en los medios obreros. Y precisamente por su alcance internacionalista, la imagen de la Comuna se fue incorporando poco a poco a los rituales políticos del anarquismo iberoamericano. En la década de 1880, su presencia era ya palpable. A través de crónicas, balances políticos efectuados por destacados militantes ácratas, poemas, biografías, remembranzas líricas y veladas conmemorativas, entre otras expresiones, la Comuna se fortaleció como un símbolo central en el panteón del anarquismo, un símbolo caracte-

⁸ *Bandera Social*, núm. 2, Madrid, 22 de febrero de 1885.

rizado por el valor de la experiencia revolucionaria, como el espejo roto en que se vislumbran las rutas de un futuro posible.

Durante el decenio de 1870, la Comuna conservó un carácter de noticia sangrante, que evocaba un temor inefable en el triunfante partido del orden y un dolor silencioso entre los derrotados. El humo de las barricadas aún no se disipaba, y no permitía ver con claridad el peso y los alcances del alzamiento social. No obstante, no bien suprimida a sangre y fuego la insurrección comu-nera, comenzaron a menudear las interpretaciones políticas elaboradas por intelectuales de izquierda de la talla de Karl Marx o Mijail Bakunin... Sin embargo, queda claro desde el primer momento que el acontecimiento *Comuna* mostró su resistencia a someterse a marcos ideológicos o a domesticarse en estructuras teóricas y programáticas preconcebidas. Tal es la fuerza del hecho insurreccional, que comunistas, anarquistas y socialistas parlamentarios lo reclamaron para sí, aunque no necesariamente terminen de entender su dinámica, su significado, sus implicaciones y sus resonancias.

En el continente americano tampoco tardaron mucho en resonar sus ecos. Para el liberalismo republicano y el primer socialismo mexicanos, la Comuna de París revestía una significación especial, pues se trataba de un alzamiento popular contra el orden político establecido en una nación que hasta hacía unos pocos años había protagonizado una aventura imperialista —de fatales consecuencias para sus impulsores— en suelo mexicano. Algunos de los más connotados oficiales versalleses (y seguramente no pocos de sus soldados) se curtieron en las campañas militares de México, durante la expedición militar a cargo del mariscal Achille Bazaine, que operaba bajo las órdenes de Napoleón III. No son de sorprender entonces ciertos guiños de complicidad y simpatía hacia el pueblo insurrecto de la Ciudad Luz por parte de un sector del público mexicano, que recibía las noticias del alzamiento de París, habida cuenta de que compartían (no sólo) simbólicamente un enemigo. No es descabellado, entonces, suponer que este haya sido un germen de empatía y solidaridad entre los lectores de México que accedían a la información sobre el trágico fin de la Comuna. Quizás.⁹

⁹ Sobre la recepción y las resonancias de la Comuna en los medios obreros mexicanos de la década de 1870, véase el capítulo de Miguel Orduña Carson en este mismo volumen.

Durante los años ochenta del siglo XIX, la Comuna se perfilaba ya como una conmemoración consistente, cuando menos en el panteón anarquista, y en las páginas de la prensa ácrata se percibe un esfuerzo consciente y sostenido por hacer del 18 de marzo una fecha toral del calendario ritual del anarquismo. En medio de este proceso de consolidación simbólica, el recuerdo trasciende la letra o la mera dimensión declarativa para devenir práctica cultural y, a través de la reiteración conmemorativa, volverse acto ritual para el afianzamiento identitario de las comunidades anarquistas.

En este contexto, los límites entre la solemne conmemoración luctuosa y el acto festivo de afirmación comunitaria se tornan difusos. Así lo deja ver una nota de la revista barcelonesa *Acracia*, en la que se enfatiza la ejemplaridad de la conmemoración:

Nos hallamos congregados para una fiesta, pero esta fiesta representa una idea. Celebrémosla pues; mas al mismo tiempo démonos cuenta de ella. [...] Aquellos hombres oscuros que delante del pelotón de ejecución se vieron obligados a cavar la fosa, y después, arrodillados a su borde, recibían las balas de los soldados del orden y llenaban la fosa que ellos mismos habían cavado, dejaron sentados los cimientos de la sociedad del porvenir. Cimientos indestructibles, porque hallase constituidos por una idea justa y salvadora, un heroísmo ferviente, un martirio sublime y la crueldad inaudita de verdugos pagados por miserables hipócritas.¹⁰

No puede perderse de vista que la apropiación ritual de la Comuna y su construcción emotiva como una fecha crucial en las luchas del proletariado, ocurre prácticamente como un proceso paralelo a la incorporación de los Mártires de Chicago¹¹ al calendario anarquista... de modo que la Comuna, en esta clave, parece inaugurar un ciclo de agravios trágicos —que se extiende de quizás hasta el juicio contra Sacco y Vanzetti en 1927— unidos por el hilo simbólico del martirio y la ejemplaridad. Pues más allá de la confirmación de la derrota y el suplicio como constataciones de la justicia de la causa defendi-

¹⁰ *Acracia*, Barcelona, mayo de 1886.

¹¹ Véase Kristin Ross, *op. cit.*, p. 57.

da, la Comuna va ganando en plasticidad cuando se convierte en ejemplo, en espejo; cuando se le utiliza como un referente siempre actualizado para las luchas del presente. Alcanza a percibirse su larguísima sombra en el alzamiento de los campesinos de Jerez de la Frontera, en la insurrección cubana por la independencia España, en la revolución campesina de México, en el maremágnum de la revolución rusa (donde bolcheviques y anarquistas la reivindican por igual, los primeros como “gobierno”, los segundos como insumisión); e incluso se invoca el espíritu internacionalista de la Comuna en medio de la carnicería patrioter de la gran guerra europea.

La persistencia de los reflejos de la Comuna (intencionados o involuntarios) en otras luchas y otras geografías se funda en el convencimiento, sostenido por las comunidades anarquistas del globo, en la superioridad moral del pueblo heroicamente derrotado frente a sus verdugos. *El Productor*, de La Habana, lo expresaba en estos términos:

Mas la idea, superior a la mísera materia, sí es inmortal y a pesar de los esfuerzos titánicos de la burguesía que pidió y obtuvo el exterminio de los defensores, reverdecida hoy con la sangre de las víctimas y encarnada en la conciencia proletaria, se muestra omnipotente y orgullosa ante esa clase que pudo prudentemente encausar el progreso humano pero que, olvidada de su misión, sólo aspira al absoluto dominio de todos los privilegios.

Honremos, pues, la memoria de nuestros muertos conmemorando el 18 de marzo y juremos de nuevo nuestra fe revolucionaria sobre la tumba de los mártires.¹²

Pero es a partir de los años 1890 en que se consolida definitivamente la conmemoración de la Comuna como acto principal de la ritualidad política del anarquismo internacional, apoyado sobre un denso entramado de publicaciones periódicas que circulaban a escala global. Esta entronización de la Comuna ocurre en paralelo a la disputa con el socialismo autoritario en torno

¹² *El Productor*, La Habana, 15 de marzo de 1888.

al 1° de Mayo... y de hecho, durante un tiempo ambas fechas rituales compartirán centralidad en el calendario ácrata.¹³

La Revolución Social, periódico anarco-comunista que veía la luz en Buenos Aires, señalaba que la proclamación de la Comuna “fue un relámpago cuya luz ocultó la burguesía entre vapores de sangre”, al tiempo que llamaba a mantener vivo el recuerdo de la insurrección, veinticinco años después, precisamente en estos términos:

No haremos historia detallada de lo que fue la Commune, hecho que muchos conocen, pero sí, que aprovechando este recuerdo, y excitamos a los explotados del Universo entero a rebelarse: a destruir los privilegios de clase, porque todos tenemos derecho a la vida; a derrumbar la autoridad; porque todos debemos ser libres, cual las aves en el espacio, cual los peces en el agua.¹⁴

Es a partir de esta época que se instituye la conmemoración, con ciertos visos de religiosidad, y se insiste en la proliferación de las imágenes emotivas de la heroica gesta parisina, y se enaltece el ejemplo de los caídos, se delinea una geografía simbólica que confronta los barrios populares de París con la aristocrática Versalles; se naturalizan espacios y se fijan situaciones significativas, acontecimientos cruciales que marcan las etapas del conflicto: los cañones de Montmartre, las barricadas de la rue Voltaire, las ejecuciones del campo de Satory, las oscuras enaguas de la petroleras entre las llamas... a la vez que se establece y populariza un *dramatis personae* de héroes y villanos: Luisa

¹³ Véase Anna Ribera y Alejandro de la Torre, “Memoria libertaria. Usos del calendario militante del anarquismo hispanoamericano”, en *historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, núm. 75, enero-abril de 2010, pp. 105-122.

¹⁴ “18 de marzo 1871-96”, *La Revolución Social*, Buenos Aires, núm. 3, 29 de marzo de 1896.

Michel (en primerísimo lugar, la *virgen roja*),¹⁵ Thiers carnicero inaudito,¹⁶ Dombrowsky (héroe fatal y melancólico), Napoleón III (un poco más ridículo que perverso), el general Lecomte, Víctor Noir, Eugene Pottier (el poeta

¹⁵ El escritor ácrata Adrián del Valle, ampliamente conocido en los medios radicales latinoamericanos por su seudónimo Palmiro de Lidia, rememoraba así el momento en que conoció a Luisa Michel, al comienzo de la década de 1890, cuando ambos se hallaban exiliados en la capital británica: “—¡Aquí está Luisa! // Y Luisa entró, sonriente, recibida por las exclamaciones alegres y afectuosas de todos los presentes. Yo contemplé con interés, no exento de emoción, a aquella Luisa que, sin conocerla había aprendido a querer como un antiguo camarada. Vestía de negro, con extremada sencillez, y su rostro, ya algo arrugado y escaso de la belleza física, estaba embellecido por esa soberana hermosura moral que cautiva las almas con los más puros y elevados afectos. Pero lo que más me cautivó de aquella mujer incomparable, fue su mirada, dulce, persuasiva, llena siempre de piedad infinita, y su voz, de tonos suaves, tranquilos, a veces infantiles. ¡Y aquella era la terrible, la feroz Luisa Michel, sobre cuya serena cabeza de mártir y de apóstol, pretendiera arrojar la prensa mercenaria estigma infamante o burla sangrienta! // Luisa Michel, calumniada y maltratada años atrás, es hoy, no obstante, estimada y respetada por los mismos adversarios en ideas”. Palmiro de Lidia, “Mujeres revolucionarias. Luisa Michel” en *Nuevo Ideal* (La Habana), núm. 30, 14 de agosto de 1901. Años más tarde, pero también en La Habana, el periódico *El Dependiente*, publicó este poema de F. Domínguez Pérez: “Mujer todo heroísmo, es su figura / como una luz en medio de la historia, / sin ambiciones de laurel ni gloria / su credo fue la sociedad futura. // Luchando por su idea, sin rencores, / heroísmo y bondad su ser reúne / y supo combatir en la Commune / contra los frailes y opresores. // Nunca en la lucha demostró flaqueza / y a toda hora defendió la idea / con gesto varonil, con entereza... // Rebelde siempre, siempre en la pobreza; / Su vida de martirios, su odisea // Demuestra de su genio la grandeza...” *El Dependiente*, núm. 165, 15 de marzo de 1916, consignó ambos textos a manera de ejemplo del hondo impacto que la figura de Luisa Michel tuvo en los medios impresos de matriz libertaria.

¹⁶ Aquí van sólo algunos ejemplos de los epítetos que recurrentemente se aplicaban a este personaje en las crónicas conmemorativas de los acontecimientos de la Comuna: “el infame Thiers, de odiosa memoria”, *Bandera Social*, Madrid, 15 de marzo de 1885; “Thiers, el enano de corazón de hiena” *Acracia*, Barcelona, mayo de 1886; “aquel infame Thiers, miembro de tu clase, que lanzó la baladronada de haber dado muerte al socialismo”, *El Corsario*, La Coruña, mayo de 1892; “el asqueroso y repugnante Thiers”, *El Despertar*, Nueva York, 15 de marzo de 1893; “Un nombre queda como padrón de ignominia en que las generaciones sucesivas simbolizará tanta iniquidad y tan inmenso dolor: Thiers. ¡Maldita sea su memoria!”, *La Idea Libre*, Madrid, 16 de marzo de 1895; “bajo el mando del tiranuelo, la hiena del proletariado, el raquítico Thiers”, *El Derecho a la Vida* (Montevideo), marzo de 1900; “el gran asesino, que fue el vulgarísimo Thiers”, *Tierra!*, La Habana, 19 de marzo de 1904; “la figura siniestra de Thiers, el gran verdugo”, *El Hombre*, Montevideo, 17 de marzo de 1917; “Sofocado el movimiento por la ferocidad de Thiers en un mar de sangre”, *La Protesta*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1917...

que concibió los versos de *La Internacional* en el fragor de la persecución), etc. Con todo, siempre sobresale el pueblo insurrecto como protagonista colectivo. A la par de este esfuerzo de fijar la memoria de los mártires, las publicaciones ácratas —en la medida de sus posibilidades técnicas y pecuniarias— imprimirán retratos de los próceres comuneros, o ilustrarán sus páginas con alegorías de la Comuna. En suma, a partir de la rememoración reiterada cada 18 de marzo, se activa y se pone en marcha un imaginario de combate. Un imaginario que se difundió por encima (y por debajo) de las fronteras en alas de una parvada de periódicos libertarios.

*

En paralelo a esta elaboración simbólica, la conmemoración misma —en tanto acto de sociabilidad militante— comenzó a ganar significación entre los integrantes de las comunidades libertarias, al grado de que la participación en el ritual conmemorativo tendió a volverse una especie de compromiso moral que, poco a poco, se iba dotando de una mística militante que dialogaba con referentes religiosos, claramente resignificados al servicio de un discurso político. En relación con una velada conmemorativa de la Comuna de 1891, que se celebró en Barcelona, *El Productor* reportó lo siguiente:

[...] el compañero Borrel, que debía honrar la fiesta con su presencia y su elocuente palabra, no pudo hacerlo por hallarse enfermo, mandándonos el siguiente expresivo telegrama de adhesión: “Madrid 18 marzo. Para la Velada. Compañeros: si me es imposible estar con vosotros personalmente, con vosotros está mi pensamiento. Celebremos pues el 18 de marzo, que representa para nosotros lo que para los cristianos el Domingo de Ramos, y confiamos en que si la semana sangrienta de París y el suplicio de los mártires de Chicago ha sido el calvario del proletariado moderno, el 1° de Mayo será la Pascua Florida de todos los trabajadores del mundo. Y siguiendo la costumbre de los antiguos realistas digamos, ya que la Commune murió, ¡Viva la Commune! Vuestro amigo y compañero, Borrel”.¹⁷

¹⁷ *El Productor*, Barcelona, núm. 237, 26 de marzo de 1891.

Al otro lado del Atlántico, un escrito de Pascual Guaglianone, publicado a fines de abril de 1900 en *La Protesta Humana*, de Buenos Aires, parece reforzar esta misma idea, también en relación con los contenidos simbólicos del Primero de Mayo, y en un mismo plano en donde destacan los referentes religiosos:

1° de mayo. He ahí la pascua de los oprimidos, de los esclavos, de los hambrientos; he ahí el día domingo de los que siempre sudan, trabajan y sufren; he ahí la fiesta de los que vislumbran la Aurora de la Libertad.

No celebramos el pasado, negra noche de esclavitud y sufrimiento; no celebramos acontecimientos acaecidos, porque aún somos oprimidos; celebramos algo más grande y algo más único: celebramos el Porvenir, porque pertenecemos al Pueblo. Y el pueblo hace la historia.

Las cadenas con que la tiranía nos ató a su carro de muerte, las cárceles en que encerró tantas y tantas vidas, las guillotinas que robaron tantas y tantas existencias, están en el momento de caída. De la Sociedad Libre columbramos los primeros y vivificadores rayos de Sol. Nosotros saludamos tal resurgimiento.¹⁸

Pero volvamos a la conmemoración de la Comuna y de sus barricadas. Hacia mediados de la década de 1890 y hasta los primeros años del siglo XX, era frecuente encontrar en las páginas de la prensa ácrata la presencia de poemas y otros textos en clave lírica que exaltaban la lucha trágica del pueblo parisino. Aquí un ejemplo entre muchos posibles, que vio la luz en *La Voz del Esclavo*, de Tampa, Florida:

[...]

París, exclama el corazón del mundo,
Su cerebro, su luz; llegó la hora:
Ya de la libertad el sol fecundo,
Nieblas rasgando, anuncia nueva aurora.

Con sangre de tu árbol, Libertad, se riega:

¹⁸ “La pascua del proletariado”, *La Protesta Humana*, Buenos Aires, 29 de abril de 1900.

Y pues con sangre y mártires florece,
París al sacrificio no se niega
Y en heroico holocausto se te ofrece.

En sus escombros húndase el pasado,
Credos y leyes, tronos carcomidos,
¡Y vil esclavitud! fatal legado
Que en noche horrible nos dejó sumidos.

Despunta el alba: ya se acerca el día
En que una raza de íntimos hermanos
Los pueblos, todo paz, todo armonía,
Habrán de ser —sin siervos, ni tiranos.¹⁹

Se destaca por supuesto el gesto heroico que deviene martirio irremediable, pero también se evoca la potencia de la autonomía del proletariado gobernándose solo —puesto en la encrucijada de la deshonrosa rendición francesa y la bárbara invasión prusiana—, dueño al fin de su propio destino. Un instante de libertad y soberanía que terminará pronto, pero que a pesar de su asombrosa brevedad, deja entreabierta la puerta de la utopía.

No es un ejemplo optimista, ciertamente; pero es la muestra de que algo se puede hacer, de que es vagamente posible instaurar un nuevo orden. El recuerdo de la Comuna en tanto ejemplo funciona como afirmación autogestiva frente a los poderes autoritarios. En perspectiva y por el revés del tejido de la historia, se alcanza a percibir el rastro de un hilo fino que conecta las luchas populares entre sí, mediante la elaboración intuitiva de una mística revolucionaria que narra una historia general de la emancipación humana, a partir de los retazos de las luchas pretéritas, y que a fuerza de derrotas trágicas y ejemplos heroicos marca el camino hacia un triunfo inminente, al menos en el plano simbólico y emocional.

¹⁹ *El Esclavo*, Tampa, 18 de marzo de 1896.

La Comuna siempre vuelve. Cincuenta años después de la gesta de 1871, en el contexto de la Revolución rusa, en medio de luchas intestinas y confrontaciones fratricidas, el espectro de la Comuna volvería surgir entre las brumas, reivindicado por las distintas facciones en conflicto.

Es un hecho que la Revolución rusa despertó un ardiente entusiasmo reivindicativo en los medios proletarios del mundo entero, incluidos aquellos en los que el anarquismo ejercía mayor influencia. Y no era para menos: un alzamiento revolucionario protagonizado por los trabajadores había puesto fin a una milenaria monarquía absoluta, y abría un horizonte de posibilidades liberadoras. No obstante, no habría de pasar mucho tiempo para que, entre las filas libertarias, se empezaran a dar muestras de escepticismo y desencuentro en vista del giro claramente autoritario y centralizador que estaba adoptando el régimen bolchevique. En 1920, la inconformidad de los anarquistas se hizo patente y desembocó en una confrontación inevitable.

Para los anarquistas rusos, y pronto para los del resto del mundo, la rebelión de Kronstadt reactivaría nuevamente el valor simbólico de la Comuna: una rebelión popular, encabezada por los marinos del puerto báltico, contra un poder bolchevique encastillado en la necesidad de mantener el poder a toda costa y a cualquier precio; incluso si el precio era traicionar la revolución de los sóviets y la democracia popular conseguida con tantos sacrificios en el curso de la lucha revolucionaria. Interpretada así, en clave libertaria, la desobediencia de los marineros de Kronstadt se conectaba orgánicamente con las resonancias de la Comuna.

Y por su parte, para los bolcheviques, la Comuna también tenía una significación específica, de acuerdo con la cual la posibilidad de ejercer un gobierno proletario centralizado y duradero constituía un ajuste de cuentas con las luchas del 71. Es curioso que los bandos en conflicto se tildaran mutuamente de “versalleses”, para enfatizar el carácter contrarrevolucionario de sus oponentes. De tal importancia era este referente para los revolucionarios rusos, que el anecdotario bolchevique consigna que Lenin bailó de alegría sobre la nieve en cuanto se confirmó que la revolución triunfante encabezada por él había superado los días de existencia de la Comuna parisina.

En cualquier caso, vale hacer notar que el referente revolucionario de la Comuna se reavivó al calor de la disputa entre comunistas y anarquistas —y en el enfrentamiento de los ejércitos rojo y negro durante la guerra civil— teniendo como uno de sus principales escenarios la mencionada rebelión de Kronstadt con su trágico desenlace (para los anarquistas), que volvió a mostrar cómo las revoluciones, en el proceso de su consolidación, tienden a devorar a sus propios hijos.²⁰

En marzo de 1921, con motivo de la conmemoración del cincuenta aniversario de la Comuna, *La Protesta*, de Buenos Aires, publicó un texto del prominente pensador anarquista Rudolf Rocker. Aunque no está del todo claro cuándo fue escrito, por la proximidad de las fechas, es difícil no leerlo en el contexto de la rebelión de los marineros de Kronstandt. Refuerza esta conexión el hondo sentido cíclico de las luchas revolucionarias que el anarquista germano le imprimió a su escrito conmemorativo. Dice así:

El viejo comunero saca del rincón el fusil enmohecido, limpia el moho de la madera y hierro, y lágrimas ardientes caen sobre su barba gris en esa tarea. Y pone su mano escuálida sobre los fuertes hombros de su hijo y dice:

Esto fue el 18 de Marzo de 1871, hijo mío, el orgullo y esperanza de mi juventud, los dulces recuerdos de mi vejez. El trono sangriento del criminal Napoleón fue destruido por nosotros, el pueblo rebelde París. ¡Ah, qué hermoso era aquello, el altivo París, el gran corazón de toda Francia! Sobre los tejados de sus palacios flameaba la bandera roja, símbolo de libertad, igualdad y fraternidad; en sus calles se movía una multitud inspirada y todos se sentían hermanos y hermanas de una gran familia.

[...]

La Comuna fue vencida, fue ahogada en la sangre de 35,000 hombres, mujeres y niños. [...]

Sí, hijo mío, la comuna sucumbió; ella fue ahogada en su propia sangre; pero aquellos hombres y mujeres que están sepultados bajo las piedras de París, ellos

²⁰ Respecto a la ligadura entre la rebelión de Kronstadt y la Comuna, véanse los textos de Alexander Berkman, *La rebelión de Kronstadt*, Madrid, LaMalatesta Editorial, 2012, y Paul Avrich, *Kronstadt 1921*, Buenos Aires, Anarres, 2005.

no han muerto en vano. Como niebla roja ascendió su sangre hacia el cielo y nubes rojas se extienden sobre todos los pueblos. Y desde las nubes caen gotas rojas y allá donde las gotas fertilizan la tierra, allá brotan filosas, centelleantes espadas, espadas para los rebeldes del porvenir.²¹

Las gotas de sangre devienen semillas de combate. Rocker emplea una metáfora naturalista —la condensación y la lluvia— para incorporar al orden cósmico el sacrificio de los comuneros. El tropo de la sangre fecunda de los mártires retorna nuevamente: cuando la ejecución de los anarquistas de Chicago, por ejemplo, se apeló a esa imagen con enorme frecuencia; las semillas del árbol de la libertad que se riegan con la sangre de los caídos en el combate. Un sacrificio en aras de la causa revolucionaria que, como corresponde a la lógica del martirio, entraña una promesa de futuro. Resuenan en esta elaboración retórica las semillas que, de acuerdo con la potente imagen elaborada por el geógrafo anarquista Eliseo Réclus, aguardan adormecidas en la nieve su momento para germinar. Asimismo, la imagen nos recuerda que bajo los adoquines no sólo está la playa, como anhelaba la juventud rebelde de la primavera de 1968, sino que cuando se levanten las piedras, la arena estará erizada de espadas.

²¹ Rudolf Rocker, “El 18 de marzo”, en *La Protesta*, Buenos Aires, 20 de marzo de 1921.

Cuatro escritos sobre la Comuna de París y la Revolución Mexicana (1911)

JACINTO BARRERA BASSOLS*

*Tuyos son los días que huyeron para siempre.
Pero todas las mañanas serán mías.¹*

En este breve texto, exhumamos cuatro escritos ácratas publicados en Estados Unidos en 1911, que se remitieron a la memoria de la Comuna de París de 1871 para buscar entender el momento revolucionario que se vivía en la frontera de México con aquel país.

Ya a fines de los años setenta del siglo XIX, puede identificarse la impronta que dejó la Comuna de París entre algunos socialistas como Francisco Zalacosta, Alberto Santa Fe, entre otros², que unieron la lucha por el municipio libre y la tierra a las demandas vindicadas con sus levantamientos en el centro de México.

Habrían de pasar treinta años antes que se volviera a recurrir a aquella experiencia revolucionaria para buscar dar cuenta de lo que acontecía en este país. Y eso fue en marzo de 1911, en el momento en que, dentro de la insurrección en México, se perfilaban las fuerzas participantes.

En una primera vez, se hizo por medio de un breve saludo solidario aparecido en la precisa fecha del cuadragésimo aniversario del inicio de la Comuna de París, el 18 de marzo de 1911, en un modesto periódico de anarquistas

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

¹ Voltairine de Cleyre, "The Fruit of the Sacrifice", en *The Rebel*, I, 3, Boston, Mass., 30 de noviembre de 1895, pp. 22-24. Esta y las sucesivas traducciones son del autor.

² Véase Clara E. Lida y Carlos Illades, "El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México después de la Comuna de París, 1871-1881", en *Historia Mexicana*, 51-1, 201: julio-septiembre de 2001, pp. 103-149.

de origen italiano, publicado en Filadelfia, que no por casualidad llevaba el título de *La Comune*.

Ahí, su editor escribió:

Mientras se recuerda o conmemora la épica lucha sostenida en 1871 por la comuna parisina; en México hay una lucha terrible entre un grupo de REBELDES REALES por un lado y las tropas de Porfirio Díaz, las bandas del ambicioso Madero y, PROBABLEMENTE las tropas de los Estados Unidos por el otro. Por eso, mientras enviamos un cordial saludo a los valientes rebeldes, dedicamos una página de este número especial a la causa de la revolución mexicana que -como la de la Comuna- habrá de enseñar a los proletarios del mundo entero.³

Setenta días más tarde, en el semanario ácrata *Cronaca Sovversiva*, dirigido por Luigi Galleani en Vermont, en su número del 27 mayo de 1911, esta vez coincidiendo con la fecha de la caída de la Comuna cuando, 40 años antes, el general MacMahon emitió su edicto: “A los habitantes de París. El ejército francés ha venido a salvarlos. ¡París está liberada! A las cuatro en punto nuestros soldados tomaron la última posición insurgente. Hoy se ha acabado la lucha. El orden, el trabajo y la seguridad volverán a restablecerse”⁴; en tal fecha, repito, apareció un artículo con el título: “Las dos insurrecciones: París, México”, bajo la firma seudónima de Liane.⁵ (Aún hoy no se sabe de quién era la pluma que había detrás del alias).

El mecanismo de intercambio de pseudónimos entre los diversos colaboradores de la *Cronaca* caracterizaba a ese periódico, que lo usaba para evitar el rastreo de las autoridades que les acosaban, y aunque no puede descartarse como autor al propio Galleani, el hecho es que éste, meses más tarde, negó la autoría, en lo más álgido de la disputa que desembocaría en la ruptura

³ “La Rivoluzione nel Messico”, en *La Comune*, II, speciale, Filadelfia, EUA, 18 de marzo de 1911, p. 3. Vale la pena recalcar que aquí la memoria y la conmemoración se acompañan en un esfuerzo de aprendizaje de largo alcance.

⁴ Vid. Louise Michel, *La Comuna de París. Historia y recuerdos*, 1898, s.p.i., p. 313.

⁵ Liane, “Le due insurrezioni: Parigi, Messico” en *Cronaca Sovversiva*, VII, 2, Barre, Vt., 27 de mayo de 1911, p. 1.

entre los “galleanistas” y los liberales mexicanos, junto con sus aliados italianos más cercanos.⁶

Una disputa centrada en la participación de italianos “galleanistas” en la campaña de la Baja California en el primer semestre de 1911,⁷ que puede considerarse un efecto inesperado del entusiasmo que suscitó la revolución en México, entre algunos de los lectores de la *Cronaca*, pero que, como se sabe, terminó enajenándole a la insurrección mexicana y al Partido Liberal la solidaridad de la buena parte del anarquismo internacional.

Creo no traicionar el texto del “galleanista”, al destacar que para éste, como para Kropotkin, por ejemplo, la Comuna fue esencialmente un movimiento espontáneo del pueblo trabajador parisino al que se fueron integrando revolucionarios de toda nacionalidad; un despliegue, pues, de la espontaneidad creativa de la sociedad como detonante de un levantamiento revolucionario, el cual daría un giro al pasar de una rebelión de carácter político y nacionalista a tener un carácter social e internacionalista: “Se convirtió gradualmente en socialista e internacionalista para la aplicación de una serie de principios”, dice el texto galleanista, señalando la emisión del manifiesto *comunista* del 28 de abril, dirigido a los trabajadores del campo,⁸ como el momento en que la Comuna buscó “desarrollar los elementos de un mundo nuevo que la vieja sociedad en disolución encierra en su seno”.⁹

Liane utiliza y cita el texto de Carlos Marx, “La guerra de clases en Francia” (para algunos el más anarquista de todos sus textos), para mostrar cómo la

⁶ Sobre Luigi Galleani y la *Cronaca Sovversiva*, véase la tesis de Andrew Hoyt, *And They Called Them “Galleanisti”: The Rise of the Cronaca Sovversiva and the Formation of America’s Most Infamous Anarchist Faction (1895-1912)*, Minneapolis, Universidad de Minesota, 2018.

⁷ Sobre el conflicto entre galleanistas y liberales mexicanos a partir de la campaña liberal en Baja California en 1911, Véase, Michele Presutto, *La rivoluzione dietro l’angolo Gli anarchici italiani e la Rivoluzione messicana, 1910-1914*, Perugia, Umbra, 2017.

⁸ Déclaration de la Commune au travailleur des campagnes, París, 10 de abril de 1871. Atribuida a la pluma de la revolucionaria, feminista y periodista André Léo (Léodile Béra, 1824-1900), “Hermano, te están engañando. Nuestros intereses son los mismos. Lo que pedimos, tú también lo quieres. [...] Lo que París quiere, al final, es la tierra para el campesino, la herramienta para el trabajador, trabajo para todos”. <http://archives.paris.fr/a/872/declaration-de-la-commune-au-travailleur-des-campagnes/>.

⁹ Liane, “Le due insurrezioni”, *op. cit.*

insurrección mexicana, tras la caída del dictador, se encontraba en el mismo punto en el que la Comuna estuvo en el momento de dar el giro decisivo hacia una revolución social.

Para ello, el galleanista equipara la guerra francoprusiana con las amenazas intervencionistas de Estados Unidos sobre México, y en el nivel de los personajes, Francisco I. Madero parecía estar predestinado a ser el August Thiers de México, teniendo al presidente Howard Taft como su Bismarck, siendo los peones y los miembros del Partido Liberal Mexicano (PLM), los comuneros que “levantaron en los campos de batalla el fatídico grito, que también fue de los revolucionarios rusos: ¡Tierra y Libertad!”¹⁰

Parte de la fuerza de esta analogía histórica, para ese momento y más allá de sus imprecisiones, provenía del hecho de que no había una ruptura generacional entre, como de manera directa lo asume el autor del artículo al dirigirse a sus lectores: “quienes hayan *vivido* o estudiado el movimiento comunalista y sigan de cerca el desarrollo de la revolución mexicana”.¹¹ Lo que indica que, para el medio anarquista italoamericano, la Comuna de París aún formaba parte de su memoria y experiencia directas.

Este razonamiento histórico-analógico se extiende aquí hasta la predicción. Así, la posibilidad de un final distinto en el caso de México dado el final trágico de la Comuna de París, se asume sobre todo como un deseo. Al final de las dos insurrecciones: “¡Que tenga mejor suerte el levantamiento mexicano de hoy que el levantamiento comunalista, y afirme así, a las puertas de la república plutocrática americana y ante el mundo civilizado, el derecho inalienable de los trabajadores! Ese es el deseo que expresamos hoy, en el cuadragésimo aniversario de la masacre de París”.¹²

La fuerza discursiva de las *Due insurrezioni*, fue tal que, desde Montana, Washington y Colorado, decenas de mineros italianos “galleanistas” bajaron hasta el desierto de Baja California para incorporarse a la insurrección mexicana. El desencuentro, se sabe, no pudo ser mayor.

¹⁰ “[...] el multimillonario Madero no es más que símil del ministro Thiers, combatiendo la corrupta dictadura porfiriana del Napoleón III mexicano. Cediendo México al gobierno de Taft, como Napoleón y Thiers habían decidido ceder Francia a Alemania”. *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibidem*.

El tercero de los escritos en los que la Comuna de París y la revolución en México se entrelazan, es la posdata, que con fecha del 29 de mayo del mismo año, o sea dos días después de que fuera publicado el escrito de la *Cronaca*, Emma Goldman escribió en carta dirigida a Pedro Kropotkin, entonces en Londres, Inglaterra.

Dice:

PD ¿Cuál es su actitud hacia la revolución mexicana? Estoy segura de que debe haberla estado siguiendo a través de los periódicos europeos. He podido estudiar la situación de cerca después de haber estado en la línea fronteriza durante algún tiempo. Cualquiera que sea el resultado creo que es un evento maravilloso. El levantamiento popular más genuino desde la Comuna de París. Le envío copia de un llamamiento que acaba de emitir la Junta Liberal, por cierto, compuesta íntegramente por anarquistas.¹³ Espero que encuentre tiempo para decir algo al respecto en *Freedom o Temps Nouveaux*. Ciertamente, si Bakunin, Cafiero y otros de nuestros valientes compañeros pudieron participar en los intentos revolucionarios del pasado, nosotros también deberíamos ocupar nuestro lugar con los mexicanos que libran una batalla verdaderamente heroica, tanto más porque están siendo atacados no solo por los políticos de México, como Madero, pero incluso por los políticos socialistas de este país y por supuesto por el gobierno de Estados Unidos. Temo que, si no se les da ayuda, la revolución se ahogará en la sangre de los pobres peones mexicanos. Cuanto más pobre es la gente, mayor es el precio, siempre.¹⁴

Fue así como, al calor del entusiasmo que describen esas líneas, el movimiento internacional anarquista, en especial el norteamericano, volcó su interés y sus entonces escasas fuerzas solidarias, sobre la insurrección en México y en el Partido Liberal Mexicano. Esto es, a través de la lente, del recuerdo y la memoria de la Comuna de París. Y para ello, la Goldman apeló a todas las

¹³ Refiérese a “A los soldados maderistas y a los mexicanos en general”, firmado por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano el 24 de mayo de 1911. *Ricardo Flores Magón, Obras Completas*, México, Cultura-INAH, 2017, vol. XVII, pp. 242-246.

¹⁴ Emma Goldman (Portland, Ore.) a Peter Kropotkin (Londres, Ingl.) del 29 de mayo de 1911. *Emma Goldman, Papers*. Correspondencia, rollo 5, ISSG, Amsterdam.

figuras con las que había establecido contacto a lo largo de más de veinte años de activismo tanto en Estados Unidos como en Europa.

Cierto es que detrás de esta labor de la Goldman, se encuentra, también, la formal excitativa que le dirigió Ricardo Flores Magón, el 13 del mes de marzo inmediatamente anterior: “para exhortarla a destinar, en nombre de los ciudadanos de México, la influencia que Usted ejerce sobre un vasto sector del público norteamericano” —ante la amenaza que significaba el movimiento de tropas hacia la frontera con México. “¿Es necesario que abunde en expresarle —escribió RFM— que estamos participando en la batalla mundial por la emancipación humana? ¿Que nuestra causa es su causa? ¿Que estamos luchando por lo que todo hombre o mujer inteligente sabe que es absolutamente indispensable para la felicidad y el desarrollo humanos? Me parece que no”.¹⁵

No es posible describir en detalle, aquí, el trabajo solidario con la lucha en México que desarrolló Emma Goldman, pero, es un hecho que, además de apelar a los personajes de ascendencia transnacional como el ya citado Kropotkin, Enrico Malatesta, Jean Grave, etc., incorporó el tema a su trajinar propagandístico, organizó e impartió conferencias dedicadas a los liberales y a México durante sus giras.¹⁶ Además, formó en Nueva York, la “Mexican

¹⁵ Ricardo Flores Magón (Los Ángeles) a Emma Goldman (Nueva York) 13 de marzo de 1911, en *Ricardo Flores Magón, Obras Completas, Correspondencia*, vol. 1, México, Cultura-INAH, 2001, pp. 543-4. La versión más fidedigna sobre los inicios de la relación entre Emma Goldman y los miembros de la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, incluido Ricardo Flores Magón, se encuentra en Candence Falk ed., *Emma Goldman. A documentary History of the American Years. V. 2: Making Speech Free, 1902-1909*, Berkeley, University of California Press, 2005, pp. 62-69.

¹⁶ Emma Goldman permaneció en Los Ángeles, Cal., del 30 de abril al 7 de mayo de mayo. Allí impartió 11 conferencias. “El domingo (7) en la noche, en el Mammoth Hall, habló Emma Goldman sobre ‘El Espíritu Eterno de la Revolución’. Sentimos no disponer de espacio suficiente para dar una idea siquiera de esta notable conferencia. El salón estaba lleno a reventar. El Grupo *Regeneración* de esta ciudad (Los Ángeles), suspendió su sesión ordinaria en el Labor Temple, para asistir al Mammoth Hall a oír a la camarada Emma. Nunca se había pronunciado un discurso a favor de la Revolución Mexicana, como el que Emma dijo esa memorable noche. El negrero Madero fue tratado de ladrón al igual que Díaz, logrando convencer la compañera al auditorio de que la verdadera Revolución en México es la que está representada por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano y que tiene por lema: Tierra y Libertad, las dos grandes necesidades del pueblo mexicano”. Ricardo Flores Magón, en “Emma Goldman”, *Regeneración*, Los Ángeles, Calif., 4ta. é., núm. 37,

Revolution Conference”, el 26 de junio de 1911, la que se reunía los martes en el Centro Ferrer de esta ciudad, “con el objetivo de contribuir al amplio movimiento, de la revolución social en el país y contra la perspectiva maderista de la misma”, a decir de *Regeneración*. Uno de sus actos más destacados fue el mitin multitudinario del 16 de julio en Union Square, en que la Goldman destacó la importancia que tiene lo que sucedía en México para el movimiento obrero internacional: “Mientras más éxito tenga su lucha — sostuvo —, las cosas serán más fáciles para nosotros”.¹⁷

Emma Goldman, hizo uso de su capacidad de persuasión dentro de la vasta red anarquista a la que pertenecía para involucrar en las tareas de solidaridad incluso a quienes no tenían vínculos, aunque fuera indirectos, con los revolucionarios mexicanos.

Tal era el caso de Voltairine de Cleyre,¹⁸ que hasta ese momento no había mostrado el menor interés por la cuestión mexicana. Ella es la autora del último texto que comentaremos aquí.

13 de mayo de 1911, <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/e4n37.pdf>. El día anterior a lo reseñado aquí, Emma auspició una fiesta para coleccionar fondos para la revolución en México en el Burbank Hall; en ella, según el mismo Ricardo: “Emma Goldman no estaba preparada para hablar, pues se trataba simplemente de pasar unas cuantas horas de alegría; pero invitada a que lo hiciera, accedió gustosa. En su notable discurso a favor de la Revolución Social en México, criticó duramente la actitud de ciertos socialistas que permanecen indiferentes en estos momentos en que hay libertarios que enarbolan gallardamente la Bandera Roja del proletariado en los campos de batalla de México. Espléndida estuvo Emma y fue aplaudida con entusiasmo”. (Idem.) El lunes ocho, la Goldman se dirigió a San Diego, Cal. Ahí estuvo en contacto con los sucesos del otro lado de la frontera. No hay indicios de que la haya cruzado. 3 días después emprendió su viaje rumbo a Oregon. La gira anual de conferencias y propaganda de la Goldman, había comenzado el 6 de enero de 1911.

¹⁷ Rafael Romero Palacios, “Movimiento de Solidaridad”, en *Regeneración*, 4ta e., núm. 52, 26 de agosto de 1911, p. 3. <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/e4n52.pdf>.

¹⁸ La más completa biografía de De Cleyre sigue siendo la de Paul Avrich, *An American Anarchist. The Life of Voltairine de Cleyre*, Princeton N. J., Princeton University Press, 1978. Asimismo, la mejor colección de sus escritos es, Alexander Berkman, ed., *The Selected Works of Voltairine de Cleyre. Poems, Essays, Sketches and Stories, 1885-1911*, Nueva York, Mother Earth Publishing Association, 1914. Anarquista, libre pensadora y feminista. Nació en una zona rural de Michigan, E.U. y fue educada en un convento católico, se convirtió al anarquismo tras la ejecución de los Mártires de Chicago en 1887. La mayor parte de su vida adulta la pasó en Philadelphia, donde

Para interesar a de Cleyre con el levantamiento en México, Goldman buscó la intermediación de William C. Owen¹⁹ en aquellos años editor de la página en inglés de *Regeneración*, el vocero del Partido Liberal Mexicano, un viejo periodista y escritor inglés, con una larga trayectoria dentro de los círculos radicales anglófonos en Estados Unidos a los que pertenecía Cleyre.²⁰

formó la Ladies' Liberal League y enseñó a los emigrantes judíos pobres. Inspirada escritora y oradora, publicó cientos de poemas, ensayos y cuentos en *Mother Earth* y otras revistas. Herida por un demente en 1902, rehusó levantar cargos contra su agresor. Fue arrestada en un mitin a favor de la libertad de expresión en Filadelfia, apoyó al movimiento anarquista liderado por Ricardo Flores Magón y enseñó en la Modern School de Chicago, los dos últimos dos años de su vida. Fue enterrada en el cementerio Waldheim junto a las tumbas de los mártires de Chicago.

¹⁹ “Emma [Goldman], con su habitual falta de buen juicio, obviamente le ha ido con la idea a Owen de que puedo hacer un montón de cosas para incendiar Chicago si así lo quiero. Su propia experiencia aquí como una iluminadora debería haberle demostrado que es un error. Chicago no tiene ningún deseo particular de ser incendiado y yo no tengo ningún deseo particular de incendiarlo. Pero el resultado es que Owen ha estado ‘regañándome’, como una anciana, por no afanarme con celo y otras cosas”. Voltairine a su hermana Adelante de Cleire Thayer del 3 de junio de 1911; Joseph A. Labadie Collection, Voltairine de Cleyre Papers (1876-1914) University of Michigan Library, Ann Arbor, Mich.

²⁰ William C. Owen. Escritor y periodista (Dinapore, India, 1854- Worthing, Inglaterra, 1929). Emigró a los Estados Unidos en 1882. Fue miembro de la International Workmen's Association, a la que se unió en California. Contribuyó como editor en *Truth y Nacionalist* (Los Ángeles y San Francisco, California, respectivamente), y fue colaborador de la londinense *Commonwealth*, órgano de la Socialist League de William Morris. Fue fundador, con Severino Merlino, de la Novairoquesa Socialist League de Nueva York en 1890, de la que fue expulsado a los dos años. Fue cercano a los círculos anarquistas de Piotr Kropotkin (traductor de algunas de sus obras, como *Palabras de un rebelde*), Errico Malatesta, Emma Goldman y Alexander Berkman, entre los que promovió el apoyo a la revolución mexicana y al PLM. Colaboró con los periódicos *Free Society* y *Mother Earth*. A partir de abril de 1911 se encargó de la sección en inglés de *Regeneración*, hasta 1916. En 1912, publicó el folleto *La Revolución Mexicana; su progreso, propósitos y probables perspectivas*. En 1914 y 1915 publicó, además, su propio periódico *Land and Liberty*. Durante ese último año vivió en una pequeña granja avícola en Washington. En 1916, fue perseguido junto con Ricardo y Enrique Flores Magón por el “uso del correo para difundir publicaciones que incitaban a la violencia, el asesinato y la traición”. A diferencia de los hermanos Magón, logró escapar a Inglaterra, donde evadió la persecución del gobierno norteamericano que exigió su extradición, ya que Owen había adquirido la ciudadanía estadounidense. En Inglaterra colaboró con el periódico *Freedom* y en el Commonwealth Land Party, que luchaba por la entrega de la tierra a los que la trabajaban. En 1926

Lejos de Filadelfia, su ciudad de adopción; Cleyre estaba entonces refugiada en casa de camaradas en la histórica Chicago, en busca de recuperar su ya muy precaria salud; sobreviviendo, como siempre, de la enseñanza del inglés a migrantes judíos y alemanes. Aun así, Voltairine encontró la fuerza necesaria para desplegar un activismo solidario en todos los frentes a su alcance, en un momento en que seguía con inquietud el movimiento de las tropas americanas hacia su frontera sur.²¹

Desde el primer momento Cleyre señala la dificultad central a la que se enfrenta: “la desinformación en la prensa en general, escribe, la mala información en la prensa radical [que] hace difícil para el ciudadano promedio de Chicago, incluso para el mejor informado, comprender la situación mexicana y su importancia para sí mismo”.²²

Con todo, el 2 de julio forma la rama de la Mexican Liberal Defense Conference de Chicago que más tarde será llamada Chicago Mexican Liberal Defense League, de la que funge como tesorera con su compañero, el hoy olvidado, Honoré J. Jaxon²³ como secretario:

Nuestros propósitos son divulgar ante la opinión pública y en particular entre los trabajadores de Chicago, la causa de la Revolución Mexicana y el caso de [Regeneración y] sus editores acusados; visitar las organizaciones sindicales y radicales; vender el periódico y solicitar fondos.²⁴

vivió en una pequeña colonia cooperativista en West Sunsex, Inglaterra. Autor de *The Economics of Herbert Spencer*, *Crime and Criminals* y *Anarquism versus socialism*.

²¹ A partir del 3 de febrero de 1911, tropas norteamericanas comienzan a desplazarse hacia la frontera con México, llegando a un total de 20,000. La primera mención en los papeles de Cleyre sobre México: “Me imagino que ha estado ardiendo de curiosidad por el verdadero ánimo del movimiento de las tropas hacia México; ¿No es cierto? Todo lo que puedo estar seguro es que el gobierno y los periódicos han estado arrojando arena en nuestros ojos”. Voltairine de Cleyre (Chicago, Ill.) a Cohen (Nueva York, N. Y.) 13 de abril de 1911. Col. Voltairine de Cleyre and Joseph Jacob Cohen, YIVO Archives, Nueva York, N.Y. (VdC JJC YIVO).

²² “Chicago Workers Show Sympathy. Rousing Resolutions Passed by Tool and Diemakers”, *Regeneración*, 4, 44, sábado 1 de Julio de 1911. Cleyre escribió este informe a finales de mayo de 1911.

²³ Véase Donald B. Smith, *Honoré Jaxon, Prairie Visionary*, Sascatchewan, Can., Coteau Books, 2007.

²⁴ “Chicago Comrades Display Great Activity”, *Regeneración*, 4, 51, 19 de agosto de 1911, p. 4. <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/e4n51.pdf>.

Por otra parte, a partir agosto, Cleyre escribió un par de artículos que se publicaron en *Mother Earth* y que se reproducen en otras revistas, en los que el “fantasma” de la Comuna (así lo llamaría después), sin ser evocado, está presente:

Por fin vemos un genuino levantamiento de un pueblo —afirma De Cleyre— no sólo por demandas políticas, sino también económicas, fundamentalmente económicas. En el breve periodo de unos cuantos meses, algunos millones de seres humanos han dado un salto hacia la plena conciencia de un sistema del mal, partiendo de donde empiezan todas las esclavitudes, en las fuentes de la vida. Han gritado por Tierra y Libertad.

Es cierto que habrá otros millones dormidos en la tormenta; verdad es que muchos de los que han despertado han sido acallados con malabarismos políticos; cierto que ciento y una fuerzas reaccionarias están peleando en el mismo campo. Es verdad que el mundo en general, fuera de México, está poco informado de la verdadera lucha. Pero eso no altera o disminuye el hecho de que Los Esclavos de Nuestros Días, en una revuelta popular, han golpeado a la Bestia de la Propiedad de la Tierra. Y una vez que una gran demanda humana ha sido enarbolada de este modo, no se vuelve a abandonar. Las revueltas futuras partirán de ahí; nunca más habrán de quedarse atrás de ello.²⁵

Pero si es así, que, sin mencionarla, de Cleyre parte de la Comuna para ubicar el sentido último de una experiencia revolucionaria, también es verdad que buscó en la literatura a su alcance, más allá del imprescindible *México Bárbaro*,²⁶ las particularidades de ese pueblo y para exponerlas en su doble

²⁵ Véase: “The Mexican Revolt”, en *Mother Earth*, (Nueva York, 6 de agosto de 1911, p. 105 y ss. Publicado bajo el título de “Tierra y Libertad. Su mensaje a la humanidad” en dos partes: *Regeneración*, 4, 61, 28 de octubre de 1911, p. 4, y 4, 62, 4 de noviembre de 1911, p. 4. Al artículo le precedía el siguiente párrafo de los editores: “El siguiente artículo, de Voltairine de Cleyre, de Chicago, apareció en el número de agosto de *Mother Earth*. Su valor no se ha visto disminuido por los eventos que han tenido lugar desde que fue publicado por primera vez, y no podría serlo, dado que da voz a verdades eternas. Estamos por imitar el ejemplo que nos han dado en Nueva York, y vamos a publicarlo como panfleto”.

²⁶ John Kenneth Turner, *México bárbaro* (s.p.i.).

condición, de potencialidades revolucionarias, por un lado, y como recursos legitimadores de sus enemigos de clase (en especial los dueños de latifundios, plantaciones, minas, ferrocarriles, etc.); por el otro, al difundirse ambas bajo una reinterpretación clasista y racializada por los consorcios y monopolios de la prensa.

Para Voltairine estaba claro el momento en que se vivía en México tras la caída de Porfirio Díaz, y buscaba hacerlo saber a sus compañeros:

Es importante —escribe— que todos los anarquistas, y los simpatizantes de las tendencias y desarrollos anarquistas entre el pueblo, sepan que la Revolución Mexicana ni comenzó ni terminó con los espectaculares movimientos militares que culminaron con el derrocamiento de Díaz y con su sustitución por el actual gobierno de México. Esos movimientos fueron breves incidentes, aunque importantes, en el poderoso esfuerzo total de un pueblo por derrocar un sistema económico impuesto sobre ellos en parte por políticos de su propio pueblo, pero ampliamente por capitalistas de éste y otros países, en el cual ellos, los hijos genuinos de la tierra mexicana, han sido reducidos a la más odiosa esclavitud.²⁷

O bien:

Las diversas tribus de Indios han tenido desde tiempos inmemoriales arreglos de tenencia de la tierra comunales que son muy interesantes, tanto por la idea que nos ofrecen sobre el carácter de la gente, como por las comparaciones que nos ofrecen entre el comunismo libre teórico y el práctico.²⁸

De Cleyre, pues, defendió la apropiación india y mestiza del suelo argumentando que cito: “por muy primitivos que puedan ser sus métodos agrícolas, una cosa es segura: que son más económicos que cualquier sistema que amontona las fortunas al destruir hombres”.

²⁷ Voltairine Cleyre, “Will This Struggle be Drowned in Blood?” *Regeneración*, 4, 63, 11 de noviembre de 1911, p. 4. <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/e4n63.pdf>. Inicialmente publicado en el periódico bohemio *Volne List* (Nueva York, N. Y.)

²⁸ *Ibidem*.

Porque adelantándose a discursos como los de Walter Benjamin deja en la estacada al “progreso”:

Siempre el camino serpentea y regresa, e incluso en el momento de ganar algo hay algo perdido. Contra la embestida de la naturaleza, el hombre acumula su fuerza social y pierde así la libertad de su condición más aislada. Contra los inconvenientes de la sociedad primitiva, lanza su genio inventivo, compacta la tierra, el mar y el aire, y por el mismo acto de conquistar sus limitaciones se ata nuevos grilletes sobre sí mismo, ¡creando una riqueza que se esclaviza para producir! ¡Y este es el Camino del Progreso, que no se había previsto! de innegables mejoras en la vida material, se obtienen malos resultados imprevisibles.²⁹

En este esfuerzo pedagógico, Voltairine ofreció su definición de revolución difícil de asimilarse, incluso por los grupos más radicales: “Una revolución significa un gran cambio subversivo en las instituciones sociales de un pueblo, ya sea sexuales, religiosas, políticas o económicas”.³⁰

Del trabajo que llevó al cabo a lo largo de un año De Cleyre y su pequeño grupo (que en una carta a su camarada Saul Yanvosky lo describió así: “trabajadores —un mexicano, 2 o 3, cubanos, 5 o 6 judíos, 2 alemanes y yo—, todos

²⁹ “Acción Directa”. Este ensayo, inicialmente presentado en una conferencia en la ciudad de Chicago el 2 de enero de 1912, fue publicado como panfleto, bajo el sello editorial de *Mother Earth* ese mismo año. El periódico *Fraye Arbeiter Shtime*, Nueva York, N. Y., ofreció una traducción al yiddish entre el 2 de marzo y el 6 de abril del mismo año. Por su parte, *Regeneración* (Los Ángeles, Calif.) reprodujo algunos fragmentos a partir del 9 de marzo de 1912.

³⁰ Conferencia dictada en Chicago el 29 de octubre de 1911, en el local de la sección 85 del Industrial Workers of the World y, el 5 de noviembre como parte de las discusiones Foro Abierto, que se desarrollaban en el Templo Masónico de Chicago. Publicada en *Mother Earth*, VI, 10, diciembre de 1911, pp. 301-6; n. 11, enero de 1912, pp. 335-341 y n. 12, febrero de 1912, 374-386; posteriormente, en forma parcial, en dos partes en *Regeneración*, 4, 69, del sábado 23 de diciembre de 1911 y la segunda parte, en *Regeneración* 4, 94 del sábado 15 de junio de 1912. Para RFM, “un extenso y competente tratado sobre la situación en México, “Solidaridad Mundial”, en *Regeneración*, 4, 76, 3.

con malos salarios”.³¹ De ese trabajo —repito— dejó constancia en un reporte publicado en *Mother Earth*, en abril de 1912. Aunque en él, por obvias razones, dejó sin mencionar que ministraba una segunda contabilidad secreta con los fondos reunidos para labores clandestinas de la Junta, cuyos miembros en ese entonces permanecían encarcelados.³²

Cuando ya había escrito su último poema, intitulado “Escrito en Rojo”, dedicado “A nuestros muertos de la lucha en México, aún con vida”,³³ y cuando, siguiendo a Luigi Galleani, la mitad del movimiento anarquista le había dado ya la espalda a los pueblos que en México continuaban luchando por recuperar sus tierras, en el que fuera su último acto público, donde con sus compañeras Bessie Wymer y Annie Livish, vendió ejemplares de *Regeneración* y folletos de la revolución mexicana, y de Cleyre leyó su último escrito, ese 13 de marzo de 1912, que intituló *La Comuna Resucita*, al que antecedió con unos versos de autor popular que comienzan: “Está muerta, la Comuna está muerta, que si mantuviera su paso de terremoto, libraría de avispones la colmena”. Versos extraídos del libro de Louise Michel que Cleyre quiso pero no terminó de traducir.³⁴

Es un discurso en el que Voltairine reitera que “sólo bajo el quemante sol mexicano, sabemos que los hombres se están rebelando por algo; por el grande, común, fundamental derecho económico, ante el cual se desvanecen todos los demás, el derecho del hombre a la tierra”.³⁵

³¹ Voltairine de Cleyre (Chicago, Ill.) a Saul Yanovsky (Nueva York, N.Y.). Joseph Ishill papers, 1888-1966. MS Am 1614 (178). Houghton Library, Harvard University, Cambridge, Mass. Por su contenido, este fragmento pertenece a una carta que debió ser escrita hacia el 25 de febrero de 1912.

³² “Report of the Work of the Chicago Mexican Liberal Defense League”, en *Mother Earth*, VII, 2, 1 de abril de 1912, p. 60-62.

³³ “Written in Red”, en *Regeneración*, 4, 68, 16 de diciembre de 1911, p. 4. <http://archivomagon.net/wp-content/uploads/e4n68.pdf>

³⁴ Se trata de las memorias de Louise Michel, las cuales, por cierto fueron traducidas y publicadas en inglés hasta el año de 1981 por la Universidad de Alabama.

³⁵ Francisco I. Madero, al respecto a la prensa de México: “Inglaterra hace algunos años que ha abordado el problema agrario, ha invertido en él enormes sumas de dinero y apenas principia. Alemania necesitó ochenta años para resolverlo. No debemos formarnos ilusiones; si en veinte años logramos que en nuestro país quede resuelto tan arduo problema, podremos estar satisfechos

Era ahí, para Cleyre, pues, donde “el Gran Fantasma ha resucitado, gritando por el mundo, ¡vive la Commune!”.

Para entender lo que refiere Cleyre con ese “Gran Fantasma que ha resucitado y grita ¡viva la Comuna!”, hay que señalar que, para ella, el lenguaje, cito, es “una tormenta articulada, una llave mágica por la cual todas las pasiones de los muertos, los millones de muertos, han dado a los vivos el poder de sacar a sus fantasmas de la tumba y hacer que caminen”.³⁶

de nuestros esfuerzos... pero conviene darse cuenta de la magnitud de la empresa a fin de no hacerse ilusiones indebidas ni buscar soluciones que ofrezcan una resolución rápida y que indudablemente traería serias perturbaciones al país y tropezarían con dificultades invencibles. Marchar sobre la huella de países más adelantados que el nuestro y que han resuelto problema semejante es lo indicado, y no aventurarnos en empresas desconocidas y peligrosas. *El País*, México, 3 de diciembre de 1912.

³⁶ “Literature in the mirror of Man”, en Alexander Berkman ed., *op. cit.*, pp. 359-380.

Índice

INTRODUCCIÓN

Ecós y destellos

Miguel Orduña Carson y Alejandro de la Torre Hernández. 9

INTERPRETACIONES

París 1871. De comuneras y comuneros

Armando Bartra. 15

EXPERIENCIAS DE LA COMUNA

La ciudad y la Comuna: una visión desde la producción del espacio

Federico José Saracho López 35

Las mujeres en la Comuna de París: un espacio diferencial frente a la reproducción hegemónica del siglo XIX

Adriana Franco Silva. 65

Élisée Reclus, comunero. Anarquismo militante y geografía científica

Eulalia Ribera Carbó 93

RECEPCIÓN

Noticias trasatlánticas. La Comuna de París en México.

Miguel Orduña Carson 111

Barricadas de la memoria. Una reflexión sobre las conmemoraciones anarquistas de la Comuna de París

Alejandro de la Torre Hernández 135

Cuatro escritos sobre la Comuna de París y la Revolución Mexicana (1911)

Jacinto Barrera Bassols 153

ECOS Y DESTELLOS DE LA COMUNA DE PARÍS, fue realizado por la FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS de la UNAM. Se terminó de producir en mayo de 2025. Tiene un formato de publicación electrónica enriquecida, exclusivo de la colección Heúresis así como salida a impresión por demanda. Se utilizó en la composición, la familia tipográfica Devaganary en diferentes puntajes y adaptaciones El diseño de la cubierta y de interiores fue realizada por Alejandra Torales. La totalidad del contenido de la presente publicación es responsabilidad del autor, y en su caso, corresponsabilidad de los coautores y del coordinador o coordinadores de la misma.

